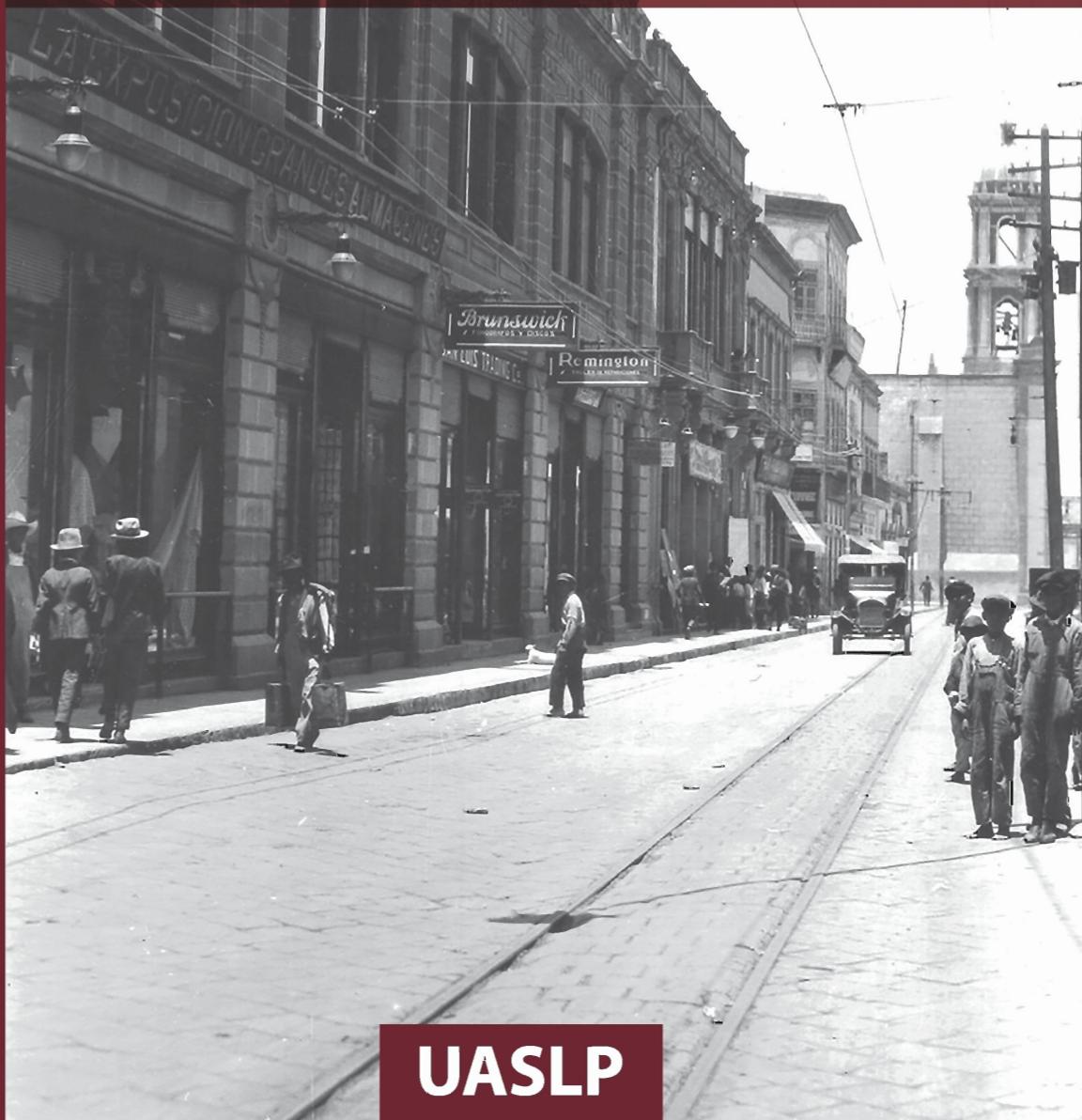


Del viejo San Luis

Tradiciones, leyendas y sucedidos

Rafael Montejano y Aguiñaga



UASLP

Del viejo San Luis

Tradiciones, leyendas y sucedidos

SERIE TRADICIONES Y LEYENDAS

Del viejo San Luis Tradiciones, leyendas y sucedidos

Rafael Montejano y Aguiñaga

1ª Edición



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí

Montejano y Aguiñaga, Rafael

Del viejo San Luis tradiciones, leyendas y sucesidos/Rafael Montejano y Aguiñaga.- 1ª Ed.

San Luis Potosí, S.L.P.: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2021.

97 p.: 23 x 16 cm.– (Biblioteca, Montejano y Aguiñaga. Serie Tradiciones y Leyendas)

ISBN: 978-607-535-212-1

© Rafael Montejano y Aguiñaga

D. R. © Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Foto portada: Calle de Juárez, S.L.P. (Hoy Álvaro Obregón) – Gustavo Torres Zúñiga. Ca. 1920.
Acervo fotográfico del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí.

Primera edición impresa

ISBN 978-607-535-212-1

Primera edición electrónica

ISBN 978-607-535-206-0

Edición a cargo de la Dirección de Fomento Editorial y Publicaciones

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso México

Contenido

■ Presentación	9
■ Soportal	11
■ El Callejón del Beso	13
■ El Fraile de Piedra	18
■ La Aparecida	26
■ Los Montúfares	31
■ María la Platera	35
■ La Primer Tambora	39
■ “Miguel Chiquito”	43
■ El Callejón del Muerto	50
■ La Llorona	54
■ La Procesión de Dolores	59
■ Juan del Jarro	63
■ El Primer Vuelo	76
■ Los Morenos	80

- Un Baile en el Cementerio del Montecillo83
- El Tesoro del Conde Duque de la Mancha89

Presentación

“Un país, una ciudad, un simple burgo que se respeta y estima, no puede prescindir de la historia, como tampoco de la leyenda y de la tradición. Si la una recoge... la otra se encarga de amparar los sucesos de la vida diaria”.

Rafael Montejano y Aguiñaga

El nombre de Rafael Montejano y Aguiñaga es, por mucho y hasta el día de hoy, uno de los más citados dentro de las comunidades académicas tanto nacionales como locales además de los distintos ámbitos sociales en los que se desempeñó. Como mencionó el historiador Luis González y González en el discurso de bienvenida a la Academia Mexicana de la Historia: *en mi tierra a don Rafael Montejano y Aguiñaga le dirían “todista”*.

Para las generaciones que nacimos en el siglo pasado, era común escuchar algún comentario o anécdota respecto al padre Montejano, ya sea en su constante ir y venir de la entonces Biblioteca Central de la UASLP al Archivo Histórico del Estado; o bien, durante sus sermones en los servicios religiosos en la Parroquia de San Miguelito.

Cierto es que, dueño de un carácter especial, el trato con él no era sencillo, sin embargo, sabía reconocer en quienes solicitaban su ayuda la capacidad y hambre por escarbar en la historia. Lo mismo que él tuvo al llegar a San Luis Potosí en 1945, que le hizo trabajar arduamente por el rescate patrimonial y documental del Estado, esfuerzo que hoy se ve reflejado en una prolífica producción editorial y en el reconocimiento de parte de las instituciones que han honrado con su nombre recintos o repositorios documentales con que se cuentan.

La Universidad Autónoma de San Luis Potosí ha trabajado a partir del 2017, año en que se suscribió el acuerdo de cesión de derechos de la obra del Lic. Montejano por parte de sus familiares, para la reedición y difusión de las obras producidas por el historiador, logrando con ello mantener vigente una fuente de información básica para los investigadores de las ciencias sociales e interesados en el tema.

Del viejo San Luis es una obra fundamental y de acercamiento a la investigación realizada por Montejano. Es el título más solicitado dentro del catálogo editorial de la Librería Universitaria Potosina, lo cual habla del misterio que guarda la obra, la pertenencia y el interés que mantiene la comunidad universitaria y, por supuesto, del público lector en general.

Por ello, invito a lector a que considere adentrarse más en los textos de Montejano, conocer al personaje y sus investigaciones, estoy seguro de que encontrará temas o datos que le atraparán y contribuirán a comprender el San Luis Potosí del siglo XXI.

Doctor Alejandro Javier Zermeño Guerra
Rector

Soportal

En dos formas el presente fugaz, que se va muy aceleradamente, permanece vivo en el alma de los pueblos: o en las austeras hojas de la historia o en las ingenuas tramas de la leyenda y la tradición. Aquella lo detiene para emplearlo como lección; esta, como gala y divertimento.

Un país, una ciudad, un simple burgo que se respeta y estima, no puede prescindir de la historia, como tampoco de la leyenda y de la tradición. Si la una recoge, pero sólo después de cernirlos en el estricto cedazo de la crítica, los sucesos graves de la política, de la economía, de las artes, de la religión, de la cultura, en suma; las otras se encargan de amparar los sucesos de la vida diaria, tenebrosos o cómicos, brutales o inocentes, decisivos o intrascendentes, realistas o inverosímiles, que lo mismo pueden tener por protagonista a un santo que a un malvado, y como escenario un templo o un tendajón de pecados. Y si la una guarda los sucedidos que le interesan en archivos y bibliotecas; las otras atesoran los hechos que les fascinan en algún nombre inexplicable, en alguna calleja ombrosa, en alguna iglesia, en alguna plazoleta antigua, en algún recuerdo de algo que ya no existe.

A través de los siglos, la vida de San Luis se fue devanando no sólo en las intrigas de palacio, en los campos de batalla, en las negras profundidades de las minas o en los yermos secadales del altiplano; también en los desolados arrabales, en las agoreras tabernas, en las plazas bullangueras, en las calles y callejas, en los velorios, en las fiestas; hasta en una simple esquina o en una ventana, cabe un portón o un mezquite, donde explotaron lo mismo el odio que el amor, la vida que la muerte, la virtud que la maldad.

En todos esos sitios —hoy inadvertidos o destruidos— están el alma y el corazón del viejo San Luis, o —como diría Ramón López Velarde, que un buen día aquí se acercó— su “ánima y su estilo”, es decir, la nota distintiva de su dignidad y fisonomía única.

Una ciudad digna, tiene que ser individual, distinta de las demás. Ya lo dijo otro vecino de San Luis, don Artemio de Valle-Arizpe: “Una ciudad con tradiciones

tiene sus misteriosas callejas con leyendas, con pintorescos sucedidos, y que le hablan más al espíritu que una calle de esas yanquis, todas iguales en una población recién hecha, calcada de otra que, a su vez, es fiel reproducción de alguna otra, que también lo fue de otra insípida... Son las que aquí, a todo trance, queremos imitar, pues que con empeñosa perseverancia nos estamos esforzando en destruir nuestra gran ciudad para borrarle cuanto antes su carácter monumental y artístico, su castiza fisonomía, su aspecto señorial y magnífico...”

En esas calles y en esos sitios se desarrollaron los hechos que forman las leyendas y tradiciones del viejo San Luis. Mismas que he recogido antes de que se pierdan del todo. De ellas, que son muchas, ofrezco hoy un buen manojo. Las traspaso, en su esencia, tal como sucedieron en la vida real. A muchos parecerán increíbles, pues —según escribió Mark Twain— “la realidad es más extraña que la ficción, porque la ficción está obligada a atenerse a las posibilidades, y la realidad no”. O, tal como asentara Cervantes: “Casos y cosas suceden en el mundo, que si la imaginación antes de suceder, pudiera hacer que así, sucedieran, no acertaría a trazarlos; y así muchos por la rareza con que acontecen pasan plaza de apócrifos y no son tenidos por tan verdaderos como son: y así es menester que los ayuden juramentos, o, a lo menos, el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, según lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dicen:

*Las cosas de admiración
no las digas ni las cuentes;
que no saben todas gentes como son”*

Pero, a pesar de la sabia advertencia del Manco, yo las cuento. Sucedieron alguna vez —créase o no—, en el Viejo San Luis. Por eso. Sale a vagar por el mundo la primera serie. Si Dios es servido y si la Virgen Nuestra Señora me sigue prodigando su asistencia, después vendrán las otras.

*Reconozco los sitios por mi amor consagrados
y ungidos de recuerdos ¡ay!, todos se levantan;
cual coro de oceánidas las memorias me cantan
la canción misteriosa de los siglos pasados*



Othón, “Canto del Regreso”.

El Callejón del Beso

Todavía a fines del XVIII, como lo testifica de *visu* el “Plano horizontal de la Ciudad de San Luis Potosí con todos sus Pueblos y Barrios, extractado por D. Juan Mariano Vildósola del que formó D. Manuel de Burgoa. Año de 1777”, abundaban por el norte y el poniente, a partir de las hoy calles de Insurgentes, Mier y Terán e Independencia, y aún más adentro, montones escayagados de graseros y jales de las muchas haciendas de beneficio. Eran tan viejas como la ciudad. Traían su origen desde recién inventado el mineral de San Pedro y, codo con codo, se tendían a partir de La Lagunita —hoy Jardín Escontría— hasta por lo que fue Cuartel del Cobre, más allá de la puerta falsa del Convento de San Francisco.

En esas haciendas de beneficio espulgaban los codiciosos mineros hasta la más pequeña piedrecilla de mineral a fin de quitarle todo el oro posible. Eran muchos los sujetos que vivían de eso. Unos, a poco de rascar las catas, doblaban y ciendoblaban las ganancias; otros, en cambio, con empedernida terquedad, tanto más empedernida cuantos mayores eran los reveses, proseguían rebuscando en los recovecos de las minas sin hallar nada consolador y sin que se les gastara nunca la esperanza.

De aquellos hubo uno, don Alonso Muñoz de Castiblanque, llegado a San Luis en 1690, sin fomento ninguno, que recibió un préstamo del rey por cuatrocientos pesos “con la calidad de abonar a su Majestad tres reales en cada marco de plata y lo respectivo en oro; no sólo pagó sino que dio más de un millón y medio de quintos, hasta que murió”, según decía el alcalde mayor don Andrés de Urbina y Eguiluz, en 1768, al visitador Gálvez. No fué el único. Hubo otros. En el barrio de La Lagunita, paradero natural de las aguas que descendían del rumbo del Santuario y que los mineros aprovechaban para beneficiar sus metales, existía una hacienda ociosa. La tomó en arriendo por una nonada, con la esperanza de lograr aquí lo que no logró en otros reales, un ibero, llegado muchos años antes de ultramar al señuelo del oro. Se habilitó en la misma forma que don Alonso Muñoz de Castiblanque, con préstamos de la Real Caja y, al igual que aquél, pronto pudo dar numerosos quintales a su Majestad por el oro y la plata que rescataba sin parar.

Se hizo rico, junto al cenegal donde tenía su hacienda de beneficiar metales, descombró la tierra, abrió una callejuela y sacó desde sus cimientos anchurosa y bien formada mansión. Ya fueron otros los alifafes y almozalas que lo cobijaban y los ropajes que lo cubrían y los enseres de que disponía. Empezó a vivir con todo lujo y regalo, a la gran señor, pero sin despegarse del trabajo que tanta fortuna le rendía.

Como gastó sus años jóvenes en correr afanosamente en pos del oro y para ello se soterró en minas tan dificultosas como infructíferas y en reales tan bárbaros como inclementes, cuando cazó lo que perseguía, vino a caer en cuenta que ya se estaba atollando en las arenas movedizas de la ancianidad. Si las ganancias de sus laboríos le sosegaron unos deseos, le alborotaron, en cambio, otros. Don Alonso Mucharraz, que tal fue el nombre que le aplicaron al rodar las aguas lustrales por su mollera, de pronto se sintió, con toda su riqueza abajo, que ya traía la vejez encima. Una vejez helada, insípida, dolorosa y seca, sin mujer y sin hijos.

Don Alonso, en tantos años corridos, atraillado por el ansia de las minas, no tuvo manos para pecaminosos devaneos. Mantuvo clausuradas las puertas de la lascivia. Hasta entonces no había adquirido ninguna compañera ni en el fácil mostrador del contrabando ni en la rigurosa aduana del matrimonio. Vivió en las moras.

Pensó en una compañera. Aunque viejo, era dueño de esa irresistible ganzúa que es el oro y que abre hasta las puertas de las mejor retrancadas fortalezas. Era su esperanza. Con esta seguridad y propósito en el alma, plantó sus ya cecucientes y empañados ojos en una hermosa y fresca doncella, toda encantos y virtud, doña Luz de la Sierra, hija de un su insolvente deudor.

Don Manuel, que a este nombre respondía el seleccionado suegro, cada día bajaba más a menos. Sus negocios ya no caminaban con sus propios pies, sino con los que le prestaba don Alonso Mucharraz. No que fuera un blandabrevas, no; pero la casquivana fortuna, después de haberlo traído mucho tiempo paseando por arriba, ahora lo estaba arrastrando por abajo. Los garfios de los reveces, las enfermedades, las deudas, los hurtos le habían desgarrado su hacienda y por esas muchas y muy grandes roturas, se le escapaba su caudal.

A este don Manuel, tan asendereado por los sufrimientos, se apersonó don Alonso. En vez de persuasivas aldabadas al corazón de la desapercibida pretensa, prefirió otras, no menos o más eficaces en los ánimos del pretense suegro. “Con amor y otras amenas”, según dice Bernal Díaz, refiriéndose al modo como Cortés hizo entrar en razón a los huastecos, don Alonso convenció a don Manuel para que le diera la mano de doña Luz. Uno y otro, como acostumbraban en

sus negocios, sin tener en cuenta el parecer de la legítima propietaria de dicha mano, compusieron la boda. Fue así como la doncella se vió, muy a su pesar, convertida en la señora de Mucharraz.

La obediencia contreñida por la necesidad, sacó a doña Luz de la casa paterna. Esa misma obediencia, ya en el altar, le sacó la primer palabra que pronunció ante el envejecido novio, un sí sonámbulo, lacio, desfallecido. La misma dicha obediencia, que no otra cosa, la sacó así mismo del altar para refundirla en su nueva casa y estado, a los que entró como a una cárcel, a un cepo, a una huesa.

Quiso doña Luz ser buena esposa. Y ya que no podía darle hijos a don Alonso, porque eso no dependía de ella, ni amor, porque no estaba en su ánimo, se propuso darle lo que es de ley en toda buena casada. Trabajó mucho en ello. Fueron meses de atribulado esfuerzo. A lo menos vivía en paz con su conciencia y con su señor esposo. Pero no con sus adentros. En sus adentros, doña Luz se creía infiel, bribona y fullera doña Luz estaba enamorada. Y no de don Alonso. Al voltear la adolescencia, había perdido la llave de su voluntad. Rendida de amores la soltó en las manos de un gallardo mozo que la requebró con tal eficacia, que no pudo resistir entre ardorosas demostraciones, uno y otro hicieron trueque de sus almas y de sus seres, se juraron imperecedero amor, se dieron por entero, hasta la muerte y más allá.

Eran tan niños entonces, lo hicieron tan a las escondidas, que nadie supo nada, excepto Petrona, fidelísima negra, fámula de la casa de doña Luz y que, por haber sido su nana, adorábala como a hija. Sólo ella que vió aparecer tan escondidos amores, conocía aquél camino de la cruz por el cual arrastraban don Manuel y don Alonso a la recién casada. Petrona era, a la par, cirineo y verónica, aparaba las lágrimas y aligeraba las penas, sólo las dos conocían tamaña pasión. Álvaro de Bracamontes que tal era el ignoto amado y amador de doña Luz, andaba lejos de San Luis. Sus padres lo habían puesto en la Real y Pontificia Universidad de México para que se borlara en un arte liberal. Si dentro, muy dentro estaba en el corazón de la cuitada, lejos, muy lejos se encontraba a la hora de las bodas de ella con don Alonso. El de Bracamontes, sólo esperaba alcanzar los títulos y los años necesarios para volver a esta ciudad a unirse como Dios manda y él quería, con doña Luz.

Don Alonso en el ínter, seguía acrecentado su fortuna. Iba y venía de su casona en La Lagunita, a sus minas en el Cerro de San Pedro. Por encontrarse aquélla en las haldefueras de la ciudad, en sus ausencias la dejaba bien custodiada y con las puertas y ventanas bien cerradas, por amor de su dinero y de su joven esposa, pues nunca faltan truchimanes socaliñeros que se aficianan a hurtar al prójimo ambas sagradas pertenencias.

Volvió entonces Bracamontes, supo el insospechado fin de sus relaciones con doña Luz, y el despecho le aplicó alternativamente inyecciones introvenosas, que le llegaban hasta el corazón, de ira y desprecio, de arrebatadas venganzas y de olvido, de brioso amor y de desdén. Más de una vez cogió el acero para hundírsele a doña Luz en su pérfido corazón o en el ventajoso de don Alonso, y más de una vez lo volvió a soltar. Pandereado por esos contradictorios sentimientos, se fue a la traidora. Rondó y rondó por el frente de la casona y no vió más que soledad. Se cambió a la calleja de atrás, donde estaba la puerta falsa y allí inquirió por Petrona, la fámula negra, esclava de doña Luz.

A ella, que conocía sus amores desde recién incoados, que trajo y llevó misivas, le echó en cara la felonía de su señora. Trastocada la razón por la ira, barbotó infinitos pesiatales y votoacristos, prometiendo allí mismo sanguinosa vindicta. La marejada interior, cuándo lo ponía a horcajadas sobre descomunal enojo, cuando lo soterraba en nostálgicas saudades. Petrona, con verba plena de amor recogió poco a poco los hilos de aquel adementado frenesí, sosegó al jóven e hizole columbrar que todavía era él el clavero de la voluntad de doña Luz y le prometió que la haría salir para tal día a tal hora en el mismo lugar, en esa solariiega calleja, que no recorría nadie, porque, por un lado, las paredes, por el otro, los cerros de graseros y jales.

No esperó a tanto don Álvaro. Dióse a deambular, paseando y repasando su duda por la calleja trasera. Para no levantar sospechas, se acompañó de otro hidalguélo, único sabedor de aquella incertidumbre. Este socio, como buen chafalditero, bautizó a aquél rudimento de vía pública con el mote de Callejón de La Duda. Con férvidos santiguos y ahincadas abstinencias, doña Luz había ido atosigando su amor a don Álvaro. Ya casi no se movía. En todos aquellos largos meses de casada, sus lágrimas horadaron el olvido, y en ese hueco iba a sepultar su querer. Ya veía el asa de la llave perdida. Petrona, como inabecedaria, fue el aventador que reavivó los rescoldos. Y, ya se sabe, el amor que ha sido brasa, fácilmente vuelve a arder. A la nueva de que don Álvaro la procuraba, de que andaba allí atrás buscándola, de que moría de amores, las dichas brasas se volvieron llamaradas que calcinaron todo buen propósito. No cupo más en ella que la vieja pasión y, por las diligentes mediaciones de Petrona, concertó una cita con el mozo.

Viéronse, desde entonces, muchas veces. La negra recurrió a todas las socaliñas para hacer posibles los encuentros. Siempre a deshora, siempre en la ausencia del marido, siempre en esa cuenca muda y apetitosa que es la noche. No faltó quien viera a un misterioso embozado junto a las recias rejas de mezquite de la casa de don Alonso, ni quien se lo hiciera saber. Desde ese instante, en su corazón senil, una sospecha, a la que daba pie lo chiquito del amor que siempre le profesó su

esposa, le empezó a carcomer el sosiego. Por allí se le metió el enojo con su rinfla de malas ocurrencias, una de ellas, la venganza, urgiéndole desmanchar su honor.

Discreto, taimado, prudente, don Alonso nunca reclamó nada. Dejó pasar, mientras preparaba el lavadero donde iba a quitar lo poluto a su honor. Pretextó, cuando se sintió con fuerzas para la dicha ablución, el consueto viaje al Cerro de San Pedro. Sin urgencias, calmado, melindroso, ordenó ensillar su caballo, se despidió de su mujer y salió de casa por la puerta falsa. No llegó más allá del Potrero de los Carmelitas. Allí esperó. Cuando creyó oportuno, volvió grupas. Que los decires eran ciertos, lo pudo constatar don Alonso con sus propios ojos. Reptando entre los graseros, escudándose en lo obscuro, se arrimó hasta la esquina de su casa. Desde allí, a través de la noche, alcanzó a divisar al burlador prendido de la ventana, en amoroso diálogo con doña Luz. Determinó acabarlo. El también se arropó con la negrura para no ser visto. Al tiempo que los infieles, enardecidos de pasión, hartaban sus vehemencias con un beso, clavó el cuchillo jifero y picado hasta dar con el corazón de don Álvaro.

Silenciosamente. No hubo blasfemias, ni porvidas, ni denuestos. Silenciosamente, se apagó el ardor. Silenciosamente, acabó el beso, dejando en los labios de doña Luz el postrer aliento del amor y de la vida de don Álvaro. Silenciosamente, con el acero enclavado en las espaldas, cayó muerto. No se supo más de don Alonso. Huyó. Doña Luz, entró oblata en el Colegio de Niñas Educandas o Beaterio de San Nicolás donde, en los claustros que Chico Seín mandó por tierra y que en mínima parte ocupa el Palacio de Cristal, expió su mala fortuna y desvío, entregándose a humildísimos menesteres, penitencias y plegarias. A su fallecimiento, que tardó mucho en llegar, le dieron tierra en la capilla del dicho Beaterio de San Nicolás.

Desde aquél entonces, desde cuando la justicia recogió el cadáver de don Álvaro, se le llamó a esa calleja de La Lagunita, El Callejón del Beso, denominación que todavía conserva. Daifas pintorreadas, calvatruenos lividinosos, truchimanes desaforados la profanaron con sucios tendajones donde sólo se expendía sensualidad. Formó parte de una zona pecaminosa apodada, en general, con el sobrenombre de una calle en particular, La Calle Chueca. Allí imperaron los once vicios completos. Por los cincuentas, un alcalde levantó una tapia por el lado del jardín, a fin de que las personas de bien, no miraran a esas desvergonzadas mujerzuelas del partido en los aparadores de las puertas exhibiendo su carnal mercancía. Y hasta por 1914, cuando se removió la nomenclatura antigua, lo que el chafalditero aquél llamó Callejón de La Duda, guardó su nombre. Hoy es la primera de Xóchitl, rúa que empieza en el susodicho Jardín Escontría, antes La Lagunita. Los Callejones del Beso y de La Duda, estaban mancornados, al norte, por la calle de La Loza, al sur, por los cenegales de la mentada Lagunita.

El Fraile de Piedra

Sus términos alcanzaban hasta muy lejos. Del lado de la ciudad se iban por toda la Corriente; donde desaparecía esta, se volteaban hasta el río de Santiago, dejando a un lado Los Ranchos, o mejor, Soledad de los Ranchos; proseguían luego hacia Las Terceras, Milpillas, Peñasco, donde se apareaban con los de la jurisdicción de Mexquitic; enseguida se iban brincando por las llamadas Cuestas del Cochino, de aquel lado del Peaje, para alcanzar las planicies requemadas por largos asoleos del Tepetate, San Francisco, Santiago, Gallinas, El Gallo —hoy Villa de Arriaga— para regresar después por lo más alto de la Sierra de San Miguelito y, finalmente, rociar cuesta abajo por la Cañada del Lobo y Tierra Blanca, hasta alcanzar el viejo camino de México; y por atrás de La Merced enfilaban otra vez, serpenteando, hasta dar con la dicha Corriente, donde remachaban el cerco de la amplia jurisdicción de la parroquia franciscana de Nuestra Señora de la Asunción de Tlaxcalilla. En su área tenía de todo este antiguo curato, lo mismo cerros saxosos que serranías arboladas, escampados polvorientos, socarrados un tiempo, lodosos otros, que llanuras de tierra y cascote flageladas por solaneras, heladas e inacabables lluvias.

En el último citado rincón de esta vastísima parroquia estaba la República o Barrio de San Juan Evangelista de Tierra Nueva o Tierra Blanca, alias, Nuestra Señora de Guadalupe o, en más cortas palabras, de San Juan de Guadalupe, “Visita” de la “Doctrina” de San Miguel, San Francisquito y la Santísima Trinidad, hoy San Miguelito, a secas, “Auxiliar”, a su vez, de la supradicha Parroquia de Tlaxcalilla extramuros.

En la mentada visita o barrio, cuyos habitantes sacaban el cotidiano sustento o arañando las tepetatasas tierras comunales o decalvando la Sierra de San Miguelito para hacer carbón y leña o desgajando los cerros para que los menestrales de la cantera produjeran obras primorosamente moldureadas, se había acogido, ya muy sobrecargado de años y de méritos, el seráfico fray Juan de Antillón. Provenía de las recias montañas vizcaínas. Dicen que de algún villorrio menor de Portugalete, cerca de Bilbao, tocante a Valmaceda. Por allá, aunque no sé el año ni el mes, menos el día, vino a la vida, por los conmedios del siglo XVIII, en

muy hidalga cuna. “Aunque muchos —advierte el afamado cronista fray José Arlegui— no conocen otra nobleza verdadera que la que dimana de la virtud propia, dicen bien como filósofos; pero como historiadores, deben advertir la nobleza heredada, porque de buenos principios normalmente resultan efectos buenos, y de sangre generosa rara vez faltan hazañas esclarecidas”. En estas abundó fray Juan de Antillón; por estas ensanchó su fama y quedó opinado.

A fuer de hijo de padres nobles, “como a tal le criaron en la enseñanza de la latinidad, virtud y costumbres iguales a su nobleza. Pero como los bríos de la sangre rompen los términos más preciosos y cortando la coyunda sacuden el yugo de la sujeción paterna por darse a la libertad; así a este varón apostólico los años de su muchache le hicieron sacudir el yugo de la paternal obediencia y pasar a la Nueva España...”

Juan, por acá, empujó esos fogosos bríos de la sangre en el tráfago de las minas, con lo que pronto se convirtió, por los buenos provechos que de ellas sacaba, en un peripuesto caballero, muy adinerado y ostentoso. Anduvo por los más afamados reales: Taxco, Guanajuato, Zacatecas. Por doquier la fortuna le sonreía. Siempre andaba con sus alforjas bien abastadas de oro. Y como también él estaba hecho del mismo frágil barro pecador que todos los mortales, de continuo se veía atollado en bullangueros alborotos, en compañía de hombres decisores y picudos y de toda clase de gente baldía y soez. Tuvo muchos dares y tomares con la justicia por causa de su genio alacranado y fosfórico muy proclive a la pendencia, y así no podía encontrar aposentamiento fijo.

En Zacatecas estaba cuando, por una tremenda pelotera que conmovió a la ciudad entera, tuvo que huir al nuevo descubrimiento de Nuestra Señora de la Concepción de Guadalupe de los Álamos de Catorce. Las recién invenidas minas del Padre Flores, de Dolores, de La Luz y otras agrandaban la fama del nominado Real con sus vetas aurifluentes de sólida ejecutoria de riquísimos petenques. Muchos eran los que, al clamor del oro, caían en la nueva población; de modo que, en un decir Jesús, salió de cimientos en la estrechez de aquellos cerros una muy bien concertada ciudad —cuya traza dibujó don Francisco Bruno de Ureña, agrimensor titulado por S. M. de tierras, aguas y minas— con su iglesia, sus plazas, sus haciendas de beneficiar metales, sus comercios y oficinas de todas menestralías y, por supuesto, con gente arriscada y maleante. Con estos se amigo Juan y, apenas llegó a Los Catorce, tornó a sus malos pasos y al tráfico de las minas. Algunos años corrió, cosa de cinco, recogiendo oro con una mano y tirándolo con la otra. Porque no sabía derrochar menos que a mano llena. En las sonochadas recorría las empinadas calles del Real muy terne, muy espetado en compañía de otros hombres pleiteantes y en busca de algún sucedido sangriento.

Pero, como las cosas de este mundo no tienen permanencia y todo es finible, en lo mejor de sus malandanzas la fortuna, que tanto lo había requebrado, le volvió la espalda. El desplomamiento de sus catas, deudas insolutas y una tumultuosa pendencia de la que lo sacaron sin resuello, con algunos huesos desquiciados y con tamaña apertura entre las escápulas que lo puso finítimo a la muerte y adentro de la cárcel, cortaron sus desaviados pasos.

En menos de nada el enhiesto Juan de Antillón había caído de la opulencia y regalo a la imponente horrende de la pobreza y calabozo. Y todavía allí, por obra de los huesos desquiciados y de la cuchillada en las espaldas, rodó a lo más bajo de unas tercas febrilidades que le pusieron el entendimiento entre las nieblas. Fue menester aplicarle muchos elixires conformativos y cataplasmar y topiquear la herida para extraerlo de esas persistentes calenturas y subirlo al nivel del claro juicio y salud.

Mientras se le substanciaba la causa y él yacía en la fría, penumbrosa y estrecha cárcel del Real de los Catorce, fray Genaro de Mendigutia, un franciscano de mucho arremango, el más propósito para tratar con mineros arriscados y algareros, le solía predicar con lucido despejo y bravas razones, imprimiéndole general turbación. Ya sea por los sorprendivos reveses, ya por lo tétrico y sombrío de su prisión, ya por la parola persuasiva del fraile, su fé, muy enmollecida por los anteriores descarriados pasos, rebullió ardiente y maciza. Con pávido asombro consideró sus pecaminosos días y paró en la ineludible conclusión de que estaba muy fallido en el negocio principal: la salvación de su ánima que debía desatorarse del lodo de las pasiones. Hasta hizo voto a Nuestro Padre San Francisco, si salía con bien de ese compromiso que lo mantenía entre rejas, de dar de mano al siglo y vestir su seráficas ropas.

Como de hecho. Finiquitada la causa, sin hacer más caso de sus pertenencias materiales, se vino al convento grande de San Francisco en esta ciudad de San Luis Potosí, donde muy humildemente pidió ser contado entre los miembros de la seráfica familia de la Provincia de Zacatecas. “Con mucha edificación de los religiosos que lo habían conocido, pasó su año de noviciado. Como desengañado de las falencias del mundo, soltó los fervores de su vocación los diques, para purificar con lo acre de la penitencia las manchas de los escándalos que con su licenciosa vida había en el siglo ocasionado”. Luego que profesó se hizo cargo de las obligaciones de hijo de San Francisco y azorado con este estímulo, maceró su carne con tanto exceso, que siendo tantas las austeridades de la regla franciscana, no sólo la guardó toda su vida a la letra, sin mitigación alguna, sino que añadió otras penalidades, que no pudieran superar las humanas fuerzas, a no estar prevenidas de la gracia.

Con estas vehemencias interiores, fray Juan se echó a captar almas por más zahareñas que fuesen. Los chichimecos del norte andaban muy alborotados cometiendo inenarrables demasías. Y entre ellos, sólo, sin más armas que su crucifijo, ni más rodela que su áspero sayal sobre la nuda piel, se metió a transvenar en los bárbaros la efusión de su caridad. Recorrió a pie vivo, “sin el uso permitido de las sandalias”, todos los parajes riesgosos que frecuentaban los mecos indómitos. Unas veces caían éstos a sus pies, vencidos por el heroico denuedo del misionero, pidiendo bautismo; otras muchas, incontables, o huían de él lo repelían con furibundas pedreas y aún llegaron a asaetearlo y rasgar su hábito y sus carnes con filosos cuchillos de pedernal.

De este modo, quien en el siglo anduvo siempre muy enredado en pleitos, ya en la religión volvió a enredarse en otros, igualmente fieros, desbravando los ímpetus salvajes de aquella raza arisca y rijosa. Y cuando acababa de poner de paz a los dichos mecos y se prevenía a salir al encuentro de la vejez y apaciblemente unido a ella pasar sus postreros días, en oración y proximidad con Dios, en medio de los lobos hechos mansos corderos, volvió a inquietarse la tierra con las belicosidades sin freno de la independencia.

Entre Tula y Matehuala, Villerías, primero y luego el Huacal con su horda de indios semisalvajes, robaban, violaban, aprehendían, degollaban sin miramiento ni conciencia ninguna. Fray Juan no podía consentir tamaños desafueros como ejecutaba aquella plebe rebufante y sanguinaria. A brazo partido como en sus buenos tiempos juveniles, impidió el degüello de unos, ganó la libertad de otros y a la misma muerte le arrancó los cuerpos de otros más. Sólo que de la contienda entre hermanos salió con un ojo quebrado por un lanzazo.

Puesta la tierra en paz, sus prelados lo llamaron a San Luis a reparar cansancios y a medicar su vista mocha y cegajosa. Ya traía la vejez encima. Los muchos riesgos corridos, las solanas y las heladas, las continuas maceraciones, las pedrizas de los bárbaros le habían roído los tenues hilos con que traía atada la deuda de su pecaminosa juventud con la oración y penitencia y consumir su ancianidad sin remordimientos ni temores y así, pura y serenamente, esperar tranquilo la visita de la hermana Muerte.

Experimentó un gran alivio al volver a los recoletos y cicatrizantes claustros donde afianzó su conversión con la toma de hábito y noviciado. Mas su gozo no duró mucho. La falta de ministros lo sacó de su apacible retiro y la obediencia lo llevó a la república supradicha de San Juan Evangelista. Los naturales de ella por entonces, aunque muy despaciosamente, hacían la fábrica de su nueva iglesia. Empezada por 1765, por 1825 estaba la construcción a punto de llegar a su fin

“con suficiente capacidad y orden de arquitectura y con sus cinco bóvedas, crucero y cimborrio”. Fray Juan debería cuidar el coronamiento de la obra y satisfacer las urgencias espirituales de aquellos naturales.

Al nominado templo lo levantaban de consumo, con mucho amor y armonía, los del barrio de San Juan de Guadalupe y los de Tierra Blanca, congregación sita al pie del cerro. Ambas parcialidades formaban el párvulo rebaño de fray Juan, sin que jamás hubiera habido entre ellas ningún disentimiento. A una y otra prodigó el anciano fraile sus cuidados. Su presencia les transvenó fogosos bríos y a los pocos años corridos quedó el templo concluido. El buen franciscano encontró, por fin, la paz y el sosiego que requerían los negocios de su alma. Mas de pronto surgió una violenta contradicción. Y las dos parcialidades, hasta entonces tan amorosamente vinculadas entre sí, tan pacíficas y tan hermanas, se enfiestaron y se declararon la guerra. Fray Juan se vio de nuevo enredado en pleitos. Y todo por dónde hacer los enterramientos.

Al ventilarse en el cabildo de San Juan de Guadalupe la imperiosa necesidad que tenían los republicanos de esa fracción y los de Tierra Blanca de un cementerio, que no lo había, y todos de común acuerdo, sin contradicción ninguna, determinados a construirlo, entró la desavenencia al cuestionar sobre el sitio donde aquél debía quedar. Los de San Juan, tercicos y porfiados, lo querían cerca de ellos; los de Tierra Blanca, disgustados e inconformes, reclamaban lo contrario. El dicho cabildo se volvió una sanfrancia. Los dos bandos se aventaban apasionadas razones. La altercación subió de punto y brincó las cercas de la cordura. Empezaron los pleiteantes a acompañar sus argumentos con palabras encolerizadas. Se les embutieron de incontenible ira los pechos y llegaron a las manos, hasta darse atronadores mamporros de sacar sangre. Cuando desenvainaban los cuchillos jiferos y picados, entró fray Juan, solicitado urgentemente, y metió paz. Pero ya la desavenencia no admitía ninguna compostura. Unos y otros, a cuales más, empecinados en su propio parecer, no cedían. Hombres y mujeres, gente grande y gente chica se metió en la bulla. Sanjuanenses y tierrablanquenses, de súbito, se hallaron desnudos y opuestos, dando por tierra a viejas amistades y parentescos; se desanudaron relaciones muy sólidas y entroncamientos muy finísimos y antiguos. Jamás se había puesto tanta pasión y tanto empeño. Todos atizaban el fuego de ese inopinado disentimiento. De nada valían las razones de fray Juan. Estos exigían el cementerio acá y aquéllos lo reclamaban allá.

Acudieron a darle mano al padre ministro De Antillón, las autoridades civiles y religiosas de la ciudad; el mismo apostólico varón que fue don Juan Cayetano Portugal, obispo de Valladolid, de visita pastoral entonces por estas tierras, acudió solícito y se entablaron muchas pláticas componedoras sin que se llegara a

ninguna buena conclusión. Los dos bandos se veían con ceño esquivo y encru-
decido encono. Nadie bajaba de su terquedad. Hubo que hacer los parlamentos a
campo abierto, en los límites de las dos parcialidades, porque los de Tierra Blanca
ya no quisieron entrar en los dominios de los de San Juan, como no fuera bien
provistos de cuchillos y pedreñales y en montón, agavillados los hombres y las
mujeres, con pretensiones bélicas.

Corrieron bastantes días, cosa de veinte, sin poderse substanciar la causa. Ya eran
muchos los golpeados, los descalabrados y los que quedaron irremediamente
con la dentadura rota o descabalada. Por fuerza hubo de intervenir el gobernador
imponiendo un fallo salomónico: el camposanto quedaría sobre los límites de las
dos jurisdicciones, por mitad y mitad. O no habría nada. Con lo que concluyó el
pleito y se levantó un acta. Pero los ánimos seguían desasosegados.

A la hora de tirar la traza del tan traído y llevado cementerio, las dos parcialidades
no se desprendían aún de su desvío y enojo. Llenos de rencores, de aquel lado
estaban los de la Tierra Blanca y de este los de San Juan, aventándose llamaradas
de furor. El buen fraile, con los principales, delineó el campo y hubo de emplear
mucho matemática para ajustar con exactitud el lugar de la puerta, que también
debía situarse por rigurosa mitad: una hoja aquí y la otra allá, con la juntura en
el puntual límite; siguió la traza de la capilla, con los mismos escrupulosos mira-
mientos para no pecar contra la justicia y la precaria paz; luego hizo la bendición
del solar baldío, repartiendo por igual, a uno y otro lado, proporcional número
de asperges. Acabó con una prédica monitoria llamando a la concordia, caridad
y sosiego. Empezaron a dispersarse, en fin.

Por más que se averiguó en muy escrupulosas diligencias, nada pudo ponerse
en claro. El hecho es que, al emprender cada bando su camino, o por una simple
amenaza o por un robusto pesiatal, que no se supo, estalló una violenta pedrea en la
que nadie se mantuvo quieto. En menos de nada quedaron muchos descalabrados
de cabeza, muchos con costillas hundidas y con los huesos fuera de lugar, muchos
con dientes rotos, muchos tirados en el suelo y muchos privados del ejercicio de
la voz y sin resuello. De los primeros en desplegar su actividad con más diligencia
de la que permitían sus años, fue fray Juan de los primeros en caer, también. Un
cascote, de tantísimos como iban y venían muy veloces y certeros por los aires, le
dio en la nuca y le expelió la vida.

Al verlo, yerto e incoloro, con su feble humanidad exánime, a todos se les huyó el
enojo. Empavorecidos, embutidos de amargura, adementados, profiriendo ayer
dolorosísimos, con muy copioso llanto, apodándose a sí mismos parricidas, bellacos
y malnacidos, percutiéndose con inagotables bríos los pechos, se arremolinaron

tumultuosamente en torno al fraile, con el que ya no había nada que hacer, como que estaba muerto. Al sepelio, que estuvo concurridísimo, asistieron todas las comunidades. Con cruz alta y dalmática, después de misa, llevaron su cuerpo a darle tierra en el cementerio vacío que fue manzana de discordia. Todavía sin levantar las bardas ni la capilla, con sólo las mojoneras en las esquinas, abrieron la fosa en el lugar en que cayó sin vida fray Juan de Antillón, que fue en el centro.

Los de Tierra Blanca y San Juan, con la muerte de su ministro, volvieron a la fraternidad de antes. Roídos por los remordimientos, de común acuerdo, con hondos sentimientos y propósitos expiatorios, se impusieron una dura penitencia general: a lo largo de un mes o más, hasta donde fuere preciso, sin faltar día y sin faltar ninguno, se congregaban todos en el camposanto, después de muchas oraciones y disciplinas y en procesión se iban hasta el cerro a traer piedras, escogidas a propósito, del tamaño de las propias fuerza, para levantar los muros y la capilla, lo que hicieron pronto.

De común acuerdo, también, escogió cada parcialidad su mejor picapedrero para que entre los dos labraran el monumento funerario, cada quien su parte. Dichos dos obradores, en complaciente armonía, elaboraron el proyecto, consistente en la figura de fray Juan de Antillón, muerto, sobre el suelo y calada la capucha, con las manos lacias sobre el abdomen, tal y como quedó después de la fatal pedrada que a él le quitó la vida y a ellos el enojo. Debería ser un monumento simbólico, obra de las dos fracciones en mala hora opuestas, pero ya reconciliadas, por lo que la escultura debería constar de dos porciones o bloques formando un todo. Y así se hizo. En la misma cantera, los de San Juan contaron una parte y los de Tierra Blanca otra. Luego cada picapedrero labró la mitad que le tocó en suerte: uno, del cordón a la cabeza; otro, del cordón a los pies.

Resultó, así, una escultura primorosa, la mejor de cuantas tallaron esos hábiles cantereros, que colocaron sobre la cornisa de la puerta del cementerio, como si el religioso estuviera tendido sobre su brazo izquierdo. El mismo día fue la bendición de la capilla, según licencia que concedió el Ilmo. Sr. Obispo de Valladolid, don Juan Cayetano Portugal, a 27 de junio y año de 1845; la hizo el R. P. Fray Manuel Navarrete, cura de Tlaxcalilla.

Sobre esta maravillosa escultura escribió el erudito y magnífico sabedor del barroco don Manuel Toussaint: “Es tan valiosa... Es el cuerpo de un fraile franciscano, tallado en alto relieve, en dos bloques de piedra. Mide un metro sesenta y cinco centímetros. Aquí no fue vanidad sino el amor de sus feligreses el que quiso perpetuar su efigie. La figura del fraile es yacente, casa insólito en la funeraria de la Nueva España. Sus brazos al frente, no cruzados sino sobre su

áspero cordón; la capucha le cubre la cabeza, mas deja el rostro bien visible, entre risueño y trágico: difiérase que muere feliz, pero su sonrisa hierática, de acuerdo con la geometría inevitable de su yacer, con sus paños acartonados, sus cordones con nudos y borlas, todo medioevalmente franciscano, casi lo convierten en una momia de piedra a la que prestan volumen sus hábitos. Desde el punto de vista plástico, es de gran importancia y casi me atrevería yo a colocarlo en primer término dentro de su género. No aparecen en ella ni reglas, ni clasicismo, ni nada...”

Tuvo razón el mencionado crítico: fue el amor de sus feligreses el que quiso perpetuar su efigie; no la tuvo al decir que la escultura es del siglo XVII. No es tan vieja, se manufacturó a mediados del siglo pasado; ni es colonial. Esta singular obra, perdida la memoria de su origen, se encuentra hoy en el Museo Regional Potosino. El cementerio de San Juan de Guadalupe cayó en desuso a fines del siglo de ayer, al abrirse el del Saucito. Por 1955 lo volvieron nada, y sobre sus vetustos cimientos levantaron algunas casuchillas. Fue cuando quitaron la escultura del lugar donde se colocó originalmente. Mas para entonces estaba ya muy deteriorada por las pedradas que asestaron vagos y malandrines en el rostro y en los pies del fraile, al igual que tiempos antes los mecos bárbaros y sus propios feligreses.

La Aparecida

La ardiente y socialífera sangre de don Diego de Arizmendi Gogorrón emanaba directamente de aquel malhumorado, tremendo y sanguinoso vasco don Antonio de Arizmendi Gogorrón, descendiente, a su vez del afamado capitán don Pedro de Arizmendi Gogorrón, uno de los primeros pobladores de San Luis, propietario de muchas minas, solares y sitios de ganado y creador de las haciendas de la Saucedá y Gogorrón y que mucho tuvo que ver en el descubrimiento y fundación del Real de Guadalcázar.

El dicho don Antonio, con aquellos enjambres de perniciosos cromosomas que traía en sus venas, se echó a cuestras la dificultosa tarea de andar en continuos dares y tomares con la justicia. Por los muchos méritos de su progenitor, el capitán don Pedro, fue nombrado alguacil mayor del mentado Real de Guadalcázar, más sólo para cometer abusos y entablar cuñadías con los mineros ladrones y trapaceros que sisaban el real quinto a su Majestad. Lo cual motivó la venida del oidor don Iñigo de Argüello y Carvajal. Este señor, con los altos poderes de que venía provisto, mandó prender a don Antonio para que rindiera estrecha cuenta de sus fechorías. El muy fullero, viéndose ya en los cepos, se agarró a buenas aldabas para que el oidor no lo constriñera tanto, una de ellas, don Melchor de Terreros, quien dio fianza y obtuvo que en su propia morada pusieran preso a don Antonio. Como ruín caballero, éste se fugó.

Con tan grave desacato, no hizo sino correr más el nudo de la soga que traía al cuello, porque tenía juicios pendientes en el tribunal de San Luis. Estaba acusado de provocar, con toda deliberación, el derrumbamiento de la Mina Cata Gogorrón, en el Cerro de San Pedro; de maltratar con palabras feas y con obras muy punibles, a sus indios y esclavos, a los que por una nonada, metía en los cepos y prisiones que tenía en su hacienda de la Saucedá; de que había puesto tantos azotes en las espaldas de un chino, su esclavo, que lo mató y lo hizo enterrar en uno de los corrales del Hospital de San Juan de Dios; de que con alevosa y certera estocada había dado muerte al alguacil Hernando de Villafana, en la plaza pública, de muchos excesos más.

Fue a dar con su malafinada alma a la cárcel. Recurrió de nuevo a sutiles artimañas. Logró que le levantaran el secuestro de sus bienes y que le concedieran, so pretexto de que padecía cámaras, estar preso en su casa, con centinela de vista. De allí, en complicidad con su señora madre, que dizque fue a curar al hijo, se fugó. Luego apareció en México, pidiendo socorro en contra del alcalde mayor de San Luis, don Juan Cerezo Salamanca, sólo que esta última evasión no le valió, aprehendido de nuevo, muy mal de su agracio, compurgó larga y severa condena.

Don Diego de Arizmendi Gogorrón tenía a quién sacar. De su fosfórico, atrabiliario y belicoso abuelo, recibió en herencia lo mismo cuantiosas fortunas que muy desatinadas aficiones. Salaz y goliardo, abandonó el fomento de la sucesión paterna para acogerse a la sucia rada donde hacen sus saturnales o aquelarres todas las brujas de la sensualidad. Lo atraían irresistiblemente las mujeres, a las que requebraba sin importarle un qué la condición de ellas. Tuvo por esa desenfadada manía que huír de Guadalcázar, donde ultrajó a una doncella, hija de un minero de viso, y a algunas indias principales. En sus haciendas de la Sauceda y Gogorrón, los hombres pusieron a buen recaudo a todas las mujeres, de las cuales sólo quedaban las esclavas negras o viejas, porque las demás se volvieron cimarronas. En el Valle de San Francisco, hoy mal llamado Villa de Reyes, puso manos violentas en uno de los frailes que defendió a una mujer, por lo que cayó en excomunión. Y en San Luis, por poco entrega el alma después de una tupida pedrea que le propinaron los tarascos del barrio de San Miguel, San Francisquito y la Santísima Trinidad cuando huía con una doncella india que había raptado.

Don Diego, con esas ansias indomeñables, desbarató hogares, destruyó honras, acabó vidas. Una de ellas, la de la hermosa y opulenta viuda doña Isabel de la Cueva, esposa que había sido del rico hombre don Lesmes Ferrer de los Olivos. Había venido doña Isabel, muy niña aún, a este Pueblo y Minas de San Luis con sus padres, provenientes de Zacatecas. En su casilla pobre, de las llamadas de taza y plato, se convirtió doña Isabel en una muy atractiva mujer y muy virtuosa. Entonces muchos mozos la empezaron a codiciar de amores, pero sus padres la cuidaban bien. Antes de que la joven alcanzara los dieciocho, la dieron en matrimonio a don Lesmes, con lo que ganaron todos. Fueron los pocos años que duró este matrimonio, años de venturosa felicidad, aunque sin lograr hijos. En lo mejor de esta dicha, el señor Ferrer de los Olivos murió de su muerte, dejando a doña Isabel viuda, hermosa, más que cuando se casó con ella, rica y moza, como que apenas sumaba veinte años. Viéndola en este trance, se le arrimaron sus padres, amparándola con su protección y compañía.

Los lutos, llevados con sencilla elegancia, le añadieron más encantos a doña Isabel. Aunque los malintencionados dicen que, “en ciertas viudas el luto, sólo es tocar

a vacante”, doña Isabel no era de esas. Recatada y púdica, tenía bien guardada su honestidad en cofre de siete llaves. Tornaron a rondarla los galanes embebidos de pasión por ella. A ninguno hacía caso, entregada toda entera a buenas obras, al cumplimiento de sus obligaciones en las cofradías y al recto orden de su casa. En cuanto a sus bienes, su señor padre, tomó la administración de ellos.

Tanta hermosura y tanto recato, encrudecieron la pasión de don Diego. Se valió de muchas artimañas: sobornar a las criadas y a la dueña, dar oportunidades para que el padre de doña Isabel aumentara la herencia con pingües ganancias, regalos muy magníficos, serenatas, palabras enternecedoras que ninguna hembra resistía, hacerse hermano de la venerable Orden Tercera de San Francisco. De mil maneras don Diego se esforzaba por enhebrar una cuenta más en el collar de sus pecaminosos amoríos.

Mas no lograba copar los sentimientos de doña Isabel que siempre tenían una huidera por donde seguir en libertad. En ella siguieron mes tras mes. En medio de esa resistencia, rindió el alma, oprimido por un cólico miserere, don Hernando de la Cueva, y doña Isabel, además de viuda, quedó huérfana, con todo el peso de la soledad y la fortuna encima. De esta coyuntura se aprovechó para dar paso a su concupiscencia el marfuz don Diego. Estrechó el cerco, asendró su verba engañosa, vertió en el corazón desolado de la huérfana, consuelos tenuemente enlanguecidos que por fuerza, a tanto y tanto hubieron de rendirla. Doña Isabel estaba en lo mejor de su vida, como que todavía no llegaba a los veinticuatro.

Dado el sí, no hubo amador más solícito, más amartelado, más compuesto, que don Diego. Era otro. Se alejó de ficantes bravucones y bellacos; hizo postura para la vara de regidor; movió cuerdas para llegar a prioste de la cofradía de Nostramo, en la parroquia; atendía a sus cosas, tan desatendidas antes, y a las de doña Isabel. En suma, recuperaba la fiducia de las gentes, que veían y no creían.

Pero todo no era más que un diabólico embarnizamiento, porque su alma la traía apelmazada por la lujuria insaciable. Doña Isabel abrió un foso entre ella y la sensualidad de don Diego, que sólo se podría cruzar por el puente levadizo del sacramento o por el otro de la pasión. Y como era esta la que le importaba a don Diego y no aquél, aplicó todas sus malas artes a despertarla, a hacerla arder incontenible, a que estallara, desatada la razón, ansiosa de deliquios.

Hacia ese horno la fue llevando suave, insensible, eficazmente don Diego, con sutil y sedoso apiñamiento de caricias y regalos. Cuando doña Isabel se percató por donde andaba, ya era tarde, también ella ardía en las llamas de la sensualidad. Su recato, su fortaleza, sus buenos y santos propósitos, estaban calcinados. Sin

pasar por el altar, fue señora por segunda vez. La misma hornaza, al poco tiempo de este ilícito ayuntamiento, consumó los deseos de don Diego. Menoscabada la honra de doña Isabel, la abandonó. Fue a esconderse en su hacienda de Gogorrón, y no se le volvió a ver, dejando a su amante toda deshecha por dentro y, por fuera, toda taladrada por las lenguas alesnadas y murmurantes.

Fallida en sus amores, asolado el edificio de su buen nombre, doña Isabel no pudo seguir ya más en el viejo San Luis. También ella escapó. Unos dijeron que a su natal Zacatecas; otros, que a lavar su mancilla en el más austero convento de México; otros, que a morir de pena. No se supo bien a bien. A un viejo mayordomo de su difunto esposo confió el encargo de rematar los bienes y de guardar el producto, que ya le diría ella a dónde remitirlo. Todo salió en venta, menos la casona, nido de la burla, que se quedó desierta.

Cosa de seis meses después, poco más o menos, don Diego volvió a San Luis en busca de placeres. No pudo padecer la abstinencia que se vio forzado a llevar en sus haciendas, y tornó al atolladero de sus vicios. Otra vez el mismo de antes, hundido en violentas altercaciones por mujeres, en bullangas escandalosas, en hechos delictuosos. En eso andaba, cuando acertó a saber que doña Isabel ya estaba de vuelta en San Luis, más gallarda y más colmada de atractivos que nunca. Lo supo por un discreto recadillo que encontró tirado en el zahuán de su morada.

Despertaron, recrudecidas, las pasadas ansias que dormían alebrastadas. En su pecho se desbocó nuevamente la lascivia, dando frenéticos bramidos que le retumbaban en las vísceras. Toda su sensualidad se irguió reclamando pasto. Esa misma noche fue a la casa de doña Isabel, que tan bien conocía, y confirmó ser cierta la noticia. Lánguidas luces mortecinas goteaban por las fisuras de las ventanas. Ladró el perro, como meses antes, cuando se arrimó a la puerta. No batió la aldaba, por temor a un repudio después de aquello. Prefirió esperar. Al día siguiente se dio a repasar los templos que otrora frecuentaba doña Isabel, la Parroquia, la Compañía, San Francisco, San Agustín. En este le pareció verla, cuando doblaba para entrar al atrio, acompañada de una dueña, envuelta en lutos, con los que esplendía más el claro frescor del rostro y que aún le regalaba la acariciante ternura de sus ojos. Esperó. Acabó la misa. Se vació la iglesia. Por fin salió doña Isabel. Desde lejos la divisó. No descubrió rencores ni enojos en su cara. Al contrario. Desde el marco de un fingido recato, sin que la dueña lo percibiese, le envió miradas suaves, delicadamente insinuativas. De sus manos fragantes resbalaban los engarces del rosario.

Todo lleno de azorado desasosiego, la siguió. De vez en cuando la dama removía sus velos y volvía discretamente la cara, para seguir derramando el encanto

apacible de su belleza y las miradas aquellas de rendido e incitante amor. Ya no quiso otra cosa don Diego que hartar sus apetitos. Larga, inacabable, se le hizo la mañana. Más todavía la tarde. Volvió a buscarla, volvió a encontrarla. Volvió a gozarse en aquellas sutiles insinuaciones que le alborotaban las ideas pecadoras. Acabó la Hora Santa y la bendición con el Divinísimo. Volvió a seguirla. Entró a su casa doña Isabel, la dueña por delante; ella, después, soltando un papelillo la blanca mano antes de desaparecer. Era una cita. Puntual, para esa misma noche.

La espera dio recrecidos bríos a los deseos. A la hora acudió al reclamo. Según lo dicho, por la ventana entornada, se asomó la luz, la invitación a pasar; entornada también la puerta, le permitía entrar. Luego desapareció la luz. Por aquel zaguán que muchas veces cruzó como si fuera el de su propia morada, entró don Diego. No ladró el perro, ni salió la dueña. Una acogedora quietud, negra, negra, como los lutos de doña Isabel lo llenaba todo. Traspasó el zaguán, y se adentró en la sala, más negra todavía, con una negrura cálida y aromada por los perfumes y encantos de doña Isabel. Siguió sin titubeos, que en iguales circunstancias recorrió el camino muchas veces. Abrió otra puerta y alcanzó la alcoba. Ya sabía donde estaba el lecho. Percibía el respirar jadeante, ardoroso, de doña Isabel, que lo esperaba para entregarse por entero otra vez.

Adementado, frenético, avaricioso se echó a aquellos brazos, a aquel pecho, a aquella boca que tanto ansiaba; se echó a regustar hasta lo último, los elixires de aquel amor, y no a chupitos sino en colmadas jarras; se echó a oír y a susurrar palabras tiernas y almibaradas; se echó a gozar con aquella mujer que desparramaba el incitante misterio de las flores. Se echó y solo encontró huesos, no más que huesos, duros, secos, lisos. Fue cuando aulló el perro. Un aullido filoso, lastimero, de destrozar el alma. Días después la autoridad tuvo que violar las cerraduras para averiguar el porqué de aquellos insoportables hedores que salían de la casa que fue de doña Isabel. Así dieron con lo que sobraba de don Diego, porque ya buena parte se la habían apropiado los gusanos. Lo encontraron abrazado a un esqueleto. Después, muy después, se supo que a la dicha viuda una soltura de sangre o hemorragia, al nacer su hijo, le apartó el alma, días antes de que desapareciera don Diego. El niño se fue luego atrás de los dos, con tiempo apenas para que le echaran el agua. Le abrió las puertas del otro mundo y lo aventó en él una cagalera, o diarrea, como se dice ahora.

Los Montúfares

Buscando tierras mejores, donde la obtención del pan de cada día no fuere tan dificultosa como en las propias guatemaltecas, saltaron en suelo mexicano los Montúfares, don Juan y don Manuel. Primero se aposentaron en la Metrópoli, atractivo y común apeadero para los inmigrantes. Por allá supieron que los Carmelos de San Luis Potosí, muy mermados en número, y en una época en que la enemiga contra los españoles estaba en su punto, por obra de las logias y de Poinsett, el eficazísimo y corrosivo emisario de los Estados Unidos, no hallaban qué hacer con tantas y tantas tierras como tenían. Empezaban éstas, contando desde el oriente, en la misma plazuela fronteriza del templo, y seguían, con interrupciones por aquí y por allá, hasta muy adentro de los linderos de Tamaulipas. Para defender tamañas y variadas posesiones, vivían en continuos y crónicos pleitos con los vecinos, que eran incontables y por todas partes. Cuando no padecían litigaciones con los del Montecillo y los mineros, las sufrían con los de Soledad, o con los de San Nicolás, o con los del Armadillo —que no tenían ni de donde sacar leña porque todo el alrededor era de los dichos Descalzos— o con los de Santa Bárbara, en jurisdicción de Tamaulipas, o con el Conde de la Cortina, por ciertas propiedades en esta jurisdicción y en la del Nuevo Reino de León, o con los otros muchos de más allá.

Desconocían el sosiego los atribulados frailes. Su procurador, siempre en los Tribunales de la Capital, recogiendo o largando acusaciones y amontonando más y más legajos en el que hoy en día llaman Archivo General de la Nación. Por obra de estos frailes pleiteantes, el Ramo de Tierras del citado Archivo contiene muchos informes de aquellos tiempos, de aquellos lugares y de aquellas gentes. Dichos Descalzos, por la independencia, por las dos o tres vengativas y perniciosas expulsiones de españoles y por otras causas, venían a menos y carecían de brazos propios para administrar las tierras y para dirigir los trabajos aratorios. Supiéronlo los Montúfares y firmaron contrato. Fue así como arribaron, sin familia y sin blanca, a esta Muy Noble y Leal Ciudad, por el año de 1835.

Empezaron por rentar el llamado Potrero de los Carmelitas, mejor conocido hoy por Rancho de San Antonio, a no más de una legua distante del propio convento.

Como el tal Potrero les rindiera magnífica cuenta, inmediatamente ocuparon en interés más fincas, Pozo del Carmen, Peotillos, Chamal y algunas otras en la parte oriental del Estado, muy productivas y muy baratas. En un decir Jesús se volvieron ricos, más que la mayoría de los latifundistas de San Luis. Con las primeras pingües ganancias compraron casa, enfrente de Las Recogidas, y don Juan llegó al altar con una hermosa y acaudalada potosina. En esta dicha casa sita en Las Recogidas nació, por el año de 1836, un fornido varoncito, el único retoño de don Juan Montúfar; llevado luego a la parroquia, quedó inscrito en el libro de los vivos con el nombre de Lorenzo, que fue con el que se le conoció y pasó a la historia.

El niño nació y creció en finísimos pañales. Sus padres lo educaron con mucho miramiento. Al alcanzar la parvulez, lo metieron en la afamada escuela de don Salvador Macías Valadéz. Progenitor del abogado que más tarde brilló con rojo esplendor liberal, don Francisco de igual apelativo, enemigo número uno del Catecismo de Ripalda, contra el que no se cansaba de arremeter con violentas y tercas urgencias, aunque a la hora de la verdad, con la huesa enfrente, se despojó de esas virulencias, y todo contrito, abjurando sus errores, murió como fiel cristiano, en brazos de la Iglesia que tanto y tan feamente persiguió, el 24 de marzo de 1890. En la escuela de don Salvador, el Montúfar chico tuvo de compañeros a lo mejor de la infancia potosina y aprovechó muy bien el tiempo. Narra don Manuel Muro, quien compartió en aquellos lejanos ayeres las mismas aulas con don Lorenzo, que el profesor Macías Valadéz derrochaba elogios ilimitados a la inteligencia y excelentes maneras del Montufarito. El cual era, además de muy rico, muy talentoso, muy aplicado y muy correcto.

En lo mejor de su vida, un mal de esos que no aceptan curabilidad carcomió rápidamente la salud de don Juan y tronchó sus días, sin que nada ni nadie lo pudiera evitar. El inopinado accidente alcanzó también a don Manuel, a quien sumergió en un abismo de tristeza. Le perdió el amor al lucro y a la vida. Sólo le quedaron ánimos para estar junto al hermano muerto contemplando el rostro descolorido, renuente a entregarlo a la fosa que ya lo reclamaba con urgencia. Para no verse obligado a esto, volvió a llamar a los mejores facultativos de entonces, y ya que no pudieron impedir el fenecimiento de su hermano, los conminó a que lo apartaran de los gusanos. Fue así como, descujándole las entrañas a don Juan, lo sometieron a riguroso embalsamamiento para que nunca jamás rodara a la putrefacción.

Luego, sin desperdicio de tiempo, mandó hacer una urna de cristal, semejante a aquella que, en el templo de San Francisco, guardaba la imagen del Señor muerto, pero mejor acabada, más rica y más costosa. Y ordenó que se cubriera la urna con

una preciosa cortina de seda negra, corrediza, a fin de poder observar al yacente. Sacó licencia del párroco de la ciudad para depositar el fastuoso y singular féretro en el coro de la iglesia de la Compañía de Jesús, y así evitar el soterramiento y definitiva ausencia de su hermano. Como pretexto para esconder sus enfermas intenciones, adujo la futura conducción del cadáver al solar natío. El desasosiego por estar con el hermano muerto lo alejó de las tierras arrendadas. Las abandonó por entero en otras manos.

Cotidianamente, en eso gastaba los días, trepaba al coro de la Compañía, apartaba las sedas de la urna y se ponía a contemplar, por horas y horas, perdido en abisales reflexiones, la faz acartonada del difunto. Luego de remudar las velas, volvía a su casa, para continuar al mañana la dolorosa tarea. Esto duró un año, lo que tardó en desembarazarse de los pendientes que lo tenían arraigado aquí. Al cabo del cual recogió los talegos que había hecho gracias al generoso contrato con los carmelitas, tomó a la cuñada y al huérfano y cargó con el hermano a Guatemala, de donde había venido. Y no se supo más de él ni de ella.

Como abundaba en posibles, concentró sus afanes en el sobrino. Para los estudios medios y mayores, lo mandó a París. El muchacho, con las magníficas cualidades que traía adentro, hizo carrera. En Europa, sin mayor dificultad, llegó a médico, tras de lo cual se reimpatrió. Sólo que conforme se llenaba de más y más conocimientos, se iba emponzoñando su alma. Volvió otro. Le rebullía en las entrañas una endiablada malquerencia u odio al México donde recibió la vida y se enriquecieron su padre y su tío y a la Santa Madre Iglesia. En sus tortuosas andanzas en la política y en la diplomacia, sólo de esto se ocupaba, de urdir males para el uno y para la otra.

En la cosa pública de su patria adoptiva, Guatemala, anduvo siempre muy arriba. Cuando allá ocupaba la presidencia el general Barrios, fue a los Estados Unidos como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario; después tuvo en sus manos envenenadas y maleficas la Secretaría de Estado y la de Relaciones Exteriores. Por entonces el trato de nuestro país con Guatemala, se interrumpía de continuo, y todo por cuestión de límites. Aquella era la provocativa. Hubo muchas inminencias de bajar de las palabras a los hechos. El más ganoso era don Lorenzo Montúfar, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores. A los potosinos, mayormente a los que lo conocieron y trataron, les partía el alma tanto odio y desatino. Descansaron cuando, como si fuera castigo de Dios hecho sobre medida, una congestión cerebral lo apartó de toda actividad. Murió finalmente, varios años después, faltando pocos días para que se acabara el de 1907.

Cuando esto sucedió, los periódicos de México “con detalles horribles” publicaron el suceso. *El Estandarte*, muy magnífico diario de don Primo Feliciano Velázquez,

tomó de una revista de Las Vegas, Nuevo México “el relato de la manera como murió el infeliz anciano guatemalteco doctor Lorenzo Montúfar, que empleó su larga vida en atacar a la religión de Cristo y a los Ministros de ésta. He aquí — advertía *El Estandarte*— la narración que hace un testigo presencial”:

“Fue atacado ese hombre desgraciado de congestión cerebral, que le dejó varios años paralítico, estúpido, en una situación tal que sólo se podía comparar a una bestia. Se mantenía desnudo, andando en cuatro pies, y en tan inmundado estado que la decencia no permite referir. A fuer de león o tigre, apoyando la cara en el suelo, bramaba que daba horror y causaba espanto. No fue posible a su familia encontrar criados que le sirvieran, porque horrorizados, salían de la casa para no volver, hasta que sus hijas se constituyeron en criadas y mandaderas de su desgraciado padre. En su desesperación habitual, cogió la manía de querer sacarse y arrancarse la lengua, instrumento de tantas blasfemias y calumnias; y no pudiendo, se agarraba y estiraba los labios con las manos. El hedor que todo su cuerpo exhalaba era insoportable. Así acabó este masón de grado 33, corruptor de la juventud centro americana”.

María la Platera

Fue don Juan Pablo de Hurtado el más hábil maestro aurifabrista que conoció el viejo San Luis. De sus manos, encallecidas y deformadas por buriles, cinceles y martillos, salieron infinidad de platerías a todos rumbos. Sus preciosas labores eran muy solicitadas, y jamás daba alcance la producción que salía de su taller a las demandas que entraban por su puerta. En todo el norte de la Nueva España, de Querétaro para acá, no se dio un maestro que igualara ni la inspiración ni la habilidad del afamado don Juan Pablo de Hurtado.

Vino de no sé dónde, tomó tierra en San Luis ya que aquí había Caja Real, Marcador y Ensayador y abrió oficina. Como a esta Muy Noble y Leal Ciudad acudían mineros, comerciantes y ricos hombres de todos los reales de los alrededores, bien pronto don Juan Pablo, labrando el oro y la plata, labró una numerosa clientela que, al mismo tiempo que le daba fama, le mermaba el reposo. El hábil maestro De Hurtado no vivía sino para batir los metales preciosos.

Cuando estaba en su mocedad, se avino a no tener ninguna compañía, ni amigos, ni afectos. Le estorbaban. Todos sus amores los tenía puestos en su oficina, que era como su mujer, y en sus masonerías, que eran como sus hijos. Nunca nadie vació tanto amor en su trabajo ni tanta complacencia en sus obras. Desde que llegaban a sus manos tejos de oro y plata hasta que los transformaba en ostensorios, en vasos sacros, en vajillas, en marcos, en charolas, en alhajeros, en arquetas, su labor era como un amoroso coloquio en el ambiente caldeado de sus hornos y sus yunques. Acariciaba y retocaba las láminas ora tiezas, ora onduladas, ora en bruto, ora repulidas, con un ensimismado frenesí de amante.

Pero fueron encimándosele los años, y un día comprendió que, si él se iba de este mundo sin dejar más hijos que aquellos que engendró a golpe de martillo, allí mismo acabaría su arte. Y esto no la entraba en el pecho, que su sangre concluyera su fluir aurifabrista con la muerte. Decidió, entonces, buscar mujer que le ayudara a sacar una estirpe de consumidores orfebres como él. Y así, en lo maduro de la vida, llegó a las nupcias.

Pero las confiadas esperanzas viéronse pronto desvanecidas. Corrían los años y, con ellos, el tiempo hábil para tener los hijos. Su mujer y él se arrimaban más y más a la senectud, sin un indicio de retoños. Era como si el matrimonio de don Juan Pablo se hubiera detenido en el invierno. Hizo mil promesas a los santos, buscaba ganarse la bendición divina poniendo todavía más arte en sus orfebrerías religiosas. Para Nuestra Señora de la Soledad que se venera en Los Ranchos, labró un refulgente corazón traspasado por punzante daga, como una réplica del suyo; al Señor del Refugio, de la misma Villa forjó unas soberbias potencias de plata maciza, invocando su poder sin límite; y a Nuestra Señora de Las Charcas una orlada aureola, suplicando su intercesión.

Con tanta porfía, oyéronle los cielos. Un buen día la transida mujer de don Juan Pablo sintió que ya. Encomendáronse muy de veras los dos a Nuestra Señora en su advocación de la Expectación del Parto, Titular de la antigua Iglesia Parroquial y Patrona de la Muy Noble y Leal Ciudad de San Luis, desde que, en 1655, el Muy Ilustre Ayuntamiento la juró como tal. Un inefable alborozo llenó el corazón y el hogar y la oficina del aurifabrista. Los largos meses de la expectación dieron bríos a su genio y el martillo sobre el yunque tomó cantarinas sonoridades de repiques.

Y llegó la hora en que la mujer de don Juan Pablo debía salir de su pendiente. No hubo varón. Lo que llegó, después de la angustiosa espera y la algarabía de lo que iba a venir, fue una diminuta hembra, grácil y delicada, como filigrana plateresca, con alientos apenas para indicar que traía algo de vida a cuestras. Con la paternidad, entróle al viejo maestro una enorme frustración. En aquella criatura y en tal malhadadas condiciones, no sobreviviría su arte. Con tamaña decepción por dentro, volvió el maestro a su taller. Se apoderó de él un como loco frenesí. No quiso saber más de su hija, cual si ella tuviera la culpa de no haber salido hijo. Dióse con redoblados esfuerzos, fallida la obra paternal, a consumir la obra maestra de platería. Las filigranas de salvillas, píxides, mancerinas, pistolerías, vinajeras, resultaban más sutiles, más frágiles, más delicadas, más que la fragilidad y endeblez de la hija.

Pero el tiempo, buen crisol para calcinar los sentimientos, trocó los ánimos de don Juan Pablo. La niña, en llegando a la edad de andar, empezó a tomar carnes y a crecer robusta. Le fascinaba el chisporroteo de la fragua y la sonoridad del martillo; se aficionó al taller. A la morbidez de la muñeca prefirió la refulgencia de la hoja de oro. Con esto, dicho está, se fue adentrando en los secretos de la orfebrería y en la práctica. Sin saberlo, ni quererlo, a pesar de su calidad femenil, fue supliendo paso a paso al varón que el orfebre ansiaba y jamás llegó. Don Juan Pablo tomó a su hija por aprendiz, la hizo matricular como tal en el cerrado gremio de plateros y, durante cuatro fatigosos años, la enseñó a “tirar una batidura

dorada desde el principio hasta el cavo”, a “fundir un riel de oro y otro de plata, que tenga el de plata una onza, y el de oro ocho castellanos”, a “saber forjar una cinta para hacer de cada una de ellas una soldadura y cortada por su cuenta que ha de tener cuatro moldadas, de las cuales ha de sacar mil y seiscientos panes, y de áy para arriba, bien acabados y cuadrados, puestos en perfección” y todas las sutiles exigencias de las estrictas leyes, pragmáticas y ordenanzas de la platería.

Concluido el riguroso adiestramiento la llevó a la Casa del Real Ensaye, en la Capital de la Nueva España, para que sufriera el examen de las tres artes de platería, tiradores y batiojas, tal y como estaba mandado, ante los maestros, veedores y diputados de oficio. A la vista de la moza, los susodichos se sintieron constreñidos por grave aprieto. No hallaban qué hacer. El desusado caso de una mujer platera, los ponía de cara a lo imprevisto, como que todas las pragmáticas tocantes al gremio no regulaban una situación así. Decía la ordenanza “en que se da la forma con que se ha de recibir y examinar los aprendices”: “Otro sí, que los patrones y maestros de las tres artes de plateros, tiradores y batiojas, no reciban por aprendiz a quien fuere indio, negro, mestizo o de color quebrado, ni puedan admitirlo a examen si no fuere procediendo información ante el Juez Veedor, de ser español, de buenas y loables costumbres, con lo cual y declaración del dicho Juez Veedor, ante quien se hiciere, de ser de estas calidades, podrá admitirlo el patrón, y no de otra manera; acabado el término de la Escritura de Aprendiz, pasará a obtener carta de examen”. Muchas minucias preveían las rigurosas ordenanzas, más no el caso de una mujer platera, tiradora y batiojera. Después de largas deliberaciones entre el gremio y de consultar a las autoridades; fue admitida la moza, se le examinó muy escrupulosamente y se le entregó su carta de maestra en las tres artes.

Para entonces, las hábiles manos de Juan Pablo, por tantos años encima y tanto tiempo de traficar con buriles, cinceles y martillos, iban resbalando inexorablemente de la habilidad sin par a la inutilidad. Todavía alcanzó a labrar algunas platerías, entre ellas las varas del palio de la iglesia parroquial, dos ciriales y una cruz alta, más el guión. Fue lo último. Su mano, tullida, alcanzó a poner, pero no con la letra firme y grácil de antaño, sino con caracteres titubeantes de principiante, la respectiva leyenda al pie del Cordero: “SE YSO ESTE GVION. A DE 1773. LO ISO J.P.H. VRTADO”.

A poco murió el afamado aurifabrista. Su hija siguió con la oficina. En ella apareció rediviva la consumada maestría del padre. En los muchos años que la mujer estuvo batiendo y labrando el oro y la plata confeccionó con singular destreza cálices, copones, píxides, relicarios, pistoleras, frontales, ramilletes, arañas, tabaqueras, acetres con sus hisopos, custodias cuajadas de pedrería y toda clase de

sortijas, incensarios y cuanto es dable hacer con los metales preciosos. De ella son el cáliz dorado y las vinajeras, con su respectiva charolilla, de muy sutil y exquisita filigrana que aún se conservan en la Iglesia Catedral Potosina; de ella muchas joyas que todavía se ven en los reales de Catorce, San Matías de Pinos, Las Charcas, Ramos y demás villorrios en decadencia; y de ella gran parte de la argentería que lució en las casas del viejo San Luis.

Como esta artífice, no hubo ni habrá otra. Pasó a la historia, a pesar de su hazañosa obra, con el vulgar apelativo de “María la Platera”. Y con este sobrenombre la conoció la gente.

La Primer Tambora

A la gente del viejo San Luis le complacía vivir entre bullangas y mitotes. Era la puntual alfarda que pagaba la carne al austero y pío recogimiento de entonces. Con el más chico motivo: que la coronación de un rey, que el alumbramiento de una reina, que la festividad de los santos titulares —y eran muchos—, que un aniversario, que una victoria, echaban —pero lo que es echar— la casa por la ventana: tapices en las fenestras, enredaderas en las jambas, refulgentes cazuelejas de sebo, tiestos en las banquetas, papelillos de pretil a pretil, músicas, danzas, pólvora, complicados versos alusivos, sermones a la Gerundio, triduos, misas con capa y dalmáticas, procesión del uno al otro convento, imágenes en andas y un sinfín de inacabables manifestaciones.

Todos hacían lo suyo, desde el muy ilustre Cabildo y el V. Clero de la ciudad, con sus lucidores uniformes, hábitos e insignias, ambos, hasta los pringosos desarrapados cubiertos apenas con harapos o con horadadas almozalas. Aquellos remataban el holgorio con incitantes viandas y vinillo aloque; éstos, con lo que sus reducidos posibles les permitían y con aguas de chía, chingueres y vino de la tierra, o sea, pulque. Pero todos entraban en la bulla. Aún los clérigos y pacatos reverendos eran fiesteros. No todos, porque había unos que se consumían en total retiro y abstracción; y había otros que se arrimaban con gusto a las demasías, si no es que andaban de alborotadores en el epifoco de ellas. Como fue en el caso de la estrena de la primer tambora.

Desde muy antiguo los señores alcaldes mayores se dieron a la fatigosa tarea de levantar un estrecho valladar a estos desmanes. Sin suceso. A poco de pregonada la pragmática, aflojado el rigor, volvían los apicarados a meter bulla. Y lo peor era en la noche, que es el telar más a propósito para urdir y ejecutar las peores profanidades y crímenes. Ya, a 3 de enero de 1767, a la vista de lo dicho, el celoso Alcalde Mayor de San Luis Don Andrés de Urbina y Eguiluz, a una con los Alcaldes Ordinarios de Primero y Segundo voto, Don Juan Antonio Bernardo de Quiroz y don Pedro Ramón Fernández de Aguár, en su bando de buen gobierno, entre muchas atinadas y muy cuerdas cosas, dispuso lo siguiente:

“Que ninguna persona ande a pie ni a caballo después de dadas las diez de la noche, principalmente mezclándose hombres con mujeres; y si éstas fueren ebrias, se pondrán dos meses en un depósito, ni tampoco anden con músicas escandalosas y cantos insolentes”.

El dicho bando se repitió varias veces en los siguientes años, con lo que algo se sofrenó a las “músicas escandalosas y cantos insolentes”. A lo menos en el corazón de la ciudad, que no era por entonces mayor cosa, porque en los apartados arrabales de los pueblos o barrios, hasta donde no alcanzaba la vigilancia de los alguaciles, el bando se volvía nada. El quehacer que tenían los músicos de entonces, era mucho. Y muy solicitados eran en casas y tabernas, aunque mísero el instrumental, que se reducía a uno que otro pito, a cualquier vihuela y a otros artefactos de cuerda. De ahí la necesidad del canto, imprescindible para darle cuerpo a la música. Pero a veces, y más con los empujones del alcohol, se tornaron “insolentes”. No era raro que, entre los músicos, se colaran espontáneos con chirimías y teponaxtles, gangosos tambores éstos, cilíndricos y huecos, de madera de una pieza, al cual percutían con dos palos y soltaba un sonido ronco y triste, espantoso, que se oía pasada media legua de distancia. Su ruido alcanzaba más allá que el de los pitos.

El teponaxtle, en San Luis, fue por dos siglos el sustituto de la tambora. Al cabo de ellos, entró ésta por acá. Su sonido lleno, vivo, alharaquiento, vino a dar consistencia y alegría a los conjuntos musicales. Por eso, cuando llegó la primer tambora, la gente del bullicio se aprestó a prepararle condigna estrena. Sólo que al igual que el cero, como la tambora en sí, musicalmente no significa nada, sino que pide compañía, un par de principales, gente, grave y de polendas, don Fernando de la Serna y don José Antonio Torijano, pidieron licencia “para dar a luz públicamente un instrumento músico acompañado con otros”, la noche —precisamente en la noche— del 19 de febrero de 1794. Dióselos el buen Intendente don Bruno Díaz de Salcedo, de quien muchos hablan bien y unos cuantos dicen mal, pero con el severo advertimiento de que no hubiera —al tenor de la ordenanza— ni “músicas escandalosas ni cantos insolentes”.

Y así, entre mechones y algarabía, salió la primer tambora, cimbrándose toda ella con los panderazos acompasados. A la vista del cuero tenso y retumbante en la caja enorme y redonda, un alegre y sorprendente azoro motivado por el nuevo instrumento, regocijó los ánimos, entre un batidillo de aplausos, risas, admiración y frases aprobatorias. El tamborero con el artefacto al pecho, iba adelante, mostrando la novedad; apiñábanse los chiquillos; atrás los músicos y una cauda larga de comparsas y de mirones. Y todo por las principales calles, deteniéndose ante las casas de los señorones, muy en paz, sin escándalos ni insolencias.

Por eso mismo, según el firme sentir de los mitoteros, el placer del estreno no fue completo. Faltó algo. La gente de trueno estaba insatisfecha. Había que repetir la cosa.

Se organizaron de nuevo por la noche del 23. Entonces fue lo bueno. Se juntó de todo, grandes y chicos, aristócratas y pecheros; gente de iglesia y ninfas callejeras, con lo que el reestreno de la susodicha tambora resultó una explosiva y tumultuosa serenata, hasta con derramamientos de sangre, por lo que el Alcalde Ordinario más antiguo, don Andrés de la Sierra, en lo mejor —o peor— de la algarada, la acabó.

Sacaron entonces don Fernando de la Serna y don José Antonio Torijano, a relucir el permiso que tenían del Intendente. Y más se enojó el Alcalde, tanto que, definitivamente, “suspendió la diversión con estrépito y voces nada decorosas a la autoridad de mi empleo”, según reclamaba luego don Bruno Díaz de Salcedo, quien dio el permiso, “el primer permiso que desde que mando esta Provincia he dado para semejante diversión, y se me ha desairado por el nominado Alcalde”, añadió ofendido. Por el carteo que se entrecruzaron uno y otro días después, cuando el escándalo de la dicha música difluyó por la ciudad, junto con las desaveniencias de las dos máximas autoridades, podemos saber hasta dónde llegó la malhadada fiesta. En su aclaración, decía el estricto don Andrés de la Sierra:

“...Y habiéndose usado y guardado hasta aquí en San Luis Potosí rondan y celen los alcaldes ordinarios, corrigiendo y remediando desórdenes, no hallo el inconveniente que tanto se pondera en afirmar que en la línea de remediar abusos, es mi autoridad igual a la de V. S. Esto debe entenderse en el mismo sentido en que lo proferí... Debe entenderse, cuando no precede licencia expresa de V. S., que se me haga saber, y más con unas diversiones que apartándose de la intención de V. S., por un fatal abuso llenan de escándalo este vecindario, por lo que pública y notoriamente sucedió en la noche del 23, con la misma diversión, con el mismo instrumento nuevo, nunca oído en esta tierra, que es una tambora y con personas tal vez menos sospechosas que las del 19”.

“Fueron estos, entre otras innumerables, el bachiller don José Marcelo García, teniente de cura que nos predica en los domingos y días festivos; el padre Astorga, religioso de Nuestra Señora de la Mercad, aunque disfrazado y sin hábito de su religión; sin el de la suya, concurrió aquella noche un religioso lego de San Juan de Dios; y con él y los otros, don José Ignacio Iragorri, uno de los pretendientes y presentados para las varas vacantes de regidores; don Francisco Quintana, cirujano; don Fernando de la Serna, teniente de la Acordada, y otros muchos”. Como se ve, gente de pro. Sigue el peladaje.

“No hago aquí recuerdo del herrero de la Plazuela de San Juan de Dios ni de la multitud de desarreglados y ociosos que juntos de bola y de montón con cuantas mujeres sospechosas hay en esta ciudad, la escandalizaron esa noche. Baste insinuar que tuvieron valor de atropellar la casa de uno de los vecinos nobles, decentes y honrados, como lo es don Pedro de la Lama, que se divertía en su casa con una música y varios convidados”.

“Entraron sin miramiento ninguno hasta la sala, con el fin de sacar de ella a los músicos, para lo cual les ofrecieron el doble de paga de la que percibían del dueño de la casa donde estaban tocando, que fue lo mismo que provocar a don Pedro y a cuantos convidados se hallaban presentes, exponiéndolos a un lance peligroso, si no hubieran pensado con la madurez que pedía su honor. En este caso se resistieron los músicos y tuvieron por mejor dejar los instrumentos y retirarse con disimulo, que salir acompañando a unos hombres de tan desarreglada conducta que se hallaban en las más fatales disposiciones”.

“Salieron por fin los alborotadores de la referida casa, porfiando que iban a solicitar los músicos del pueblo de la Santísima Trinidad. Y apenas salieron, comenzó la bulla y alboroto por las calles y plazas. Todos los más si no iban ebrios, estaban muy cerca de embriagarse y medio perturbados con lo mucho que habían bebido. Y en esta desviada disposición con gritería y desorden insufrible, llegaron a las ramblas de La Merced, el padre Astorga, llevaba de la mano a Carmela Valeria, mujer escandalosa, castigada muchas veces en Las Recogidas y en la casa de la Maltos. El herrero arriba nombrado, tal vez por embriaguez o tal vez por celos, atravesó por entre el fraile y la mujer, a fin de separarlos, pero prevenido de un garrote con el que dio al padre buenos palos, tirándole al suelo con el primero, y repitiendo después otros muchos hasta dejarle bien enfermo, molido, estropeado y en necesidad de ponerse en cama para curarse. Con este motivo se armó tal alboroto entre la concurrencia, se dieron tantos gritos, acudió tanta gente y se sacaron tantas armas, que pudo recelarse algún motín intempestivo y no premeditado. Lo cierto es que salió herido, y bien herido, José Antonio Elizondo, minero en el Cerro de San Pedro; al igual que un Casimiro Pérez, que ahora yace en el Hospital de San Juan de Dios y otros muchos que huyeron para no cargar con responsabilidades; y hasta Carmela Valeria no quedó sana, que sacó muchos moretones”.

“Estos han sido —concluía el Alcalde— los frutos y los afectos de la nueva tambora.”

“Miguel Chiquito”

Más, mucho más, que el operoso trabajo y que la azorosa lotería, los “entierros”, “relaciones” y tesoros” escondidos, han levantado, en un decir Jesús, hasta los minaretes de la riqueza, a sin número de menesterosos muertos de hambre y muy abemoladamente doblaron y cien doblaron los haberes de los que ya merodeaban por las altas cumbres de la opulencia. Tan sólo sobrepuja a esta simple y veloz manera de apandar fantásticas fortunas, la política. Metidos en las tenebrosas maquinaciones de esta pringosa actividad que es la política, fingiendo filfoso patriotismo, muchos que no tenían en sus vacuas faltriqueras ni un céntimo, ni en efectivo ni en vergüenza, se tornaron millonarios apañando los dineros del pueblo. Pero me huyo del camino. Regreso a él. Dichas “relaciones”, en onzas de oro, en doblones, en barras, en joyas, de ordinario fueron mal habidas, tanto más mal habidas cuanto más voluminosas: si las enterraron sujetos de posibles, de seguro que la fortuna se amasó con los sudores del pobre, y si de bandoleros, claro está que de robar al rico.

En el viejo San Luis, con sus minas aurifluentes, sus haciendas fructuosísimas y su movido comercio, se criaban colosales fortunas. Eran éstas una apetitosa, irresistible provocación. Pululaban los salteadores, igual que en el moderno San Luis. Sólo que aquellos bandoleros eran hombres bizarros, jinetes rebozantes de audacia y osadía, sujetos que traían a gala jugarse riesgosamente la vida en sus raterías. Urdir y consumir asaltos, blandiendo aceros o intercambiando arcabuzasos y traer luego, pegadas a los talones, caracoleando airosamente, las tropas del rey, para finalmente, escabullirse y ahuchar lo robado, sin dejar huella, derrochando arte, donosura y gallardía, era su gozo y afición. Aquellos malandrines, reliquias de quién sabe qué casta de caballeros medioevales, ejecutaban riesgosas hazañas, componían trovas, enamoraban doncellas y casadas, desfacían agravios. Espolvorizaban la maldad con migajas de virtud. La autoridad, por mano de los aguerridos corchetes o de la temible Acordada, los acosaba sin cesar. Y cuando los prendía, que no era raro, sabían morir no con ampulosas pantomimas, narcisistas y vanidosas, sino a la cristiana, cachifollados, musitando los penitenciales. Respondían, en fin, a denominaciones gallardas, armoniosas, macizas, imponentes: Astorga, Pope de las Botas Largas, Isidrón Portocarrero, Miguel Chiquito.

A fe que los salteadores de hoy, los muy follones no arriesgan nada. Aupados por la autoridad, la misma que los incubaba, no blanden los aceros con aquella airosa maestría guerrera: “muerden”. Ni se juegan la vida, ni hacen nombradías, ni ponen el corazón en actos hazañosos. Muy ternes, muy fierabrases, muy inflados: extorcían. Ni se arriesgan a hurtar las sobras del poderoso, sino que se avorazan sobre el desvalido, sobre el que carece de “influencias” o sobre las arcas del pueblo. Finalmente, responden a denominaciones viles: mordelones, aduanales, policías de caminos, inspectores y otras de idéntica baja.

Entre aquellos salteadores de ánimo esforzado, causas crónicas de agudas cefalalgias para la Santa Hermandad, el Real Tribunal de la Acordada y las tropas del rey y que traían en sobresalto perenne a las gentes del viejo San Luis, está, o estuvo, Miguel Chiquito, amo y señor por luengos años de los principales caminos que cruzaban este altiplano paramero e inflamado de sol. El campo de sus correrías era muy vasto. Había plantado sus mojoneras en Dolores, Lagos, Encarnación de Díaz, Aguascalientes, Zacatecas, Fresnillo, Mazapil, Charcas, San Luis Potosí y su guarida y alacena en las Salinas del Peñón Blanco. Toda la tierra que abarcaban esos hitos, caía íntegra bajo su jurisdicción.

Miguel Chiquito era capitán de una selecta gavilla de forajidos sin temor ni a Dios ni al rey, pero colmados de todas las habilidades necesarias en la profesión: agilísimos para desplazarse de un lugar a otro, a pesar de las muchas leguas intermedias; certeros e infalibles con sus pistoletas, que no desperdiciaban ni tiempo ni nada para asestar definitivos plomazos en el corazón o en la entreceja; rápidos y firmes en el arreo de recuas o en vaciar carromatos, por más pesadas y bromosas que fueran las barras o las talegas de plata y oro; escurridizos y mañosos, que en un santiamén se desperdigaban y desaparecían como si los hubiera sorbido la tierra; y con la rudeza necesaria para despachar muy lindamente, sin titubeo ninguno, a las víctimas impacienzudas que no tomaban la cosa con resignación.

Todas estas monadas alcanzaban su quinta esencia en Miguel Chiquito. Hasta la corpulencia. De pachacho, no tenía nada, era un hombrachón, arrancado de quién sabe qué robleal, musculoso, moreno, de pisar fuerte, garrido. Le sobraban méritos para ser el capitán de esa gavilla de matantes. El asiento ordinario de esta rinfla de truhanes, era el Cerro del Peñón Blanco, desde allí amaitinaban todas las llanuras de los alrededores, pero tenían otros minaretes en los puntos por donde podían otear los caminos que transitaban las largas reatas de mulas o de las minas de Pinos, Charcas, Ramos y demás reales o de los comerciantes de Ojuelos, San Felipe, Lagos y otras villas. Buscaban las alturas. En ellas tenía siempre Miguel Chiquito una partida al mando de uno de sus segundones. En los alrededores de esas alturas, abría las cuevas o pozos para guardar lo hurtado.

También tenía Miguel casa en San Luis. En el barrio de Santiago, en las haldefueras de la ciudad, a la vera del viejo camino de Zacatecas —de donde tomó nombre la calle— estaba su morada, una amplia casa con muy vastos corrales y una huerta abandonada con más pozos, casi todos secos, de los que eran menester. Aquí pasaba por un próspero arriero dueño de recias y bien plantadas mulas, todas con su propio fierro. Lo que no se sabía era que, en esos pozos secos, en covachas muy bien disimuladas, escondía lo mejor; y que en esas briosas acémilas transportaba mercancía mal habida y botijas llenas de aire y lana que, en vez de vino, contenían onzas de oro o doblones o joyas.

Pasando por honesto y laborioso arriero, frecuentaba las Cajas Reales y los comercios, rondaba por el viejo mercado y las plazuelas donde se abrían los tianguis, como buscando carga. De este modo se informaba de lo que estaba por salir y de lo que estaba por entrar; así alcanzaba conocimientos de los quintos que al rey mandaban los mineros de todos los reales de la jurisdicción; así discurría qué conductas convenía atrapar o cuáles era prudente dejar ir. Con sus correos y cómplices, a su tiempo, giraba las providencias más a propósito para el asalto.

Las conductas del rey, sobre todas, le fascinaban. El par de diminutas banderas, una de España, otra con el Escudo Real, sobre las barras y tejos del metal precioso que conducían las mulas; las cantarinas campanillas que colgaban de las colleras al cuello de éstas; los ricos y elegantes aparejos; lo largo del hatajo, eran una incitante provocación para la gula salteadora de Miguel Chiquito. Año hubo en que ni de Pinos ni de Ramos ni de Charcas y ni de aquí para México se salvó una de estas conductas.

Para satisfacer las ambiciones de las coimas de todos y tapujar sus fechorías, vendiendo en el mercado lo sobrante como honestísimos mercaderes, ponían mano sobre los carreteros. Les arrebatában todas las mercancías y a las mujeres las desvestían, les quitaban sin ningún miramiento collares, zarcillos, sortijas de todo género; vaciaban los cofres, hacían trizas las maletas; esculcaban hasta los chongos de las señoras. Luego se perdían.

Los repetidos y escandalosos salteamientos de las cuadrillas de Miguel Chiquito rebasaron todas las medidas. Aquí y en los pueblos por donde merodeaban, las autoridades reforzaron las milicias y las lanzaron tras los bandoleros. Las largas y tenaces persecuciones resultaron fructíferas, ora acá, ora allá, mataban a uno, aprehendían a otro, que luego lo dejaban colgado en el mismo lugar, para escarmiento, y Miguel Chiquito, poco a poco, se quedó solo. Una de sus barraganas, habiendo caído ella en las sospechas oficiales por sus inexplicables despilfarros, lo delató. Aunque cercaron su guarida, no lo pudieron coger. El fogueo de tantos

años vividos entre riesgos se adelantó a los aprehensores. Husmeó el peligro y huyó. Pero antes, con un veloz mete y saca, la dejó bien muerta, por traidora y fementida.

Fue peor para Miguel Chiquito. Eran tantos los perseguidores, que por fuerza tenían que darle alcance. Un arcabuzazo por la nuca lo dejó sin fuerzas y rodó del caballo. Nunca volvió a recuperar el sentido. Al rato, con maciza soga al cuello, pendía de un árbol. Con el tiempo, al trascender las confesiones de los secuaces de Miguel Chiquito, se empezó a saber la cuantía de las fabulosas cargas de oro, plata y joyas que dejó enterradas. Consta de algunas que han sido buscadas con terco e inútil afán. Una está en el Cerro del Peñón Blanco, cerca de Salinas, S. L. P., y otra en los terrenos de lo que fue la Hacienda de la Corcovada y otra más en la Cueva de la Iglesia, en las proximidades de Ventura. Las dos últimas las formó Miguel Chiquito con lo apañado a las conductas que transitaban de o para Guadalcázar y de o para Tampico.

Esta “relación” ocultada en la susodicha cueva, la buscó con muchas ansias el gobernador don Carlos Díez Gutiérrez. Jamás dio con ella. Ninguno ha dado. Un venturoso rancharo, tiempo ha, por acaso, descubrió tres barriles repletos de sonoros doblones, cerca de un arroyo, en un rincón llamado El Caracol, parte del Cerro de la Mesa, jurisdicción de Corcovada. Pero este hallazgo es, apenas, una porción descaminada del tesoro o “entierro” principal. De los tres lugares dichos, el más explotado es el de Peñón Blanco. Sus alrededores están hechos criba, de tanto como han excavado allí. Guiándose por las varas, aleccionados por clarividentes y espiritistas, apoyados en nigromancias o geomancias, orientados por aparatos detectores o a la simple malicia, ora con picos, ora con dinamita, no han dejado los buscadores en el mentado Peñón Blanco un punto inviolado. Almas en pena, a veces, tienen allí su aquelarre. Llamaradas enormes, de cuando en vez, ascienden de la piedra viva. Bolas de fuego en determinadas noches saltan de peña en peña. Es Miguel Chiquito con toda su cuadrilla de desaforados, que invita al escarbadero. Algunos han encontrado algo, pero emanaciones misteriosas les roban el sentido, a consecuencia de lo cual, a poco se les desata el alma.

Hemos visto esos escarbaderos, arriba y abajo del cerro, en las atarjeas viejas, en las cercas de los corrales, en los alrededores de unas tapias viejísimas, por los arroyos. No se ve, en el Peñón Blanco, sitio sin espulgar, hay pozos que paran en losa dura, cráteres, cuevas y covachas, galerías de cierto largor. Todo ello abierto en vano, con esfuerzos inenarrables dignos de mejor causa. Hay quienes se hayan pasado noches enteras, tendidos en los lugares más sospechosos, entre ceras y flores, como si fueran verdaderos muertos, para ver si así, en esta fúnebre actitud, se les aparece el ánima de Miguel Chiquito o de algunos de los suyos y les da la clave de los tesoros escondidos. Y nada.

Tiempo hace que un rancharo de las cercanías de Peñón Blanco, en lo último de la necesidad, salió a cazar ratas para comer. Había llovido. Era el momento oportuno para coger esos animalillos empapados y entumecidos al borde de sus hoyos. En busca, pues, de los sitios más a propósito donde los charcos se multiplicaban, llegó a un arroyo. Todavía escurrían las aguas broncas, arrolladoras, revueltas. Habían deslavado mucho las paredes del cauce, que ya desde antes era profundo. Gracias a esos deslavamientos, afloró una buena parte de un barril, que no tardó en descubrir el cazador aquél muerto de hambre. Olvidó las ratas. Despanzurró el tonel, y sacó montones de pesos fuertes que trasladó pronto a otros lugares. Después en sucesivos viajes, cargó con todo el tesoro, mínima parte de lo que dejó Miguel Chiquito.

No tardaron en pasar por el susodicho cauce otros campesinos ni en descubrir los pedazos de barril ni el hueco, amplio, evidente, definido, que ocupó durante su largo enterramiento. Lo vimos una vez. Así trascendió el hallazgo. Resucitaron las ansias exploratorias y codiciosas. Enjambres de buscones se abatieron de nuevo sobre el Peñón Blanco, de día y de noche, con toda clase de artificios, unos con mapas y descripciones más o menos auténticos, otros a ciegas, buscando la “relación” inencontrable de Miguel Chiquito.

De manos de un viejo, muy viejo, de Salinas, ahora ya difunto, recibimos un hológrafo, de consistente papel hecho a mano, relinda marca de agua, muy ajado, pero legible aún. Es la descripción que hizo el español Bernardino Calleja, uno de los secuaces de Miguel Chiquito, aprehendido en Sombrerete, Zac., después de la muerte de éste, y pasado por las armas, con tiempo apenas para lavar su alma y relatar lo que sigue, que transcribimos modernizando la grafía, y que dice así:

“En el nombre de Dios Todopoderoso y de la Sagrada Virgen María, Nuestra Señora, digo yo, Bernardino Callejo asistente y compañero de mi Capitán Miguel Chiquito (a quien Dios haya perdonado) con quien yo viví en una cueva en el Cerro del Peñón Blanco, cerca de Salinas, conocida con el nombre de Lagunita, en cuya compañía permanecíamos acechando las conductas del Rey y los cargamentos que por aquellas cercanías pasaban”.

“Declaro que después de haber colgado a Miguel Chiquito nos hicieron una persecución tan fuerte a Faustino Zapata, a su hermano Manuel, a Crescencio Canción y a Pedro González, que fueron pasados por las armas del Rey en San Miguel el Grande, habiéndome escapado yo y Dionisio Casillas a pies de caballo. En la carrera nos tumbaron de un balazo a María Pascuala Castro, en el Ojo de Agua del Mastranto, que verás en el Arroyo de las Jaras. Yo y mi compañero Dionisio Casillas, no teniendo esperanzas de salvarnos dejamos la tierra y nos fuimos para Durango a levantar fuerzas para vengarnos, porque ya las tropas

milicianas habían acabado con nuestros compañeros. Pero no lo conseguimos, porque en la Villa de Sombrerete nos aprehendieron por obra de una mala mujer con la que tenía comercio mi compañero Dionisio Casillas. Allí nos dijeron que por tantos robos con asaltos y tantas muertes seríamos fusilados dentro de tres días. Habiéndonos confesado, para que podamos gozar del cielo y no anden nuestras ánimas penando, discurrimos mi compañero y yo noticiar a las personas que fueren del agrado del Padre Martínez, que nos confesó, dónde están enterrados los tesoros que robamos, los que están enterrados en el Cerro del Peñón Blanco, como adelante se verá. Y para no tener responsabilidades con nuestro Dios que nos creó y nos ha de juzgar, dejamos escrita esta relación”.

“Preguntarás en Salinas Santa Rita el rancho de López, cuál es el Rancho de Las Jaras, en donde encontrarás un arroyo muy hondo, también te informarás dónde era la tarjea vieja, que puede estar todavía o un pedazo o cimientos de ella. Escarbarás en las dos esquinas. En la que está arriba, cerca de la pila, a distancia de dos varas poco más o menos, hallarás cuatro botijas de onzas de oro y una carga de reales; y luego, escarbando a distancia de una vara, hallarás una cuchilla que está enterrada de punta y abajo el dinero”.

“En seguida buscarás la punta de la tarjea para el lado bajo. Y a la misma distancia de dos varas, te hallarás también otro cajón de reales. Arriba está un muerto. Dicho muerto fue Saturnino Campos, nuestro compañero, a quien mató Faustino Zapata en un pleito que tuvieron por una mujer, y allí quedó enterrado”.

“Sacarás estos tesoros, te subirás al Cerro del Orégano, verás al norte, y en el frente que está al sur, están dos cuevitas que dejamos destapadas; contarás los pasos que hay de una cueva o otra, y a la mitad y al pie de los relices, escarbando hallarás un pozo de cuatro varas, que está arretacado con cuernos, cabezas de res y tierra suelta. Dichos cuernos son de los animales que matamos para comer. Allí te encontrarás un cuerpo de la mujer Crescencia que murió de parto y la sepultamos con un cajón de reales”

“Después te pasarás al Ojo de Agua, donde nos mataron a Pascuala Castro, y allí quedó tirada. Y ya no supimos si la levantaron o no. Pondrás los ojos mirando al norte, y en el mero ojo de agua contarás trescientos pasos ladera arriba, donde hallarás una pared de piedra y lodo que está tapando la puerta de la cueva de Lagunita, dónde está lo bueno. Quitarás piedra por piedra, y al entrar, a mano derecha, verás una Virgen de Guadalupe, y más abajo, una difunta, que es la mujer de mi compañero Miguel Chiquito. Se llamaba María Espiridiona Reyna, de San Felipe”.

“Si la descubres, no te asustes. Y entrando con mucha luz en la mano, verás tres montones de dinero que te dará miedo, muchas barras de plata, como doscientas armas de fuego, bastantes fardos de ropa, que ya estarán podridos, muchos frenos y sillas de montar y una arca con toda clase de sortijas. Al entrar, a mano izquierda, están unos bultos grandes llenos de canela. En la puerta de la cueva estaba un tepozán; al otro lado, un encino”.

“También preguntará cuál es el corral viejo de San Juan sin Agua, y al entrar a la derecha, hallarás tres botijas de onzas de oro en la puerta, tapadas con una piedra laja y a distancia de una vara”.

“Les suplicarnos yo y mi compañero Dionisio Casillas a las personas que alcancen a descubrir estos tesoros, saquen los cuerpos que están enterrados y los lleven a tierra santa y les manden decir a ellos y a nosotros una misa todos los días, por el bien de nuestras almas, por un año, pues para todos alcanzan las riquezas que dejamos, y les den también una caridad, a los pobres, lo que sea su voluntad”.

“Esto es lo que sabemos que dejó mi Capitán Miguel Chiquito en el Cerro del Peñón Blanco, que lo que dejó en otras partes, lo ignoramos, porque por allá mi Capitán Miguel Chiquito andaba con otros compañeros”. “En la dicha Cueva la Lagunita hallarás un mapa delineado en una laja, que es de la casa de mi Capitán Miguel Chiquito en San Luis, donde también enterró la parte que era de él, en la que hay mucha plata quintada y botijas con onzas de oro y joyas”. “Esto digo yo, Bernardino Callejo y mi compañero Dionisio Casillas antes de morir. Amén”.

El Callejón del Muerto

Como aquel taimado viejo carlangüento no había otro en toda la ciudad. Los olía, por más lejos que estuvieran. Y no se perdía uno. Nada remilgoso, había puesto de lado las preferencias. De arriba, de enmedio o de abajo, le importaba poco. Eran, eso le bastaba, y como saeta se clavaba en ellos. Ya dentro, conseguía fácil acomodo haciéndose útil, necesario, indispensable.

Así vivía. O mejor, de esto vivía. Habiendo siempre a mano una casa ajena, hospitalaria y cómoda, no tenía necesidad de una, ni de muebles; de sustento, menos, como que allí se hartaba y aún hacía acopio para cualquier famélica eventualidad; y de vestido, mucho menos, porque de cuando en cuando o apañaba algo, si nada le ofrecían, o hacía méritos para que lo premiaran, muy agradecidos, con cualquier ropa en desuso. Era feliz. Sin sudar ni gota, lo tenía todo: casa, vestido, sustento y bebida. Porque ya se sabe: no hay muerto sin velorio, ni velorio sin bebida. Y si las penas con pan son buenas, las amargas penas fúnebres se almibaran y engullen fácilmente con el vino y lo que después de él se viene. Las aguas licorosas tiene esta virtud, lo que es grato, lo agigantan, y lo que no lo es, lo vuelven nada.

El viejo aquel, como muy consumado en esos luctuosos menesteres, tenía sus sabias mañas. No se metía así nomás en el velorio. Se arrimaba, primero, a las puertas a amaitinar el panorama, a mirar quien entraba y quien salía; sin prontos, con tantito que escuchaba aquí y otro tanto que indagaba allá, fabricaba aquel conjunto de conocimientos requeridos para entrar, como quien entra en su casa y se codea entre amigos. Si el fenecido era de la alta, ya con todos los santos y señas desplegados en la memoria, se allegaba a los principales deudos con una timidez que parecía de veras, con un aire de profunda pena que se veía muy cierto, y entre pujos y suspiros entregaba sus respetuosas condolencias, recordando que el finado lo había querido tanto, lo había protegido mucho, lo tenía amparado y consolado en sus desventuras. Luego escogía, con muy estudiada discreción, un lugar donde no estorbar y donde, simultáneamente, fueran bien advertidos sus reprimidos y fingidos llantos. Después, se iba arrimando a la cocina, al café con piquete, las bebidas; en seguida, ya en confianza, iba y venía por toda la casa con diligente solicitud haciendo mandados. A su tiempo, se iba, bien comido, bien bebido y bien socorrido.

Si el difunto era de la baja, el negocio se volvía más fácil. Previas las averiguaciones de rigor, se hacía pasar como compadre como viejo amigo de la infancia o de infortunio. Allí se desenvolvía con seguro aplomo, sugería las rondas de café, las cantidades chinguere por servir, advertía lo que hacía falta. Si los dolientes estaban muy atarantados por la pena y no atinaban una, él se ofrecía o se encaramaba a tomar las riendas de la casa y a componerlo todo.

Esto le daba más derechos a la cena, o al almuerzo, o a la comida, o a un recuerdo del finado, o a pasar en la casa enlutada los días siguientes al velorio, consolando a los tristes y viviendo a sus expensas. Pero devengaba la manutención. En ausencia de los padrinos, coronaba a la criatura, si se trataba de un “angelito”, o echaba el primer puño de tierra si no estaban los compadres, o entonaba las alabanzas, de las que tenía inagotable repertorio, o dirigía los rezos, o recogía la sombra, al final del novenario.

Con tantos años en estas cosas, conocía todas las reglas exequiales. Era una enciclopedia funeraria bípeda. Tenía su clientela, que en veces lo procuraba. Los hermanos de las Benditas rimas, muy solícitos y cumplidores en la devoción de ayudar a bien morir, de amortajar y de enterrar a los que carecían de parientes y familia, de darles la caja, la misa y los responsos, eran sus clientes más asiduos. Por este quehacer no cobraba nada. Se conformaba con un jarro de café con mucho espíritu, a fin de soportar el solo la desvelada con la muerte, y con la cena y el almuerzo.

Unos calvatruenos, conociendo la maña del viejo éste, de zanganear de velorio en velorio comiendo y bebiendo, urdieron darle un escarmiento. Uno de ellos se haría pasar por un despreocupado forastero, conocido y amigo de los demás que, a su paso por aquí, tuvo la nada apetecible suerte de rendir la vida lejos de los suyos. Sin nadie en esta ciudad que le diera enterramiento, ellos muy compasivamente, se lo darían. Y el velorio, que sería en una apartada callejuela, extra muros, colindante con el panteón del Montecillo.

Tan sola y tan dejada se encontraba esa callejuela, que no había nada por allí, únicamente una troje vieja que nunca habitó nadie y las espeluznantes bardas, cacarizas y ensalitradas del cementerio. En esa troje se tendería el fingido muerto y, en lo mejor de la noche, se levantaría, prorrumpiendo en ademanes y palabras feas, para asustar al viejo, y con una ferocidad y bríos suficientes como para hacer que se le apeara el alma. Todo bien concertado, aquellos hombres sin juicio fueron a ver al viejo. Le explicaron la falsa desgracia y le rogaron muy ahincadamente que les hiciera a ellos y al fingido muerto la caridad de velarlo. Únicamente serían unas horas, de la media noche al clarear el día; y para evitarle mortificaciones, lo llevarían en carretela al lugar del velorio.

Prosiguiendo el escarmiento, antes de la media noche recogieron al viejo en la Plazuela de San Juan de Dios y lo llevaron a la deshabitada troje, donde le presentaron al falso muerto, que allí estaba, a media pieza con las cuatro velas de rigor por toda luz, le encarecieron el cuidado del amigo, lo proveyeron de la bebida necesaria para superar la soledad, lo dejaron con el pseudofinado y se alejaron, para esconderse en la noche, a la espera de los frutos de la perversa lección.

Rodó el tiempo, y nada. Ni gritos de espanto, ni carreras despavoridas. Ni ruidos siquiera. “Se durmió aquel”, pensaron. Y siguieron en espera, hasta que ellos también cayeron en el sueño. Pasó la noche, y fueron las primeras claridades las que los sacaron a la memoria. Despertaron pesarosos por no haber gozado el espectáculo, y decidieron regresar a la troje donde, de seguro, estaría el viejo zángano con el alma en los pies.

Encontraron todo tal cual, a la luz modorra de las candelas, el viejo acurrucado en un rincón, adormilado, en el centro, la caja, medio abierta, con el yacente más tranquilo, más descolorido y más frío de como lo dejaron.

Un temor vago, informe, les pellizó el alma, retacándolos de sobresalto. Se les fue el gozo. Olvidaron la picardía. Con impulsos de tullido acercáronse al féretro. Despertó el viejo.

—Buenos días les dé Dios, ¿ya volvieron?, bostezó.

—¿Nuestro amigo?, —susurró uno.

—Allí está... Como que se están acabando las velas.

Las mechas carbonizadas, una a una, resbalaban flojerasas en los charcos de cera. Mientras, renacía el silencio y se hinchaba la oscuridad.

—De veras que lo querían —pensó el viejo—. Se ven muy tristes.

Lúgubres certidumbres, que no presentimientos, aplastaban a los sobresaltados. Desfallecían por saber lo sucedido y tenían miedo de saberlo.

—¿Nuestro amigo? —repitieron al rato— ¿qué pasó con nuestro amigo?

—Lo que pasa con algunos. Ha de haber muerto de empacho o ya tenía mucho de difunto, y los gases los levantan. A veces me sucede, pero ya sé lo que se hace, con un candelero en la nuca se vuelven a tender... Y si escupen sangre, es mejor.

Desde entonces esa abandonada callejuela, en la que nunca nadie había fallecido, porque nunca nadie había vivido en ella, la llamaron “Callejón del Muerto”.

Corría al lado norte del antiguo camposanto de la ciudad empezando en una esquina y concluyendo en la otra. Todavía el plano San Luis que el sargento del ejército francés J. B. Lauren levantó en 1864, y que don Florencio Cabrera decía que era vil plagio del suyo, se ve, aislada, solitaria, lejana, la dicha troje.

El ferrocarril acabó con ella, con el cementerio y con el callejón.

La Llorona

Estas tierras cenizas y resacas no eran así. Cuando las encontró fray Diego, estaban empanzadas de agua y aforradas de yerbas y mezquites. Donde no estaba un cenegal, había lagunas o borbollantes ojos de agua. Eran colmo una esponja pantanosa. Las aguas provenientes de la Sierra de San Miguelito, reforzadas con las llovedizas, descendían perennemente de los cerros y se disperdigaban en el valle, cruzando por el río —entonces sí, río— de Santiago; y como aquí abajo las del año anterior aún no se habían resumido, el anegamiento era lo ordinario. Todavía hace unas décadas, como una afirmación de lo que hubo en aquellos tiempos, a ese rumbo que queda entre San Juan de Dios y la Estación del Ferrocarril lo apellidaban de “La Lagunita”.

Pero llegaron los españoles, abrieron sus huertas, establos y haciendas de beneficio, y toda aquella constante humedad desapareció. Sólo quedó el salitre. Mas las aguas corredizas, aquerenciadas al valle, con frecuencia bajaban a reclamar sus cauces, ocupados ya por montones desordenados de minerales y jales. Así se formaron varias corrientes, cuyos cauces desecados, tienen la culpa de lo chueco de las rúas potosinas.

Más chuecas no podían estar las calles de Mier y Terán, Insurgentes, lo de Mayo y Reforma. Y por eso, porque son cauces viejos.

A esas aguas que periódicamente se derramaban entre la neonata ciudad, no les hacían mucho caso los primeros fundadores. Las consideraban cosa de nada y agarraron confianza, y no nada más eso se les quitaron las vengativas aguas en 1601, cuando —según declaró uno— “como es notorio en este pueblo ha habido temeraria tormenta y crecida de agua, donde ha habido grandes peligros así de vidas como de haciendas”. Muchas de las casas del pueblo dieron en tierra, las aguas arrollaron con muebles y animales, y la gente tuvo que encaramarse en los montones de jales para evadir la líquida amenaza.

Con ese escarmiento, tan alevoso y tan general, empezaron a abrir zanjas protectoras. Una de ellas, atrás de la Compañía. Así se explica por qué las banquetas de

los portales de la Alhóndiga están todavía tan altas; lo mismo que las de la calle de Mier y Terán, entre Damián Carmona y el Mercado; igualmente altas están las de la calle de San Agustín, como que por allí pasaban las aguas que venían desde atrás de la Merced, tomando la de Morelos, entonces del Arenal —por la mucha arena que dejaban allí las corrientes— dando vuelta por la del Sol —hoy Universidad— donde se juntaban con otras, para desparramarse en la hoy Plaza del Carmen y parar en La Lagunita. Como defensa contra las aguas, que de seguido cogían a la ciudad entre dos tupidos fuegos: las que caían del Sur y las que llegaban del Poniente, se abrieron dos zanjas, la de San Miguelito y “La Corriente”. Las dos empezaban en los Charcos de Santa Ana, y mientras aquélla tomaba por lo que hoy son las calles de Miguel Barragán y lo de Mayo, esta la emprendía por todo lo que es la de Reforma. Así vino a quedar dibujado el límite de la ciudad por el Norte, Poniente y Sur, por obra de las dos dichas zanjas.

“La Corriente” fue obra de muchas y muy amargas experiencias y del prudente Alcalde Mayor don Bernardo Iñiguez del Bayo —cuyo retrato acompaña a una imagen de la Virgen del Pilar, en un lienzo que está en la Parroquia de Santiago del Río, entrando y cogiendo por la derecha—. Según el acta que se levantó el 6 de diciembre de 1688, cuando todavía no se les caía el susto por la última inundación, “dicho alguacil mayor propuso que, por cuanto el día 16 de agosto pasado llovió con tanta abundancia en esta ciudad y sus contornos, que mucha parte de ella se inundó, y que atendiendo S. S. dicho Señor General (Iñiguez del Bayo) al grave daño que padeció con la inundación y al que había padecido el día 22 de agosto del año pasado y al que pueda sobrevenir en lo adelante; mirando a esta ciudad con ojos de padre cariñoso y de gobernador vigilante, determinó hacer una zanja que cercare la ciudad y recibieren sitio todas las aguas de las avenidas que la podían dañar. En cuya conformidad, proveyó Su Merced la forma que se había de tener en dicha zanja, la cual puesta en ejecución consta de dos mil varas de largo y seis de ancho y en partes dos y media y en otras algo menos de profundidad. En la cual dicha fábrica gastó S. S. setecientos y cuarenta pesos... Quien con el amor y cariño referido los gastó y suplió... Y dicho alguacil mayor por sí y en nombre de esta ciudad da a dicho Señor General, con repetidos obsequios, infinitos agradecimientos, por el desvelo, cuidado y vigilancia con que personalmente asistía todos los días, a tarde y mañana, a la conducción del trabajo para la perfección de la obra; y pide a Dios le aumente sus bienes espirituales y temporales y le pase a los puestos que merece”.

Estas zanjas, como queda dicho, tenían su punta en los Charcos de Santa Ana. Allí empezaban. Y allí, también, era el lugar confluyente de varias aguas, de moda que se formaban extensos charcos o lagunas, cuyo lecho arcilloso proveía de materia prima a alfareros y ladrilleros. Por eso desde muy antiguo, existían allí —y existe todavía— un ladrillal.

Al hacerse las mentadas zanjas, de adrede forzaron el cauce de otras corrientes, a fin de que, parando en los Charcos, se desvaneciera su peligrosidad, y ya juntas todas, prosiguieren ordenadamente por donde debían proseguir, que para eso se hicieron las corrientes.

Cayó entonces por San Luis, cuya fama alcanzaba las más altas alturas por sus minas de San Pedro y cuyos habitantes, como muy fácilmente alcanzaban el oro, fácilmente lo largaban en liviandades y diversiones de muy mal ver, cayó entonces, digo, una hembra muy magnífica de cuerpo, del que hacía venta, poniéndolo en las manos del que mejor pagaba.

Venía de otro Real. Había conocido la luz en el de Nuestra Señora de las Charcas y en muy noble cama. La nutrieron sus padres con muy buenos ejemplos, y esto y su hermosura, la levantaron al primer lugar, cuando llegó al tiempo, de las mujeres núbiles, de modo que casó muy bien y en tierna edad.

Florecieron entonces los cuidados de sus padres. Al ampo de la belleza de afuera correspondía el de la belleza de adentro, que no se sabía qué era mejor y mayor, si la donosura de su cuerpo o las virtudes de su alma. En la cima de tamaña felicidad tuvo dos hijos. Fue cuando resbaló en pecaminosas adulterinidades.

Súpolo pronto el marido. Mientras la mujer estaba en lo mejor de la última de ellas, a mano armada, el burlado reclamó la deshonra y el burlador respondió en la misma forma, de suerte que allí mismo, entre borbotones de sangre, se les fue el alma a los dos. La mujer, para que no la alcanzaran ni la justicia ni el escándalo, con los hijos en el seno, huyó del Real de Charcas y se refugió acá, más solo para caer en brazos de la perdición.

Se dio a estos quehaceres con unas ansias insaciables. A poco, se le agotó el amor. Un odio a los inocentes que engendró en su matrimonio se le fue metiendo en el corazón. En el parecito de ángeles veía ella un insoportable reproche y un estorbo para sus liviandades. Fue cuando el Malo le sugirió matarlos. Entonces se vinieron las aguas. Como nunca. Era en agosto, y de noche. Cataratas, que no llovía, era lo que se caía de las nubes. De los cerros rodaban las aguas broncas entre el fragor de los truenos, los fogonazos de los rayos y los espantosos bramidos de las corrientes impetuosas. Lo que de ordinario eran charcos, se volvió turbulento mar.

La mujer vio llegada la oportunidad, cogió a los pequeñitos, que empapados de agua y de pavor se apelonaban en su regazo, y corrió a los Charcos de Santa Ana. De tanto miedo y aterimiento, los niños no hacían nada, como no fuera esconderse más en el seno materno. Se les olvidó llorar. La madre, vapuleada por

la furia, arremetía contra la corriente dando rabiosos traspiés; obsesionada por el propósito insano de ahogar a los hijos. Así llegó a los Charcos. El agua inquieta, embravecida, había roto límites cauces; el sereno espejo de las aguas sucias estaba roto y solo quedaban crestas y remolinos. Entre ellos se metió para soltar a los hijos y quedar libre, sin estorbo alguno en su mal camino.

Las aguas se avalanzaron sobre la intrusa, y a empujones se la llevaron maromeando sin miramiento alguno entre los hoyancos, El Chaparral y Las Zanjas. Entonces le volvió el amor, recrudecido, y la ciñó con más fuerzas que las aguas. Se trastocó la intención, solo pensaba ya en sacar a los hijos a lo seguro, en salir de aquel mar embravecido y salvar a los niños. Mientras más los apretaba contra el pecho, más impotente se volvía. La furia de las aguas conforme rodaba a la mujer sobre la espumosa cresta, la batía sobre el deslavado tepetate junto con los hijos. A poco perdió el sentido, aflojó los brazos, y el agua aprovechó el instante para quitarle a los niños y llevárselos escondidos entre todo lo que arrastraba.

Nunca se supo por dónde los llevó, si por La Corriente o por La Zanja de San Miguelito, ni dónde los aventó. Secretos de ella. Lo cierto es que pronto se cansó de jugar con la mujer, y la soltó en los quicios de lo que después fue Huerta Colorada. Allí, viéndola sin hijos, sin sentido y sin nada que le cubriera las carnes, porque todo se lo robó, la dejó tirada sobre el suelo pantanoso. Vecinos amorosos, de esos que guardan mucha caridad en las entrañas, cuando amaneció y bajaron las aguas, recogieron a la mujer. Suelta, muda, abúlica, de no ser por la mirada fija en distancias inalcanzables, diríase que estaba muerta. No despegó los labios ni para comer, ni para hablar. Ni un quejido, ni un movimiento. Como esfinge, acucillada, con las manos lacias sobre el regazo vacío y aquellos ojos tan grandes, tan paralíticos y tan clavados en invisibles lejanías.

Cuando volvió la noche, y no volvió sola, porque llegó del brazo con un pavoroso aguacero, la mujer regresó a la vida. De pronto la llenó toda el recuerdo de los hijos ahogados un día antes, y dejó salir el llanto, un llanto doloroso, horripilante, hecho con gritos y alaridos que no parecían de aquí abajo. Y abandonó precipitadamente la casucha donde la tenían recogida y tomó por La Corriente en busca de sus hijos, sin cesar en su lloro quejumbroso, aturdidor y escalofriante.

La deshajada mujer ya no recobró nunca la razón. Los más de los días, metida en su penoso extravío, pasaba las horas quieta, muda, sueltos los brazos sobre el regazo vacío, donde estrechó a sus criaturas en la noche fatal, y la mirada puesta en brumosas lejanías. Sólo en las noches de lluvia se volvía otra, sacudida por un loco frenesí. Entonces huía de su refugio en los Charcos de Santa Ana y se venía a trancos por toda La Corriente o por toda La Zanja de San Miguelito, como alma

en pena, desgredada, descalza, arropada con un negro algodón y llenando los aires con su ulular doloroso, horripilante, inacabable, hasta caer desfallecida o atrás del Cementerio de la Ciudad, al Norte, o en los llanos de Panzacola, al Sur del Montecillo, sitios donde se derramaban las aguas.

En tan singular demencia, gastó los años que le quedaron de vida, y sólo dio con sus hijos al apartársele el alma. No se supo cuándo fue eso, porque todavía después, en las noches de lluvia reaparecía La Llorona buscando a sus pobres criaturas entre las turbias aguas de La Corriente o de La Zanja de San Miguelito, lanzando aquellos adoloridos gritos que achicaban el corazón y hacían trizas el alma.

La Procesión de Dolores

En el crucero norte de la vetusta iglesia del Montecillo, hoy horrorosamente transformada, hubo un primoroso retablo, de madera sobredorada, digna concha ,de perla tan preciosa: el Señor de la Misericordia, antiguo y venerable Crucifijo, de ignoto origen y esculpidor. Esta imagen, desleída ya su pretérita fama y devoción, hoy se encuentra, en el mismo crucero, en un altar seco y soso, y no escucha más que el fastidioso traqueteo de los ferrocarriles, ni lo sahuman otros aromas y humos que los del monóxido de máquinas y automóviles. Vieja imagen es esta, de muy artística factura; y aunque olvidada, es la misma que antaño, llenaba todas las devotas horas y públicas funciones del Viernes de Dolores.

En el viejo San Luis, antes que las ponzoñosas y corrosivas malquerencias de la reforma destruyeran las tradiciones y costumbres que se fueron gestando al correr de los siglos, año tras año, el empezar las ceremonias públicas de la Semana Santa, aquel retablo dejaba salir al milagroso Señor de la Misericordia. El Montecillo era entonces un barrio extramuros, finítimo apenas a la ciudad por las bardas de la extensa huerta de los reverendos carmelitas, con los que vivía en perennes y enfadosas alteraciones por cosas de tierras; barrio de indios, agricultores unos, medieros o peones en las haciendas de beneficio, otros; un alfoz de mala muerte. Una vez al año, sin embargo, se hinchaba de altiva prestancia, hasta olvidar sus añejas desaveniencias con los carmelos. Cada viernes de Dolores proporcionaba lo mejor que tenía para hacer más pomposa, con la más pomposa y finchada de las procesiones, las ceremonias de la Semana Santa.

El nominado Viernes de Dolores, muy por la mañana, el retablo destrancaba sus hojas. Para esa hora, en la polvorienta plazuela del Montecillo, ya estaban aguardando los prohombres de San Luis, muy severos y rempopeados, los empingorotados síndicos de las religiones, la plana mayor de todas y cada una de las cofradías y órdenes terceras, los dos cleros, todos con sus respectivos estandartes, guiones, insignias y demás aditamentos, que iban hasta allá por el Santo Señor de las Misericordias. En los flagelados hombros de los piadosos cofrades, aderezadas las recias andas con muy complicado adobo, subía la taumaturga imagen y emprendía su anual visita a las iglesias y calles de la ciudad. Además de los coheteros

que iban haciendo reventar sus explosivos, adelante marchaban, ceremoniosos y graves los fulanos de las mazas del Muy Ilustre Cabildo y las pértigas para alejar a los canes irreverentes; en seguida las sagradas insignias; luego la copia inacabable de lampiones, hachas, farolillos, arandelas y paupérrimas velas de cera y sebo, y al último, la sagrada imagen, resguardada por sus mayordomos y principales del Montecillo y los venerables cleros secular y regular. Las esquilas lo despedían con un adementado maromeo, al igual que las campanas, cuyos badajos las majaban incansables.

Del Montecillo se venía el devoto enjambre a la parroquial, por el camino viejo de San Pedro, al lado de la susodicha huerta de los descalzos, y luego por un costado del Carmen, iglesia y atrio, para alcanzar, a las dos cuadras, la Plaza de Armas, y entrar fastuosamente por la puerta principal, entre el repique atronador de todas las campanas y los chispisaltantes bombardazos de cámaras y cohetes.

En la parroquia —hoy Catedral— avanzaba hasta la orilla del atrio el cura y sus tenientes, con capa y dalmáticas, los monagos con cruz alta, hisopos e incensarios, y los priostes de las cofradías y asociaciones allí establecidas, sin faltar las diputados de la minería, con guiones, estandartes e insignias. Toda esta plebanía aparaba al Señor de la Misericordia y lo conducía hasta el presbiterio, donde, en precioso altar con frontales de plata bordada o sobrepujada, tomaba lugar. Sus mayordomos y devotos, en seguida, se prorrataban las horas de la velación, en espera del paso o paseo o procesión, que da lo mismo. En la sonochada se hacía la procesión. Una gran lumbrarada de antorchas y luminarias de mano se agolpaba en las afueras del templo. Salía el Señor de la Misericordia en las adornadas andas aforradas de flores, y a paso lento, lentísimo, recorría las calles sur y poniente de la plaza; luego enfilaba por la calle de la cárcel para doblar por la del Colegio de Niños y entrar al cabo a la iglesia, de la Compañía, atravesando su limitado atrio. Aquí se hacía la primer posa o estación.

Dentro de la barroca iglesia, junto con el Señor de la Misericordia, se acomodaban los reverendos cleros, el M. I. Ayuntamiento, las cofradías y cuantos cabían en ella. Los padres y hermanos de la Sagrada Compañía de Jesús hacían los honores, rezaban las preces, iluminaban la iglesia, la adornaban y despedían a la imagen y su comitiva. Terminada la estación, salía el cortejo, pero por la Capilla de Loreto y por la puerta sur del atrio. De aquí atravezaba la plazuela para dirigirse a San Francisco, recorriendo la calle del Colegio de San José —hoy Díaz de León—, volteaba hacia las Cajas Reales y luego se iba derecho al convento por la llamada calle de San Francisco. La procesión aumentaba al sumarse a ella los charamusqueros, refresqueros y demás vendedores que, con sus cántaros y canastos hacían posa en las afueras de todas y cada una de las iglesias del itinerario.

En San Francisco, los seráficos y los bailíos de la venerable Orden Tercera ya esperaban, ceremoniosos y recoletos, con todas sus insignias, incensarios, hisopos. La entrada se hacía por un costado, por el lado del callejón del Santo Entierro. Se hacía la estación y se proseguía luego, saliendo por la puerta principal; se tomaba la calle que iba a dar a San Agustín, para doblar por la de la Cruz —5 de Mayo— y tomar finalmente la dirección al convento y templo de la Merced.

En esta ya demolida fábrica, también los hermanos y terciarios de la Militar Orden Redención de Cautivos aguardaban en la puerta del atrio. La procesión, más crecida todavía, entraba con todo el ceremonial que dictaba la consuetud por una puerta del atrio para salir al cabo, tras breve estancia, por la otra y tomar las viejas calles del Arenal, hasta entrar al atrio y templo de San Agustín. Otra vez se repetía la escena de entrar y salir, de aguardar los reverendos religiosos acompañados de los principales de sus cofradías, de soltar al viento las esquilas y campanas, de asperges, rezos y bendiciones y de bombardazos y cohetes.

De San Agustín, en línea recta, pero con paso más lento para alargar la ceremonia, se dirigía la procesión a las iglesias del Rosario, del Carmen y de San Juan de Dios. Finalmente, todos volvían a la parroquia, que era de donde había salido el cortejo, después de mucho andar y de mucho rezar. En aquellas casas donde había Altar de Dolores, que se veía muy bien a través de las ventanas, se hacía una semiposa, o mejor diciendo, se detenían un poco los cargadores del Señor de la Misericordia como para que el Hijo saludara a la Madre Perdolente.

En esa fastuosa procesión el Señor de la Misericordia recorría las calles del viejo San Luis, que convertía sus coloniales balcones en tupidos verjeles, con muy buena compañía, pues con él sacaban otras tan antiguas como veneradas imágenes: el Ecce Homo de la Parroquia, el Señor de la Columna de la Compañía, el Jesús Nazareno y siete u ocho Cristos de diverso tamaño, pero delante de todas, entre ciriales, cruces altas, velas y estandartes, el Señor de la Misericordia, la Virgen llena de Dolores y los Santos Pedro Apóstol y Juan Evangelista, más la Magdalena.

Tanto esta procesión como la del Domingo de Ramos alcanzaron muy subida fama y opinión por la cantidad de cera que quemaban los devotos. Vez hubo en que se llegaron a contar más de dos mil cirios alumbrando las benditas imágenes. Y como si fuera poco, a lo largo del cortejo, escayadas entre la muchedumbre, iban las Sibilas y con ellas las llamadas Lobas, de caudas larguísimas, llevando en rastra los alquilones, vestidas de color morado, capilla y antifáz ajustado al rostro o caído sobre el contrito pecho, con espinosas coronas en la cabeza. Iban también las devotas cofradías de todas las religiones: los carmelitas con sus escapularios y los hermanos de la Merced y los terciarios del Seráfico Patriarca muy ceñido el cordón;

y amén de éstos los cofrades agustinos y los del hospitalario Orden de San Juan y los de la Militar Orden de la Merced con sus hábitos blancos. Junto a los Santos o debajo de las andas iba un cristiano tocando, en una flauta de carrizo, una sonata exclusiva de este día, que apachurraba los ánimos por lo lúgubre, y por delante de la imagen iba otro soltando incienso a los pies del Señor de las Misericordias.

No podían faltar, y en abundancia, los vendedores de las cuaresmales charamuscas y aguas de chía, que nomás ofrecían en silenciosa venta sus golosinas, sin gritarlas, por temor de distraer a la devota procesión. Así era este singular cortejo que se formaba al rededor de este venerable y olvidado Señor de la Misericordia que se venera en el Montecillo. Durante años y años el Viernes de Dolores, a buena hora, el retablo herrumbroso abría sus hojas para dejar escapar a su milagrosa imagen. Se iba ésta a la Parroquia, se formaba la procesión, recorría las principales calles de San Luis y después, al otro día, volvía el Señor de la Misericordia a su habitual morada, a este viejo y olvidado retablo del Montecillo, que no se volvería a abrir sino hasta un año después, cuando tornara a pasar el Viernes de Dolores.

Juan del Jarro

En aquel par de días los tristísimos doblares de todas las campanas de San Luis despachurraban los ánimos. Una pesadumbre enorme difluía por calles y plazas engargantando los corazones con el mismo sentimiento de funebridad. Juan del Jarro, el agorero medicante, había finado, sin saberse a qué hora ni de qué, dentro del horno que fue su paupérrima morada en el barrio de San Cristóbal del Montecillo, y estaba necesitando huesa.

La víspera del primer día, en los momentos en que el médico don Anselmo Calvillo despedía al último de sus pacientes llegó a buscarlo un mocito, de parte de Juan del Jarro. Don Anselmo, con todos los años que traía encima, era el más solícito protector de Juan. No sólo atendía a los enfermos que le enviaba el pordiosero sino que a él mismo y con sus propias manos, cuando llegaba el tiempo, allá muy de tarde en tarde, lo aseaba, afeitaba y rapaba. Había entre los dos unas relaciones de amicitia muy estrechas, y el señor médico era el único a quien el pordiosero había dado a conocer los interiores de su vida y a quien había confiado los pormenores de su postrera voluntad. Uno de éstos, que cuando la Divina Providencia lo borrara del libro de los vivos, no lo dejara al aire, sino que le diera tierra en el panteón de la ciudad. Y sin decir nada a nadie. Ese sagrado compromiso era el que le recordaba Juan por medio del mocito; y que fuera, pero no esa noche, sino hasta la mañana siguiente, cuando hubiere, y no antes, acabado sus primeros quehaceres. Quiso el bueno de don Anselmo demandar informes sobre la salud del mendigo, pero el muchachito sólo alcanzó a insistirle en que la cita era para el día siguiente, no antes, y desapareció.

A la hora concertada, luego que el médico hubo visitado a sus enfermos, se encaminó al solar en que estaba el horno o domicilio de Juan, y allí lo encontró, yerto, sin nada de vida, beatíficamente adormecido, con la sola compañía de una lámpara anémica, las imágenes que revestían el interior del horno, el deformado sombrero de copa, de una parte, y de la otra, el jarro.

Apoyado en la boca del horno lloró largamente don Anselmo el acabamiento de su amigo y protegido, muy arrepentido del compromiso de no decir nada a

nadie. Tendría que sepultarlo a hurtadillas, sin velorio, sin acompañamientos y, lo peor, sin los sufragos correspondientes a todo cristiano. En esto cavilaba don Anselmo. Sobre esto siguió cavilando al correr la losa que servía de habitual puerta al horno y al retirarse a su casa a llevar la mortaja y las cosas necesarias para hacer el pelo, afeitar y asear a Juan del Jarro por última vez. Sin decir nada a nadie. Pero los protegidos de Juan pasaban hambres. A esas horas, en los otros días, el caritativo pordiosero ya había vertido muchas veces el pan en las manos de otros menesterosos; y los cooperadores del agorero mendicante extrañaban su visita recolectora. A todos los atrailló la preocupación y corrieron al tabuco de Juan. Así supieron que ya era muerto; y así, también, don Anselmo hizo su gusto sin deshacer el compromiso con Juan. De decirle todo a todos se encargaron los protegidos y los protectores del mendigo. Y las campanas.

Escribió en su *Diario* el curioso Juan Vildósola: “9 de noviembre. Hoy se murió Juan del Jarro. Muchas personas han contribuído para que se le haga un decente entierro. Lo han llevado a San Juan de Dios, donde estará depositado hasta mañana y será cuando deba enterrarse. En todas las iglesias han doblado hoy: a las doce, a la oración y a las ocho”.

El solar donde estaba el desvencijado horno, en las orillas del Montecillo, de ordinario tan solo, se llenó de gente. Pobres y ricos y de medio pelo se arremolinaban al rededor del horno. No por ver a Juan. Unos tercicos, que porque tenían con qué, porfiaban en llevárselo; otros que por lo mismo que no tenían con qué, era uno de ellos, y a ellos les tocaba recogerlo, velarlo y enterrarlo. Hasta los venerables clérigos y religiosos se entrometieron en la disputa. Eran muchos pareceres. El señor Calvillo, como albacea del difunto y legítimo comisionado para entregarlo a la fosa, sumó las diferencias: los pudientes, contribuirían para el “entierro decente” —que dice Vildósola—; los desarrapados, cargarían al muerto; los frailes, tomarían las honras fúnebres; los clérigos darían para el velorio la iglesia que fue de los juaninos; y todos juntos, en indivisible armonía, formarían el cortejo.

En la incomodidad del horno, don Anselmo afeitó a Juan por última vez; piadosas damas, de las que en el viejo San Luis eran muy dadas, con sentida y ardorosa caridad, a todos los menesteres previos a la sepultura, amortajaron el cuerpo con muy finas sábanas de lino; la menestralía de carpinteros fabricó una preciosa y muy labrada caja mortuoria; y, hacia el mediodía, el cadáver de Juan, envuelto en un lujo que no gozó en vida, fue trasladado a la iglesia de San Juan de Dios para velarlo.

Junto a la pira, haciendo guardia, se pararon por riguroso turno los principales señorones y señoronas con los distintivos y estandartes de sus cofradías. Allí los

de la Buena Muerte, los de las benditas animas, los de la vela, los de San Pedro, los del Señor de los desamparados; las venerables órdenes terceras estuvieron todas; de los barrios acudieron los mayordomos con las asociaciones y los gremios y mucha gente suelta. Los de ambos venerables cleros entonaron muchos responsos, por devoción propia y por encargo; cuando no se rezaba un responso, se repasaba el rosario de ánimas o se cantaban lacrimosas alabanzas. No se daban punto de reposo amontonando sufragio sobre sufragio.

Al otro día, con tanta solemnidad como si fuera procesión de la Semana Mayor, con un nutridísimo cortejo, hachas, incensarios, estandartes, coronas, alabanzas, pañideras y los incesantes dobles, llevaron a Juan a la iglesia del Carmen para los funerales. Allí estaba otra muy adornada pira dispuesta para asentar el cadáver, el interior como incendio por tanta luz, y en el atrio el clero y cofradías carmelitanas esperando. El dicho don Juan Vildósola, aunque muy brevemente, anotó en su *Diario* lo que vio: “10 de noviembre. Hoy hubo en el Carmen misa de difuntos, con el cuerpo de Juan del Jarro presente, habiendo estado la iglesia muy iluminada y habiendo habido muy buena música. Cuando la misa se celebraba, hubo dobles en todas las iglesias. Y concluida que fue ésta, lo condujeron al camposanto donde se sepultó en una bóveda que se le mandó hacer”.

Esta conducción al camposanto, que Vildósola describe así nomás, fue una ceremonia, la última, en honor de Juan del Jarro, llena de majestuosidad. Con andares graves, acompasados, luctuosos, todos cuantos cupieron en la iglesia, más los muchos que se quedaron fuera, tomaron su lugar en el cortejo. Adelante, en hombros de los desarrapados pingajientos, que se opusieron tercamente al empleo de la adornada carroza, iba el féretro, precedido por la Cruz alta, los ministros oficiantes y los monaguillos, luego el venerable clero salmodiando los penitenciales y, en seguida, en ordenada mescolanza, las gentes de todas clases y tamaños, formando una larga, inacabable procesión. Esta, saliendo del Carmen, dobló por un costado para tomar enseguida el callejón de la Pastora, flanquear la Plazuela de San Juan de Dios y proseguir por la calle Real de Tlaxcala. En la Corriente torció a la derecha para enfilear luego hacia el vetusto y extinguido panteón de la ciudad, ubicado en el área que actualmente ocupa la llamada Casa Redonda del Ferrocarril. Allí el gremio de alarifes había preparado, a flor de tierra, la bóveda, y en primer tramo o primera clase —según decimos hoy— en el sitio principal del cementerio. Para tapar la entrada de ella, los picapedreros dieron la losa, cincelada a propósito y con las letras del caso.

De tanta magnificencia en el entierro de Juan del Jarro, da fe el acta eclesiástica de la defunción, cuyo tenor es: “Juan de Dios Azíos, el conocido por Juan del Jarro.— En San Luis Potosí, a nueve de noviembre de mil ochocientos cincuenta y nueve,

yo, el Presbo. D. Luis G. Arias. Ministro del Sagrario, di sepultura eclesiástica en el tramo lo del Campo Santo extra muros de esta ciudad, con Cruz Alta y Dalmáticas, al cadáver de Juan de Dios Azíos, de sesenta y seis años, soltero, hijo de Juan de Dios Azíos y de Atanasia Ramírez, originario de la Hacienda de la Encarnación, tocante a Matehuala”.

Da fe, también, una hoja impresa por el célebre tipógrafo Genaro Dávalos, que apareció al día siguiente del entierro y que reprodujo *La Restauración*. Narra ella: “El cadáver ha sido conducido en medio de un numeroso acompañamiento, en que se veían personas de todas las clases de la sociedad y un sin número de jóvenes del pueblo con cañas en las manos, como se acostumbra con los cadáveres de los niños inocentes; sus honras fúnebres han sido tan suntuosas como las de un poderoso, pues el clero todo y los vecinos a porfía se han empeñado en honrar la memoria de Juan del Jarro, contribuyendo todos al mismo objeto con la mejor voluntad, casi con entusiasmo. Las exequias solemnísimas han tenido lugar con vigilia y misa de cuerpo presente, acompañadas de una magnífica música; y el cadáver ha sido sepultado en el camposanto de esta ciudad en una bóveda especial”.

Por su enterramiento, se deja ver que Juan del Jarro, aún con toda la mugre y todos los andrajos que ordinariamente vestía, no era ni un perdulario ni un cualquiera. Era —y aún lo es— el más célebre personaje de esa época del viejo San Luis, que careciendo de todo, abundaba en crédito y estimación, y allegando para otros, mendrugos y desechos, allegó para sí cariños y respetos. Embebidos en sus inusitadas cualidades, sus contemporáneos nunca hurgaron en su vida. Ni Juan se dejaba hurgar. Todo lo de antes, lugar de origen, padres, infancia y juventud, quedó hundido en el misterio. Nadie lo sabía, de no ser su protector y confidente, don Anselmo Calvillo. Ahora ya sabemos, por el acta de defunción, que nació en la región de Matehuala, en la Hacienda de la Encarnación, por 1793, y quiénes fueron sus padres y cuáles sus apelativos por ambos lados. La gente de entonces lo hacía oriundo de Bocas o de Moctezuma o de cualquier otro lugar del norte de San Luis; y le aplicaban el apellido de Martínez, de Frías y, los más, de Mercado “creyéndose que ste era el verdadero”.

El nacimiento y la posterior llegada de Juan a la ciudad de San Luis, se esfumaron entre las brumas de las dudas. A juzgar por lo que de él recordaban quienes gozaron de su trato, debió de haber tomado tierra potosina a raíz de la consumación de la Independencia. Y aunque entonces pululaban los mendigos y los vagos, parásitos que la resaca de la primer guerra civil dejó en todas las ciudades, unos muy averiados para poder trabajar y otros muy mal amañados para hacerlo, y un pordiosero más no provocaba especial atención, la vestimenta, el andar, la estampa, la sustansiosa charla, el jarro, dieron prestancia a ese nuevo

mendigo. No profería palabrotas cuando le negaban un socorro, ni se arrimaba ni entrometía con malvivientes, a no ser para amonestarlos, ni conjugaba verbos sucios, ni hacía aspavientos cuando los perversos mofábanse de él, antes bien dióse a anchas caridades, atinados consejos, augurios infalibles, morigerados proceder y religiosas prácticas.

Desde la universal desestima en que se tenía a todos los carlangüentos pedigüeños, el del Jarro escaló las alturas del afecto y respeto de los ciudadanos. Tales obras ejecutaba y tales inauditas sentencias decía, que, bien pronto, se le tuvo como a filósofo o zahorí o profeta. Los pobres abríanle el corazón para desembuchar sus penalidades y los ricos sus casas para colmarlo de obsequiosas dádivas y atenciones. Venerábanlo como a santo, como a una muy acabada réplica, si bien cochambrosa y laica, del Pobrecillo de Asís. No era ni alto ni chaparro, la color, morena, chata la nariz, lacio el pelo, de oscuros ojos siempre derramando bondad, al igual que la amplia boca, encorvada la ancha espalda. Calaba un abollado sombrero alto, vestía, encima de la piel desnuda, una raída casaca, desabrochada, con el ombligo siempre al sol, el pantalón sempiternamente arremangado y mal fajado y el afamado jarro que le dio nombre, dentro de una saca en bandolera. Así lo dibujó, al menos, en una acuarela que pintó del natural, su contemporáneo don Francisco Vildósola.

La escrupulosidad y limpieza que Juan del Jarro observaba en lo de adentro, las pisoteaba descaradamente en lo de afuera. Juan era muy, lo que se llama muy, sucio. Con tanto amor como traía en su pecho a todo lo creado, sólo dos cosas le repelían, el 4 de julio y el jabón. En las carnes de arriba, como siempre usaba la casaca desabotonada, hacía las veces de camisa y camiseta espesa capa de cochambre y tierra; en las de abajo, por andar descalzo y la pernera arremangada, la costra era mayor. Aborrecía el paliacate y como la roma nariz sufría de incontinencia, un moco impertinente se asomaba, y mucho, de continua por ella. Cuando alcanzaba un largor intolerable, que era a cada rato, con la manga la podaba, de manera que esta porción de la casaca siempre estaba como cuero. Muy bien pudieron, por este simple y vanal motivo, apellidarle Juan del Moco.

Padecía de angurria. Desde sus mocedades. Esa hinchazón de la vejiga le volvía muy operoso el hacer aguas. De ahí el jarro. De modo que no lo quería como ordinariamente se supone, para almacenar los tacos y demás dádivas comestibles que le prodigaban, como portaviandas, sino para otros menesteres, para discreto descanso de sus males.

Nunca se supo cómo vino a dar Juan del Jarro a San Luis. Sólo constaba, porque todos lo veían, que diariamente, de mañanita, andaba ya por las calles de la ciudad

procurando socorros. Jamás lo alcanzó el sol en su cama, o por mejor decir en su horno, porque era muy madrugador. Lo cual, además de ser una novedad y una excepción, porque los pedigüeños de por sí son flojos en extremo, fue el cencerro que llamó la atención. Pordiosero tan diligente no se había visto en ninguno de los días. Aunque no lo pidiera, todos le socorrían largamente pudo haber vivido a lo nabab, atesorar dineros, engordar puercos, enriquecerse a la chita callado. Pero todo bondad, todo amor al prójimo, cuanto recogía, lo repartía luego a otros necesitados y nada dejaba para sí. Lo que así con una mano lo soltaba con la otra para quedar como la Magnífica, sin cosa alguna.

Halagábanlo con apetitosos y abundantes platillos, con ropa de buena procedencia y condición, con dineros. Nada dejaba para él, apenas si un mísero mendrugo, porque todo, a pesar de cuanto encarecimiento se le hiciera para que los aprovechara, lo repartía más delante. Y cuando alguien amorosamente le reprochaba su insaciable desprendimiento, Juan respondía, con aquella dulzura que arrobaba los corazones “doy para quedar necesitado a pedir lo mismo mañana”. Siempre manivacío.

No vivía más que para hacer caridades. Tres eran sus predilectos: el Tapatío, Torrescano y Mariquita. Al Tapatío se le había escapado la razón. Se creía plátano. Su ambición era, como la de toda fruta que se estima, ser servido en una opípara mesa y engullido. Pero todos los que se regocijaban de tan inocua locura, le hacían ver que estaba verde y que no servía para postre. De donde el Tapatío sufría tanto que es imposible de explicar.

Su manía era arrimarse a cuanto prójimo encontraba en su descamino y exigirle que lo probara. “¿Estoy maduro?” preguntaba con un ansia que le barbotaba de lo más hondo. Sí, por quitárselo de encima, le respondían afirmativamente entonces les urgía: ¡cómeme!

Quienes conocían su destino, lo mordían con saña. Los cachetes, los brazos, las costillas y hasta las partes blandas de continuo las traía el Tapatío o amoratadas o desfloradas por los mordiscos de los perniciosos que gozaban de su locura. Y después de haberle hundido los dientes en las magulladas carnes, todavía tenían corazón para decirle: “no te podemos comer, estás muy verde y necesitas madurar”.

Como sólo podría sazonar reintegrándose al racimo, lo colgaban de las ménsulas de los faroles o de las ramas de los árboles o de las canales de las casas. Y así se estaba el pobre orate, balanceándose en el aire, en espera de una maduración que no llegaría nunca y sin dejar que nadie lo descolgara, hasta que también perdía el sentido. Sólo a Juan del Jarro le reconocía jurisdicción el Tapatío y

sólo a él obedecía. Juan lo desataba, le reparaba las carnes, le daba el vestido y el sustento y le proporcionaba alojamiento en alguna vecindad de gente pacífica.

También a Mariquita le faltaba la razón. Cometía muchos desatinos. Era el hazmerreír de todos. Cuando había luz, era una risa continua; pero cuando caían las tinieblas, se volvía lamentos incesantes. Entonces, hecha rosca en los quicios de las puertas, lanzaba unos alaridos lastimeros que levantaban espanto y enojo. De nada servían las patadas y pedreas con que la castigaban. Se quejaba más y más. Hasta que iba Juan y la acariciaba y calmaba con palabras de consuelo y la reducía a la pocilga de la familia y la ponía a dormir y allí la dejaba quieta.

Lo mismo Torrescano. Cuando el engreído y fatal Antonio López de Santa Ana pasó por San Luis rumbo a Texas, dizque a reducir al orden a los norteamericanos, se hizo de mucha y excelente carne de cañón. Más de un tercio de los 20,000 soldados que llevaba, los sacó de aquí, y entre ellos iba Torrescano, rebozarte de patrio ardor. Como artillero, hizo muchas nombradías que de nada le sirvieron: sufrió fatigas, desnudeces, fríos, hambres, vergüenzas y, finalmente, los grillos. No pudo con tanto padecimiento encima. Y cuando México perdía una buena porción de territorio, Torrescano perdía, a su vez, la razón. Jamás la recuperó. Loco lo soltaron y loco volvió a San Luis sin que nadie se condoliera de su insania.

La locura de Torrescano fue una locura llena de patrio ardor. Perdularios sin nada de conmiseración en las entrañas y blandiendo palos lo cercaban intimándole rendición; luego de amarrarlo, trazaban una rueda en el suelo y le decían que ésa era su prisión. Y allí se estaba, sufriendo esa desventura por la Patria, el viejo y extraviado artillero, horas y horas. Hasta que llegaba Juan, lo liberaba y conducía al cuarto que le había conseguido en una vecindad. A este desvalido héroe, Juan lo había puesto bajo su patrocinio y lo nutría, vestía y sostenía.

Sabía mucho de cronologías y santorales. De adrede, los curiosos le ponían por enfrente preguntas muy alambicadas sobre este o aquél eclipse; cuándo y cómo fue o que santos se festejaban en tal día o en que fecha caería una cierta fiesta. Juan respondía a todo, sin largas cavilaciones, con prontitud pasmosa. Sólo a una pregunta no contestó jamás, lo referente a Nuestra Señora del Refugio. A dicha fiesta le guardaba tanto miedo como al jabón. ¡Algo, colegían todos, debió de haberle sucedido en semejante día! ¡Algo negro, muy negro, tan negro que no lo quería ni nombrar!

Fue un gran platicador a quien todos escuchaban con embelesada atención. Sin desperdiciar verba, con muy mansa cordialidad, apartando suficiencias, con hablar lento, con unción, sabía disertar no más que sobre cosas buenas. Lo

mismo en la calle que en los salones, donde con mucho alborozo lo recibían, con los grandes que con los chicos, dábale interés y sabor a su charla el tono de compostura suave y apacible que subrayaba el discreto ademán de sus manos y el tranquilo, manso, melancólico mirar de sus ojos lagañosos.

Buscábanlo mucho, por sus infalibles adivinaciones, sobre todo, de las que tenían mucha cuenta. Una aristocrática mozuela, pedida y dada ya, en vísperas del casorio, se atrevió a tentar a Juan, cuando el mendigo pasaba por la puerta de su casa, sita contra esquina del llamado Hotel Filher.

¡Oye, Juan!. —le preguntó burlona— ¿Cuándo me casaré con mi novio?

¡Nunca! —respondió categórico— porque mañana a esta hora todo se habrá acabado.

Como de facto. Antes de veinticuatro horas cabales, la doncella estaba muerta.

Los augurios de Juan eran, en su mayoría, tan ciertos como fúnebres.

En una ocasión dos petrimetros le preguntaron:

—¿Cuándo nos moriremos, Juan?

—Tú —le dijo a uno— dentro de cuatro días; y tú —le advirtió al otro— no morirás tan pronto pero te verás muy grave.

Y así fue. Al día siguiente partieron los dos a una tienda en la Hacienda de Guanamé. Estaban en lo más divertido de ella, cuando un toro bravo los embistió, asestándoles tremendos cornadones. El uno, allí vomitó el alma envuelta en sangre; el otro se quedó atorado en los umbrales de la muerte, gravísimo, y no los brincó.

En otra ocasión, cuando Juan del Jarro salía del templo de San Agustín, topó con el Padre Prior, que releía un libro piadoso.

—Escucha, Juan —le dijo—. Mira lo que el R.P. Castro escribió en su sustanciosa *Reformación Cristiana*: “la vida del hombre es un brinquiño de cera, que cualquier calor derrite; un vaso de Venecia, que un golpecito lo quiebra; una alcorcita, que un poco de agua la deshace; un búcaro de Estremoz, por cocer, que el labio lo desmorona; un delicado cedal, que un alfiler lo rasga; una tela de araña, que el aire la rompe; una candela encendida, que un soplo la mata ...” Si tan frágil, si tan deleznable, si tan inconsistente es la vida ¿qué opinas de la mía, Juan?

—Dentro de tres días, Reverendo Padre —contestó obediente y obsequioso el mendigo— se le irá.

—¿Y por dónde, hombre de Dios?

—¡Por la cabeza!

El acta de defunción del R.P. Prior respalda todavía el exacto augurio de Juan del Jarro. Una meningitis de esas que no saben esperar, precipitadamente lo arrastró a la tumba al cabo de tres días.

Un matrimonio que le tuvo a Juan amartelado afecto y que le daba para dar más delante, engendró tres hijos. Muy tierno uno de ellos, cayó en enfermedad. Contáronle a Juan su pena y sus temores. Acongojábanlos, muy mucho, los males que ya habían encarcelado a uno y los que, en lo porvenir, podrían caer sobre los otros, en el alma y en el cuerpo.

—No hay razón para semejantes temores —les advirtió Juan—. Crecerán, crecerán, crecerán... y serán buenos.

Efectivamente, el pequeño recobró lo que había perdido. Los tres vástagos alcanzaron a juntar muchos años. Uno, el mayor, a su tiempo tomó las riendas del negocio del padre; los otros, la sotana, y fueron muy virtuosos sacerdotes.

El futuro no tuvo recovecos para Juan. Este todo lo veía, aún años y años antes de que se hiciera presente. En una ocasión el Limosnero —porque repartió las limosnas— del Palacio Episcopal, presentó a Juan ante el primer Obispo de San Luis, el recio y paternal don Pedro Barajas. Juan se comportó durante la entrevista con toda la humildad del caso y consoló al prelado que tantas persecuciones padecía de parte de los rojos liberales que andaban en su más alto nivel de antropofagia clerical. Juan habló a su modo. Le anunció que días vendrían en que las dos autoridades, la de este y la del otro Palacio, estarían en amigable armonía y en que uno de sus parientes llegaría a gobernador. No verían eso los dos, los cegaría la muerte; y aunque fenecerían con bastante distancia uno de otro en algo se aproximarían.

Como sucedió. El Ilmo. Sr. Montes de Oca, andando el tiempo, compartía el pan y la sal con el gobernador don Carlos Diez Gutiérrez; y juntos los dos, cuando sus altos quehaceres se los permitían, caballeros en sendas cabalgaduras, recorrían las veredas de la hacienda de La Tenería. Este don Carlos Diez Gutiérrez casó en segundas nupcias con doña Mercedes Barajas, hija de don Ignacio, sobrino carnal

de don Pedro Barajas, el primer Obispo de San Luis; dicho don Ignacio, como presidente del Supremo Tribunal de Justicia, al morir su yerno el gobernador, ocupó su lugar interinamente. De manera que en todo se cumplió la profecía. Hasta en los fallecimientos; que fueron, el de Juan, en 1859, el del prelado, en 1868, a distancia, pues; pero se aproximaron en el modo: la misma suntuosidad, el mismo luto general, el mismo fastuoso entierro. Estos carismas proféticos, siempre de atinada realización, esa caridad que nunca le bajaba de nivel, cualquiera que fuera el prójimo con quien topaba o el trance en que se encontrara, aquel santo temor de Dios y religioso comportamiento, le entretejieron una indiscutible fama de santidad.

En eso, según el común sentir popular, paró Juan del Jarro, en santo.

Desde el punto y hora en que la fosa lo acogió, su sepultura se vio perennemente colmada de flores y ceras; como cuando Juan andaba por acá arriba, todavía después de soterrado, el pueblo lo siguió —y sigue— procurando en solicitud de alivio o de consejo. Usufructuando esta fama, un barillero anónimo, hizo negocio vendiendo copias de la hoja voltante que, con el título de “Juan del Jarro”, imprimió Dávalos a raíz de la muerte de Juan y que reimprimió *La Restauración*, entonces; don Antonio Cabrera, en su *Noveno Almanaque* 1895-1896, después y el Licenciado Penilla hace veinte años en *Adelante* y en *Estilo*. Cuando ya hubo litografía en esta, Ponce de León hizo una de Juan, basándose en la acuarela de don Francisco Vildósola, y tuvo mucha demanda. Fue la que reprodujo don Antonio Cabrera en su citado *Almanaque*. De ella han sacado copias fotográficas los santeros que van de pueblo en pueblo vendiendo imágenes.

El viejo cementerio de la ciudad donde quedó Juan del Jarro, fue obra del pernicioso matlazahuatl que, en 1763, anduvo muy diligente arreando vivos a la fosa. Entonces se abrió en un desolado lugar muy a propósito para los entierros de contagiosos. Con el tiempo se olvidó el miedo, y, poco a poco, multitud de viviendas se levantaron a su alrededor. Cuando los ferrocarriles necesitaron campo para sus talleres, el gobierno lo vendió, y tanto el viejo cementerio como unas treinta manzanas de casas cayeron empujadas por la piqueta.

A su tiempo *El Estandarte* dio la voz alarma “quiso cumplir un deber, llamando la atención de los habitantes de San Luis al hecho de que sería triste que al desenterrarse los restos de Juan del Jarro, fuesen confundidos con los demás enterrados con otros cientos en fosa común, o bien, que se llevasen al horno crematorio... Los potosinos deben subscribirse —concluía— con la cantidad que cada cual pueda y dar digna sepultura en el Panteón del Saucito al humilde entre los humildes, al bueno entre los buenos”.

No hubo necesidad de tal suscripción. Una nieta del doctor Calvillo, doña Anita Meza de Teissier, recordando la íntima amistad de su abuelo con Juan del Jarro, en una elegantísima urna de cristal biselado y cedro, recogió lo que quedaba del bienaventurado mendigo y lo condujo a su cripta en el Panteón del Saucito. Esta se encuentra sobre la calzada principal, del lado sur, a poca distancia de la entrada. Es una capilla de cantera, con un pequeño atrio en forma de escuadra que la flanquea por el norte y oriente; de este lado está la bajada a la cripta. Todavía debe estar en ella la urna, pero vacía; y todavía, en el atrio, debía estar la lápida original, pero a fines de 1967 desapareció. Mientras estuvo allí —más de medio siglo— la adornaban siempre flores y veladoras. Hoy sólo quedan los botes que hicieron las veces de floreros.

El sepulcro de Juan del Jarro en el Panteón del Montecillo era una bóveda de dos metros de largo, por uno de ancho y otro de alto. Por un lado la cubría una lápida de la misma medida, semicircular, rematada por una cruz, en la que se leía:

AL ILUSTRE MODELO DE LOS POBRES
JUAN DE DIOS ASIOS
CONOCIDO POR JUAN DEL JARRO
MURIO EL DIA 9 DE NOVIEMBRE DE 1859
A LA EDAD DE 66 AÑOS.
R.I.P.

Desaparecida esta lápida, ahora, fuera del buen nombre y fama de bienaventuranza, ya no queda nada de Juan. Todo se fue. Su sepulcro, al parecer, fue violado varias veces en el pasado siglo y en el presente. La última profanación, el robo o destrucción de la mutilada lápida.

Entre los parásitos que vivían —y viven— de la política, se contaba uno, Feliciano Guevara, a fines de siglo y que era empleado de gobierno. Hacía méritos exhibiendo un jacobinismo trasnochado o iconoclasta, echando siempre chispas de anticlerical coraje en una espeluznante fobia verbal. Por entonces alguien —según la versión de El Estandarte—, con objeto de purgar a Guevara y lavarle los entresijos de tanta zaña jacobina como barbotaba de continuo, le planteó una disyuntiva o, como dicen los pelafustanes, le jugó un albur: que enderezara sus torcidos sentimientos, en caso de que se comprobara la incorruptabilidad del cadáver de Juan del Jarro o, que si no, continuara con ellos.

Hecha la apuesta, a deshora y con toda discreción, fueron los apostantes al Cementerio del Montecillo, violaron la sepultura y “abierta que fue la fosa —escribió el reportero de El Estandarte— con la admiración que es de

presumirse, Feliciano encontró el cadáver del humilde filósofo intacto, cual si acabase de recibir sepultura. ¡Y Juan del Jarro llevaba de enterrado medio siglo! ...” Guevara cumplió, se apartó del mal camino que llevaba “y terminó sus días como fervoroso creyente...”.

No fue la única violación. Hubo otra. Años después del soterramiento de Juan del Jarro, el doctor Calvillo quiso comprobar la santidad de su extinto amigo con una inquisición a cerca de los restos. Comprometió en la aventura al presbítero don Teodoro Valero y al canónigo don Luis G. Arias —el mismo de la eclesiástica sepultura “con cruz alta y dalmáticas”—. Fueron, abrieron la bóveda y encontraron el cuerpo incorrupto. Se volatilizó toda duda. Ante tamaña maravilla decidieron reinar el cuerpo en sagrado. Lo sacaron del Cementerio del Montecillo, colocaron en la bóveda unos huesos ajenos, y los de Juan los trasladaron al templo de San Juan de Dios. Donde yacen.

Doña Anita Meza, ignoraba esto. Con manos reverentes y nutrido acompañamiento, en los días en que muchos potosinos recogían lo que quedaba de sus familiares en el agonizante panteón, abrió la bóveda de Juan del Jarro, llenó la urna con lo que encontró allí y huesos y lápida los cambió a su cripta. Dejó la lápida en el atrio y encerró los huesos abajo.

Hace años, cuando nos dimos a la tarea de reconstruir los pasos de Juan del Jarro, con anuencia de la citada señora, nos adentramos en la abandonada cripta. Vimos la urna, sí, pero vacía. Entonces nos explicó la señora Meza que, años antes, un norteamericano, al igual que aquel que hurtó la cabeza del feroz Villa —o, a la mejor, el mismo— robó la de Juan del Jarro.

Hoy sabemos que no robó nada. La cabeza era de otro ¡sabrán dios de quién! Días después de que esta señora hizo el susodicho traslado, fue a visitarla el canónigo Valero, único sobreviviente entonces de los tres que hicieron el primero, y le descubrió toda la verdad.

De modo que Juan del Jarro, el afamado mendigo agorero de inagotable caridad y mansedumbre, está a la espera de la resurrección de la carne en el viejo templo de San Juan de Dios.

DECIMAS

*Al hombre singular por, las mejores obras de las virtudes y dones del Espíritu Santo **Juan Bautista Sias**, que se conocía bajo el nombre de Juan del jarro.*

*Siente, San Luis Potosí,
La muerte del buen Juanito,
Pues el Señor infinito
Ya nos le quitó de aquí.*

*

*Ya se fue aquel pobresito
Que en las calles se veía,
Y á todos les respondía
Las preguntas de distinto:
Se fué, se fué, os lo repito,
Al que con caridad veían
Al que todos lo querían;
Pues el lo granjeaba así,
Y al recordar sus memorias
Siente San Luis Potosí.*

*De tus justos Potosí,
Ya tu numero ha variado
¿Qué haremos Dios adorado
Si sigues haciendo así?
Tu ira se efectuará aquí
No señor, fecundizad
La divina santidad
Favor á nuestro delito;
Sí, católicos hermanos,
Pues el señor infinito.....*

*Viendo cercana su muerte
Al sacerdote pidió,
Y ya que se confesó
Esperaria el golpe fuerte:
¡Alma justa, alma inocente!
Qae esa hora desearía
Para irse áquella alegría,
Pero lloró muy conflicto
Siendo justo esto adivinó
La muerte del buen Juanito*

*Ante el Señor Dios de Elías
Le pedirá humildemente,
Que devuelva exactamente
La caridad que le hacían.
En muchas casas se veía,
Y pedirá haga feliz
A esta su patria San Luis,
Todo lo conseguirá allí:
Pues Dios sus preces querría,
Ya nos le quitó de aquí.*

*

San Luis Potosí, noviembre 21 de 1859

Albino Olivarez

*CURIOSA HOJA VOLANTE QUE APARECIÓ DESPUÉS DE LA MUERTE DE JUAN DEL JARRO.

El Primer Vuelo

Don Juan María Balbontín fue un hombre lleno de habilidades y siempre anduvo con el pecho hirviendo en novedosas inquietudes. Pellizcábalo de continuo y no lo dejaba tomar sosiego, un ansia de inquirir, de aprender, de experimentar. Sus hábiles y hacendosas manos sólo sabían moverse para ejecutar fructíferos quehaceres, ora repasando libros, para que la mente sorbiera desusados conocimientos, ora dando ser a ingeniosos artificios para comprobar sus originales especulaciones, ora adoctrinando pupilos en el plantel que dirigió por años.

El sabio don Juan María fue un retoño de la ilustre familia Fernández de Llar y Balbontín, vecindada en el Valle de Santa Isabel del Armadillo en el año de 1791, cuando el bachiller don José Ignacio del citado apelativo llegó a tomar aquel viejo curato y juzgado eclesiásticamente, beneficio que apenas gozó poco más de tres años, porque inopinadamente, en mayo de 1794, se le fue el alma. Una parte de los Fernández de Llar y Balbontín o, simplemente, Balbontín, despojada de los otros aditivos, permaneció allá, hasta acabarse; otra se vino para acá, donde proliferó.

De los primeros, y muy en los principios del siglo diecinueve, brotó el dicho Juan María.

Allá fue donde se le pegó ese insaciable escozor inquisitivo. En el Armadillo, en los postreros años de la dominación española, había una como andancia de artes e invenciones. Por 1800 ó 1805 don Alejo Infante, relojero o joyero, que no se sabe bien, fue el primero en abrir imprenta en la Provincia de San Luis, construyendo por su propia mano tórculos y letras, con lo que ganó para esta tierra —y ni quién se lo quite— el meritísimo honor de ser la sexta población de la Nueva España en tener tipografía. De don Alejo fueron hijos, entre otros: José Tomás, tan diestro así en el manejo de los buriles, que es hora todavía en que no aparece por aquí ningún grabador mejor que él, también fue pintor; José María, quien siguió el oficio de su padre y, además de haber sido el segundo impresor, fue uno de los mejores; y una mujer, escultora ella, en suave, que dejó muy buenas obras en las iglesias.

En la oficina de Alejo Infante aprendió Balbontín a hacer grabados, ya que dejó algunos, y de tan alta calidad como los de Tomás. Sólo que esa ansia de saber lo despegó pronto de su tierra y lo arrastró a México. Allá alcanzó el diploma de profesor de instrucción primaria, y con él en la mano, obtuvo del M. I. Ayuntamiento, de esta Muy Noble y Leal Ciudad, por 1829, la dirección de la Escuela Lancasteriana. Como en 1833 se soltó incontenible, descuajando vidas, el cólera morbus, don José María, creyó que perdería la suya, por lo que, si había de volverse cadáver, prefirió que el trance fuera en su tierra, y no acá. Dejó la Lancasteriana.

Pasada la mortandad, volvió a San Luis, abrió su propia escuela y se entregó de lleno a sus estudios y experimentos. En 1838, con motivo de la llamada “Guerra de los Pasteles”, con el fin de allegar recursos para que los soldados mexicanos hicieran un decoroso papel en la pantomima —en la que Santa Anna cambió su pata buena por una de palo— organizó una función de “suertes de manos y experimentos físicos”. Junto muchos aplausos pero muy poco dinero, apenas diecisiete pesos. Adentrándose en sus nobles especulaciones introdujo en esta ciudad la fotografía, el daguerrotipo y la litografía, y proyectó la construcción de la Presa de San José, amén de otras acciones. Y todo eso sin menoscabo de su meritoria labor magisterial.

Tenía, pues, don Juan María, crédito en la sociedad del viejo San Luis. Y en lo tocante a las ciencias físicas, oíanlo con acato. Nadie dudaba de su saber y todos teníanlo en mucho por sus luces, cuyo fuego avivaba con asiduas lecturas sobre lo último. Una de ellas, “Aerostación”, aparecida en “El Mosaico Mexicano”, en 1840, le levantó el ansia por experimentar el también en esa ciencia muy en boga en ultramar, y más con la ascensión en globo que, en octubre anterior, había efectuado en París monsieur Charles Green; y más todavía con los encendidos comentarios que hicieron, a propósito de esa publicación, él y don Mariano Gordo, tocados por las mismas aficiones.

Diéronse los dos con tanto empeño a cavilar sobre las probabilidades de mantenerse y andar en el aire que, después de un sesudo y prolongado análisis de estas y de aquéllas leyes físicas y de éstos y aquéllos otros descubrimientos, pararon en la conclusión de que muy bien podrían hacerlo. En seguida, con este firme propósito en sus adentros, y en la misma casa donde tenía su escuela el profesor Balbontín, segunda de la Cruz —hoy 5 de Mayo—ajustándose a los más nuevos descubrimientos y a sus propias investigaciones, empezaron la construcción de sendos aparatos voladores.

Primeramente formaron unas macizas armazones de varilla de fierro. De este modo lo que artificio ganaba en consistencia, lo perdía, y con creces, en levedad; en seguida, con tamaño peso al frente, le pegaron las alas, copiadas de las

que conocían, las de los pájaros; y como las de los pájaros, hechas con plumas amarradas a otra resistente y bromosa armazón, también ella de fierro, unida con pesados goznes y resortes a la anterior. Resultó así una cosa plana, en forma de T, cuyos brazos harían las veces de alas. En la primera armazón pusieron unos aros, donde meterían el cuerpo, y en las alas unas argollas para introducir los brazos. Así crucificados, se mantendrían en los aires haciendo batir las alas, y para eso eran los resortes y las abundantes plumas.

Todo a punto, satisfechos y seguros con los estudios realizados en el escritorio y con los aparatos listos, los audaces físicos y astronautas teóricos, hicieron pública la noticia de su invento y el propósito de emprender, antes que nadie, el primer vuelo, tripulando un aparato más pesado que el aire. Se apersonaron con el gobernador, que entonces lo era don Ignacio Sepúlveda, le dictaron un intrincada conferencia sobre física y tan bien lo convencieron y tanto era el prestigio de don Juan María, que les concedió *incontinenti* el permiso para el atrevido experimento, en pleno centro de la ciudad, en la segunda calle de la Cruz, donde habían escogido como pista de lanzamiento la azotea de la casa que existió donde hoy es el Casino Español, contigua a aquella en la que Balbontín tenía su escuela y laboratorios.

Por si o por si no, ya que estas no se sabe en qué concluyen, el gobernado hizo regar cerros de arena en toda la cuadra y manojos de zacate y de rastrojo frente a la pista de lanzamiento. Las ambiciones de los improvisadores Icaros, eran modestas. Por tratarse de la primera vez, no volarían muy lejos. Esto se quedaba para más tarde, cuando sucesivos experimentos les permitirían perfeccionar sus aparatos y ampliar su campo de acción por lo pronto, se limitaban a experimentar el dominio de la sustentación en el aire y volarían, apenas, unas cuantas docenas de varas.

Y se llegó el día. Las ventanas, azoteas y banquetas de todos los alrededores, estaban repletos de mirones de todos los tamaños y condiciones; en la ventana del frente, el gobernador y las gentes de pro; y toda la posible pista de aterrisaje, cubierta de arena, zacate y rastrojo. Prevención esta que, a los confiados aviadores les parecía indecorosa, como duda manifiesta de sus conocimientos, pero que al postre, resultó muy útil.

Con sus aparatos pegados a la espalda, bien cinchados cuerpo y manos con los aro y argollas, a la hora convenida, ni un segundo después, aparecieron en el pretil de la azotea los señores Balbontín y Gordo. A su vista, los mirones cortaron los comentarios, se apretujaron más para ver mejor, y una ansia, un escepticismo, una confianza y una expectación enormes los comprimió. De repente, todo se impregnó de silencio. Los temerarios, muy garbosos, muy seguros, probaron por última vez el buen funcionamiento de las alas, vieron

que estaba correcto, se colocaron a prudente distancia uno de otro para no hacerse mala obra, respiraron hondo y se echaron al vacío, arrastrando consigo el pasmado azoramiento de los espectadores.

Uno o dos aletazos, porque para más no hubo tiempo, un volar de plumas sueltas, un suspiro contenido, dos rotundos batacazos, un crujir de zacate reseco y de rastrojo y el par de frustrados astronautas en el suelo. Una festiva carcajada general, intensa, larga, ahuyentó los gritos de terror cuando se vio que los desplomados no estaban muertos. Pero Balbontín era terco. Una vez que él y su socio, recogidos los apachurrados despojos de las máquinas y desvanecidos los chichones, estudiaron a fondo el fracaso, se prepararon para el segundo experimento. Volvieron al gobernador, ante él dictaron una segunda conferencia, aclarando el quid de la cuestión, que era este: el vuelo, fracasó porque a los aparatos apenas en su etapa inicial, les faltaron, y por eso fue el porrazo, dos elementos importantes: el pico y la cola. Un pájaro sin cola, no puede volar; y sin pico, menos. A eso y nada más que eso, lo comprobaron con el golpe, se debió el mal éxito del primero vuelo. Y solicitaban su venia para otra tentativa el siguiente domingo.

Don Ignacio Sepúlveda, con menos conocimientos que el par de experimentadores, pero con más seso, ya no se dejó convencer. No dio el permiso y acabó con los temerarios experimentos. De todas maneras, cuando empezaban las ascensiones en globo —dos años después lo haría en México el ingeniero Benito León Acosta—, Balbontín y Gordo fueron los primeros en experimentar con un aparato más pesado que el aire, adelantándose en medio siglo a los Wright y a Dumont.

Don José María con la amargura de tamaño fracaso, volvió a sus quehaceres de antes: la escuela, la fotografía, el grabado, la litografía y otros experimentos poco aparatosos, pero muy útiles e inocuos, tales unos opúsculos sobre pedagogía y asuntos de gobierno. Cuando se fastidió de desasnar chiquillos, cerró su escuela y se metió a burócrata; como de allí no está lejos la política, se pasó a ella, y por 1880 representó al Estado en el Congreso de la Unión. Para entonces ya era vecino de México. Finalmente, por agosto de 1883, a juzgar por la información de un perplejo periodista “El señor Balbontín se abrió por su mano las puertas del no ser, cuando había sufrido las vicisitudes consiguientes a una vida de más de ochenta años”.

Los Morenos

Juntamente con los blancos llegaron a esta parte los negros. El primer negro, Juan Cortés, llegó con el primer blanco, don Hernán Cortés. Conforme fueron viniendo más de los primeros, llegaron más de los segundos; y si estos les hicieron mucho bien a los indios, también les hicieron mucho mal: “Y digamos ahora —escribió Bernal Díaz— de un negro que traía Narváez, lleno de viruelas, que harto negro fue para la Nueva España, que fue causa de que se pegase e hinchase toda la tierra de ellas y de lo cual hubo gran mortandad”.

Al viejo San Luis, también los negros llegaron con los blancos. Los traían como esclavos. Y puesto que el impulso para poblar este valle fueron las minas y para las rudas faenas de las minas consideraban a los negros como lo más a propósito, en un ratito así se cuajó todo esto de negros. Negros y mulatos había, como lo demuestran muy claro los libros parroquiales, en el Real de Minas de San Luis, en el Valle de Santa Isabel del Armadillo, en el Cerro de San Pedro y en las demás tierras limítrofes. Pululaban los negros en el siglo XVII.

Tan grande era su número como el abandono en que se les tenía. Los blancos, los hacían menos; los indios, les guardaban miedo; y las Leyes de Indias, superprotegiendo a los naturales de la tierra, prohibían con extremada rigurosidad que cualquier negro o mulato o gente de color quebrado se metiese entre aquellos. Al fin esclavos, formaban una clase aparte, la más infeliz de todas, en completo desamparo. Vivían como en el aire. Los blancos tenían sus solares para casas y haciendas de beneficio; los indios, sus parcelas en Santiago del Río, en Tlaxcalilla y en los otros barrios que se iban formando. Los negros, nada. Hasta de pasto espiritual carecían. Los dichos indios, contaban con el amor y protección de los misioneros; los españoles, con la iglesia parroquial y con otros religiosos que, como los agustinianos, ya andaban por acá. Ni ese dulce consuelo y refrigerio de alguna devoción tenían los infelices negros, mientras que españoles e indios contaban ya con iglesias y cofradías y santos patronos y fiestas y procesiones. Ni siquiera cuando la muerte los quitaba de tanto sufrir, disponían de algún lugar donde acomodar al difunto para que los otros negros le rezaran algo. Hasta de ese cristiano refrigerio carecían.

Al buen bachiller don Juan Bernal se le arrugaba el alma. Llegó a este Pueblo y Minas de San Luis en 1596 a cuatro años de la fundación, a ocupar el oficio que dejó vacante don Andrés Nieto, primer párroco de la ciudad. Con esto se entiende que el compasivo bachiller don Juan Bernal fue el segundo cura de San Luis; y dejó de serlo en 1600. Apenas llegó, y una amorosa y tierna compasión por los negros le rebullió en sus pechas. Se dio desde luego a buscarles un acomodo, un rincón que fuera de ellos, un lugarcito en el cual, sin el agobio de ser malquistos, fueron a verter sus lágrimas o a deshacerse de sus cuitas. Sólo que no encontraba donde. El mismo carecía de iglesia, porque no podía llamarse iglesia a la capilla de vahareque, improvisada por el bachiller Nieto, en 1593, en el mismo sitio donde ahora se levanta airosa la Catedral. No había, entonces, en San Luis más iglesias que la dicha, la de San Francisco, recién sacada de sus cimientos y una ermita, la primera, levantada por la mano de fray Diego, en el mismo punto donde varios años antes congregó a los cimarrones guachichiles. Esta ermita era la vieja ermita de la Veracruz, ya casi en desuso, como que, al fundarse el pueblo, se abrieron a su alrededor huertas, una de ellas, la de Juan de Andrade, y haciendas de beneficio; y los indios para quienes se hizo, ya vivían lejos, en Santiago del Río.

Poca cosa había en esta ermita de la Santa Veracruz. Los indios, al mudarse, recogieron el mueblaje con que la dotó fray Diego, y los santos. Quedaba sólo una cruz. La misma que plantó el venerable fraile cuando se decidió a fundar allí el pueblo de San Luis. Este Santo Leño era el único adorno sobre el altar de adobe. La dicha ermita, con tan paupérrimos enseres, pertenecía a los reverendos franciscanos. Y a ellos apeló el buen bachiller Bernal para saciar aquella compasión que le emergía de las profundidades. Cediéronle los seráficos la ermita, y ya con este santo domicilio, fundó en ella una hermandad para negros y mulatos, con el nombre de “Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de los Morenos”. La fraternidad prosperó. A poco andar vióse muy concurrida por toda la gente de color quebrado que allí recibía, nomás ella, los inefables consuelos de la religión. Si la ermita no se enriqueció un punto, estaba, en cambio, pletórica lo más del día con todos los morenos que en ella se reunían. Acomodóles la devoción a la Veracruz, como que cruz, y muy cierta y verdadera, eran su vida y su esclavitud. Mas pronto, recién fundada apenas la Cofradía, vinieron las contradicciones. Los agustinianos dieron en fundar iglesia y convento en San Luis, y Juan de Andrade, cuya huerta estaba pegada a la ermita, ofrecióselas en venta. Quedarían, de hacerse esta nueva fábrica allí, dos iglesias juntas. Ya no tendrían paz los morenos. Entonces apelaron al Alcalde Mayor en éstos suplicantes términos:

“Juan de Alzola y Gonzalo García de Rojas, diputados de la Cofradía de la Vera Cruz, y Juan de Llanas, Mayordomo de ella por lo que toca a la dicha Cofradía: decimos que ha venido a nuestra noticia que Juan de Andrade, vecino de este

pueblo, unas casas y huerta que susodicho tiene, ha vendido a los padres de la orden de San Agustín para fundar convento de la dicha orden y habiéndolos dichos padres y orden hacer casa y convento, es gran daño y perjuicio a la dicha nuestra iglesia, que no dista ni ocho varas, que es la calle y en medio las casas que así ha vendido el dicho Juan de Andrada. Y si los dichos padres hubiesen de poblar como lo pretenden, será cosa incompatible por estar cerca las dichas dos iglesias; y en caso que sea forzoso hacerlo la dicha orden en este pueblo, lo pueden hacer en otra parte que no esté en perjuicio de nuestra iglesia y cofradía, sino en comodidad de los vecinos de este pueblo y de los dichos padres agustinos y costará la comodidad de estas razones que se siguen: la 1a. si se les diése licencia a los dichos padres agustinos que funden este dicho pueblo y fuese en las casas del dicho Juan de Andrada como tenemos dicho, será en perjuicio de nuestra iglesia y cofradía por estar tan cercana que no dista más de ocho varas de nuestra iglesia y solar. Lo segundo., si pueblan los dichos padres agustinos lo pueden hacer en otra parte y lugar tan acomodada como las casas de dicho don Juan de Andrada.— Lo tercero.: si en otra parte pueblan los dichos padres agustinos, quedará este dicho pueblo bien acomodado y las iglesias de él estarán en parajes para que cuando se anduvieran las estaciones y procesiones quedarán puestas en muy buen orden y traza para este dicho efecto y los vecinos de él se podrán repartir a oír los oficios divinos con mucha comodidad y quedará este dicho pueblo bien gobernado. Por tanto, a Vuestra Majestad pedimos y suplicamos mande recibirnos información de testigos de lo en este nuestro pedimento contenido y sus dichos y disposiciones nos mande dar por testimonio para ocurrir a pedir nuestra justicia donde nos conviniere y en lo necesario, etc.— Juan de Llanas.— Juan de Alzola.— Gonzalo García de Rojas”.— En 22 de mayo de 1598, fecha de la presentación del anterior escrito, el Alcalde Mayor Luis Valderrama Saavedra mandó recibir la información.

Levantada la información, parecióle al justicia muy cuerda la exposición de los negros, y no se les volvió a molestar. Al sosegarse los vientos, la hermandad cobró fuerzas; más todavía cuando, por 1605, siendo cura don Baltazar de Meza, les dio constituciones y altar fijo, dedicado a los Santos Cosme y Damián “para que en él hagan decir sus misas y tengan sus insignias”. Sin embargo, no duró mucho la ermita en usufructo de los morenos. En 1624 llegaron los padres de la Compañía, y entonces los franciscanos se las dieron a ellos, y en su alrededor, gracias al cuantioso legado de don Juan Zavala, estos dichos padres levantaron su iglesia y colegio. Cuando el nuevo templo, hacia 1679, ya estuvo en condiciones de servir al culto, echaron por tierra la ermita. Así acabó sus días esa histórica, humilde y venerable fábrica, la primera que se levantó en San Luis, y por la mano de fray Diego de la Magdalena, años antes de la fundación de la ciudad. Estuvo en pie como noventa años. Casi un siglo. Se levantaba precisamente en donde ahora está el primer patio de la Universidad, algo cargada al oriente, entre los arcos y la fuente central.

Un Baile en el Cementerio del Montecillo

La peste de 1763 desató la vida a muchísima gente. Llegó a San Luis, en abribonado asociamiento con las viruelas, cuando finaba el otro año, muy briosa, muy arriscada, muy actuosa. De la mano con las viruelas, el matlazahuatl o tabardillo, que no se supo, se metía de rondón lo mismo en las más alcorniadas mansiones, que en las casillas pobres, de las llamadas de taza y plato, que en los míseros jacales, arreando cristianos y cristianos a la huesa, sin ningún miramiento. Estas dos perniciosas enfermedades, a las que se les llamó “peste”, primero hundían en los cuerpos de sus víctimas unos fríos intensos con inosegables temblores, fortísimos dolores de cabeza y de estómago, copiosos vómitos, ardientes calenturas y, después, incontenible flujo de sangre, que las dejaba irremediabilmente en lo postrero, sin resuello alguno y sin alma.

La dicha peste no admitía curabilidad. Para estos insólitos achaques no había remedio. De nada servía que a los pacientes los hartaran de julepes cordiales, de cocimientos de estafiate, simonillo y orejuela de ratón, de sangre de grado, de manzanilla y de hojasén; de nada que les dieran bebedizos de hierba sin raíz, de pasajo y de otras infusiones inaceptables; de nada las ventosas, los jeringatorios, las sangrías y los emplastes con lodo podrido o con hediondos y complicados bálsamos; de nada que los cincharan con sábanas calientes y les oprimieran el ombligo con ladrillos recalentados al sol o que los barrieran de arriba a abajo, sobre las vivas carnes, con huevos de gallina prieta, dizque para recoger los humores pituitosos; de nada que los cobijaran con estampas milagrosas, reliquias, escapularios y medallas y que les liaran en el pescuezo o en la panza el cordón de San Blas, la cuerda de Santa Filomena y el cingulo de San Antonio; de nada los sahumeros y ensalmos; ni los rociamientos con las santas aguas benditas de San Macuto, de San Ignacio, de Santa Adelaida y la de San Huberto, tan efectivas contra las mordidas por los perros del mal.

La mentada peste no conocía freno. Desbocada, flagelando todos los rumbos, sacó a esta azorada ciudad de su añejo sosiego. Las gentes vivían con el Jesús en la boca. Retrancaban sus puertas con cruces de palma bendita y las sellaban con el poderoso “Detente”; se encomendaban muy de veras al Anima Sola cuando

salían de casa, después de muchos santiguos, o a la protectora Sombra del Señor San Pedro, para que no les faltase eficaz amparo; de día y de noche mantenían iluminadas todas las imágenes de su devoción con cabos de cirios pascuales, lámparas o velas de Nostramo; al caer el día, todos, en familia, musitaban triduos y novenas y oraciones.

El doctor don Antonio Cardoso, párroco de la ciudad en aquellos atribulados ayer, convocó a unas públicas rogativas, las que, empezadas en la Parroquia, durante nueve días, proseguían por las calles, especialmente por las más vapuleadas por la peste, llevando en andas y haciendo posas en las demás iglesias, las veneradas imágenes de Nuestro Padre Jesús, de la Compañía, del Señor de los Desamparados, de la Parroquia, del Señor del Refugio, de Soledad de los Ranchos, o Los Ranchos, del Señor de las Misericordias, del Montecillo, del Santo Entierro, de San Francisco, muy taumatúrgas y milagrosas todas ellas, y las de las asociaciones, terceras órdenes, cofradías y archicofradías con sus respectivas insignias.

Ni por esas. La peste seguía destroncando vidas, y cada día era menos la concurrencia de las rogativas. Los cementerios de las iglesias y conventos no bastaron para alojar a tanto muerto; el de la Capilla de Nuestra Señora de la Salud —hoy Capilla del Espíritu Santo—, con ser tan nuevo y tan grande, se colmó de cruces. Se vieron en la precisión de abrir uno, el primero lejos de los templos, en un lugar saxoso, en los suburbiales de la ciudad, por donde se desvanecía la corriente, en los terrenos del Montecillo, cementerio destruido por 1912 para sentar allí los talleres del ferrocarril. Se abrió el 23 de febrero de 1763 y cupo la nada envidiable honra de estrenarlo, a José Cristóbal, mulato “enterrado de limosna en el camposanto que se bendijo por la peste en San Cristóbal del Montecillo”...

En el primero de esos días —días de oración y penitencia— la retahila de fieles suplicantes, con los venerables dos cleros a la cabeza, las benditas imágenes a la espalda y los sagrados distintivos y medallas al pecho y entre las escápulas, acertó a pasar por las ramblas de la Merced, en las vecindades de este convento, haldefueras de la ciudad. En las tales ramblas, del lado de la calle del Arenal, por estar en la salida del camino de México, extramuros, tenían su aposentamiento y abrigadero tabernuchas, pulquería, fondas o almuercerías, como se les llamaba, y casas de mal vivir, que eran otras almuercerías para los sentidos, en las que se daban cita los amigos de la vida birlonga, quimeristas, capigorriones y toda clase de gente goliarda y salaz. Entre la abribonada clientela de esos lugares de perdición, estaban matriculados don Antonio de la Puebla Rubín de Celis y don Juan Pablo de la Rada, cofrades en la briba, mozos alcurniados, que de continuo se metían allí, muy repompeados, muy engastados, entre embriagos y bergantes, a allegar pasto para sus lujurias o a enredarse en furiosos torbellinos de tajos y reveses.

Este par, que con sus descarríos habían encanecido las testas de sus progenitores y llenádoles el corazón de amarguras, no conocían lo que es el santo temor de Dios. Ni siquiera en aquellos aciagos días en que las malas ansias estaban copadas por la horrura de la peste, los ánimos atesados por el temor a la enfermedad, la ciudad en gran descaecimiento y todos muy solícitos buscando confesión, desbravaban sus pecaminosos ímpetus. Por el contrario, bebían como una topinera. Y, ya se sabe, porque lo declara muy bien un antiguo dicho decidero “de mucho vino es, luego es la lujuria y mucho mal después...”

Hasta el tugurio donde los mentados calvatruenos hacían sus consumiciones, halagados por sendas ninfas callejeras, al rededor de una mesilla, de las corrientes, de esas de pino tea, llegó el lacrimoso recitar de los penitenciales, de los misereres y de los trisagios clamando indulgencia. Si a todos los oyentes, hasta a las daifas que les vendían compañía, les achicaban el alma y se las majaban aquellos musitares deprecatorios, tristes y doloridos, a estos tales los hacían zangolotear de blasfemantes burlas y carcajadas.

Las fuertes aldabadas que daban en las puertas de sus almas los luctuosos doblares de las campanas y los pesarosos murmullos de la rogativa resultaban infructíferos para ellos. Igualmente los decesos inacabables de tanto y tanto apestado, a los que les daban tierra muy de prisa para que no se derramara más el contagio, eran lenguas mudas para don Antonio y don Juan Pablo, tercós en andar a sus once vicios y en no limar las malas afinaciones de sus almas. A las mujerzuelas, en cambio, asíólas un súbito miedo que les llegó hasta las más recónditas telillas del alma. Se les fue el alborozo y se les amustió la risa. Con ojos azogados tendían la vista hacia el convento e iglesia de Nuestra Señora de la Merced; sólo tenían oídos para recoger las últimas debilitadas resonancias de la procesión que se alejaba, embutidas como estaban en su religioso espanto.

Un impío denuesto del fulano De la Rada las sacó de su empavorecido ensimismamiento, instándolas a continuar en las libaciones y estuosos divertimientos. Los chispisaltantes bebistrajos los traían subidos en la cabeza. Pero las socias ya no querían saber más de eso, y cuanto más se negaban, más porfiaban don Antonio y don Juan Pablo. Así empezaron a cuestionar sobre asuntos de religión, de las postrimerías y de ultratumba. A los temerosos razonamientos de las pecadrices, el De la Rada y el De la Puebla Rubín de Celis correspondían con desatinos y sarcasmos, haciendo burla de ellas y de sus intempestivos arrepentimientos. Que no hay infierno ni castigo en el más allá, decían ellos; que sí y que sí, arguían ellas. Que la vida es para gozarla, porque con la muerte todo se desvanece, hasta las malas mañas, porfiaban estos; que no y que no, terqueaban aquéllas; que por fuerza el Justo Juez habría de hacer las cuentas y darle a cada cual su merecido, según resultaran ellas.

Enhebrando razones y sinrazones, las magdalenas y los contumaces, rodó el rato, un largo, larguísimo rato, sin que se viera posibilidad de dar fin a la lite. Entre desatino y desatino, los dos malandrines constreñían al par de féminas a que tornaran a la descarriada vida de la cual, tan impensadamente, acababan de descabalar. Con estos requerimientos no hacían sino dar más bríos al arrepentimiento y a la alegación inacabable. Por lo que De la Puebla Rubín de Celis propuso una riesgosa y temeraria transacción: como en este mundo no es dable comprobar la existencia del otro ni la sobrevivencia, con el correspondiente premio o castigo, de las almas, los cuatro allí reunidos harían pacto formal de que, el primero de los presentes en irse de este mundo, tornaría a descubrir a los superstités si existe o no el más allá y cuanto en él se contiene.

Las mujeres se horrizaron por tamaña osadía. Cargadas de mil miedos, descoloridas, casi sin alientos, con ojos agrandados de asombro y como un amortecimiento interior, nada pudieron replicar a la propuesta. De la Rada aseguó el reto, añadiendo que, además de ese regreso de ultratumba por parte del primero que se fuera, debería organizar en el nuevo camposanto del Montecillo y a la media noche, un baile en el que deberían tomar parte cuantos en él yacían y los que aún quedaran vivos de los cuatro contratantes. Risas, burlas y libaciones por parte de los truhanes; suspiros, llantos, pesadumbre por parte de las atemorizadas mujeres, a las que se les fue el ejercicio de la voz por semejante irreverencia y atrevimiento, rubricaron el desafío. Tiempo y peste, mientras tanto, siguieron su camino, durante aquellos días de las rogativas, segando vidas por lo que cada vez eran menos los asistentes a las procesiones y suplicaciones públicas. El hospital de los beneméritos Juaninos ya no tenía camas para tantos como llegaban a sus puertas agobiadas por el matlazahuatl o tabardillo y reducidos a lo postrero; los hospitalarios no se daban punto de reposo; les ayudaban los archicofrades de la Santísima Trinidad, tan consagrados a las misericordiosas obras de ayudar a buen morir y de dar tierra aquellos difuntos cuyos familiares no podían darles por su pobreza.

Los reverendos religiosos de los demás conventos estaban hechos unos con los Juaninos, También ellos repartiendo remedios y consuelos a los apestados. A varios se los llevó el contagio. Uno de los fallecidos, fray José de Jesús María, de quien escribió un cronista que “en este santo ejercicio la atención a los enfermos contrajo la enfermedad confesando a una atabardillada, que la doliente se abrasaba en un fuego vivo, y permitió Dios que dicho Padre apestase todo el convento, de modo que estuvieron para cerrarse todas sus puertas, pues de nueve religiosos que eran, sólo tres quedaron medio sanos; pero no peligro más que el P. Fr. José de Jesús María, quien murió a 25 de febrero de 1763...”

También el recién fundado Colegio de San Nicolás Obispo de Niñas Educandas, con su rectora a la cabeza, doña María Ignacia Hidalgo y su capellán el bachiller don Juan Miguel Lozano de la Peña prodigó caridades a manos llenas. Las mujeres que no encontraban lugar en el Hospital de San Juan de Dios, se venían a refugiar acá. A las puertas de este dicho colegio, pero ya con la peste en sus tuétanos, todas ellas sacudidas por incesantes temblores, que apenas podían dar paso, desforzadas por un abundante flujo de sangre y por la estuosa temperatura de sus desfallecidos cuerpos, se llegaron las mentadas pecadricas de las ramblas de la Merced.

Llegaron cuando ya no estaban atadas a la ida más que por un hilo muy falso y muy gastado por el matlazahuatl, que lo roía más y más. Iban en las últimas. Con mucho amor las acogieron las señoras beatas; junto con sus exquisitos cuidados, les vertieron cuanto medicación había. Con nada las podían sacar a la salud. Desfallecían a raudos pasos. De ellas salió pedir la confesión y los postreros auxilios, que para recibirlos tenía muy bien aparejadas sus almas desde el día en que los blasfemos De la Rada y De la Puebla Rubín de Celis denostaron tan impíamente. Muy contritas, muy fervorosas, muy resignadas le devolvieron al Señor la vida que les tenía prestada y que en tan torpes divertimentos ocuparon. Sus cuerpos, como los de todos los apestados, recibieron sepultura en el camposanto de San Cristóbal del Montecillo. En el inter, clausuradas las casas del mal vivir y las tabernas, don Antonio y don Juan Pablo, como si fueran los dueños absolutos de su existencia, sin temor a la peste ni a Dios y en contubernio con otros de su ralea, se acogieron a una huerta que poseía el De la Rada por los contornos del barrio de la Alfalfa. Allí, de puertas adentro, escanciaban sin parar y cometían mil torpedades mientras los agustinos sanluiseños concluían mil torpedades mientras los angustiados sanluiseños concluían sus rogativas, suplicando a los cielos que cesase la peste.

Era el último día. Fray José Sambrano, uno de los picos de oro de aquel entonces, había exhortado, al final de la procesión y desde el púlpito de la iglesia parroquial, con su verba ponderosa y su sapiencia, a poner de lado las malas afinaciones del alma, a revertirse de cilicios y disciplinas, a darse a la oración y a las buenas obras a fin de recobrar la protección divina. Cuando aún gozaban de salud, se habían arracimado en la iglesia, sólo se quedaron en las casas los enfermos, los ancianos inválidos y los niños. Ni un alma transitaba por las calles yermas a la hora del santo ejercicio.

Cuando al finar el dicho día, estaban el De la Rada y el De la Puebla Rubín de Celis con sus parciales en lo mejor de la media noche, haciendo escarnio de las rogativas, barbotando picardías y denuestos, bebiendo y jugando cartas, unas recias aldabadas en la fornida puerta les cortó la alegría. Y más aún cuando el

mozo, luego de las urgentes llamadas, volvió con el recado de que un par de damas, muy amigas, amicísimas, de los señores, de las que tenía concertado y al cual estaban obligados, bajo palabra, a acudir ellos, en los suburbiales del Montecillo.

Primero como si no se tratara de ellos. Luego se les rodaron los naipes de los dedos; la lengua, tan empapada en vino, perdió toda su humanidad; empalidecieron; les entró ahogúo; se les huyó la voz, el resuello, la color; acartonados, cayeron en un como sonambulismo. Así, en tan gran descaecimiento, mudos lacios, abúlicos, los ojos clavados en inalcanzables lejanías, se levantaron, tirando las sillas; salieron de las salas, se encaminaron al saguán y traspusieron las puerta. Allí los esperaban las mujeres que, ofreciéndoles el brazo, los llevaron al lugar de las citas a través de los escampados lóbregos y polvorientos de la Alfalfa y del Montecillo.

Francas estaban las puertas del cementerio y todo a punto para empezar el baile. Como sobre poyos, sobre las tumbas, se encontraban sentados los bailarores y bailadoras reducidos a los puros huesos, sin morbidez ninguna, secos y lisos. Una gran lumbrarada como crujiento incendio, emanaba de la tierra sin abrasar nada; a través de las figuras esqueléticas, vacías y traslúcidas, fluían las llamas. Pestíferas tufaradas, sulfhidricas, excrementosas, sofocantes volaban en enjambre de las llamas.

En menos de nada don Antonio y don Juan Pablo reconocieron a la concurrencia: pura gente que en vida caminó desaviada, todos una rinfla de truhanes y maleantes, de lascivos y embriagos, de comblezas, de los que trafagaron en alas de la codicia con el dinero, de hombres y mujeres que murieron malaventuradas sin lavar su alma con la bruza de las contriciones y la penitencia. Amigos y conocidos todos y todas.

Al compás de sonos tristísimos, de esos que acoquinan el alma, de chirimías, de pífanos, de añafles, de dulzainas, de monótonos adufes, de albogues, de vihuelas de arco, todos muy desconcertados, instrumentos ocultos quién sabe dónde, los muertos empezaron a bailar, zangoloteando entre las llamas sus desgarbadas armazones, lo mismo el desaforado bullicuzcuz que el zambapalo o el avilipinto o la chacona. Con el alma en los pies y los párpados destrancados, don Antonio y don Juan Pablo veían aquello, más que camposanto, aquelarre o saturnal de brujas. Las mozas seguían pegadas a ellos, prendidas amorosa y coquetamente, de sus brazos. Sonrieron ellas, tentadoras e irónicas, instándolos tiernamente a entrar a tomar parte en el baile. Pero no alcanzaron los dos hombres a traspasar la puerta. Allí mismo dieron en el suelo, muertos.

“El Tesoro del Conde Duque de la Mancha”

Ancha, muy ancha era la bien ganada fama del Real y Minas de Santa María de las Charcas —hoy Charcas, a secas—, por la generosidad inagotable de sus vetas y la rica diversidad de su comercio. Largas conductas salían de vez en vez hacia las Reales Cajas de San Luis, y otras, más largas, aún, cruzaban su territorio, provenientes de cualquiera de los cuatro vientos, guiadas por arrieros quimeristas y algareros que iban dejando toda clase de mercancías y chismes a lo largo de su ruta y levantando otras y otros.

Por 1720 había caído en gran descaecimiento y despoblación, pues el natural sustento que eran las minas, se había agotado por completo, y la gente huyó. “Desamparado el Real —cuenta Arlegui— por la falta de metales, se conservaron los religiosos en el convento, manteniendo con las limosnas que en los contornos recogían a tres pobres vecinos, que registrando las vetas, al cabo de algunos días descubrieron nuevo mineral en otro cerro distinto, más inmediato al convento, que aún persevera hasta ahora”. Con eso volvió el auge, se repobló el Mineral y tornaron a correr las riquezas.

En el Real de Santa María de las Charcas pululaban mineros, comerciantes, ganaderos, muy diestros artesanos y un enjambre flotante de arrieros, carreros y demás gente del camino. Como si se tratara de una nonada, hacíanse del diario, compras, ventas y trueques de mucha cuantía, lo mismo de ganado, que de telas, que de riquísimos petenques, que de elaboradas obras de menestrales y artistas. De tan activo comercio da cuenta exacta un inventario de 1715, tocante a las joyas y demás pertenencias del Convento Franciscano de Charcas, en el que se incluye “primeramente un retablo muy hermoso que se traxo de México, muy bien labrado y dorado, que coxe todo el frontispicio “.

Entre esa abigarrada corte de arrieros hablistanes que, desde la capital de la Nueva España, emprendían continuos viajes al Norte, pasando por Querétaro, San Luis Potosí, Charcas y otras tierras más allá, figuraba un mocetón, como en los dieciocho años de su edad, conocido por el nombre o apodo, que no sabe, de Pedro Lope Solapa. Tiempo atrás, habíalo cogido por su cuenta la orfandad.

Sus padres, oriundos de Barcelona, cruzaron la mar ávidos de acopiar riquezas en las Indias Occidentales. Pero, si no alcanzaron éstas menos aquéllas. Por obra de una epidemia, de esas que asaltaban las febles naos, vinieron a finar en lo mejor de la travesía; y allá quedaron, les dieron huesa en medio de las olas. La criatura, sola, prosiguió navegando por los fragosos mares de la vida hasta parar en arriero. De ocho a diez años tendría cuando, de vago por una de las garitas de la capital, le rogó al capitán de una conducta que lo llevara consigo. Y así entró Pero al camino. Para su temprana edad, eran ya muchas las leguas que había recorrido. Los fríos, las prolongadas lluvias, los largos asoleos, lo habían curtido. Y el trato con todas gentes lo había espabilado. Era, sin embargo, un mozo serio, bien apersonado, laborioso, que no se permitía más licencia que las retumbantes exclamaciones de rigor para arriar a las bestias remisas o ariscas. Tampoco andaba, como sus desaforados compañeros, empinando el codo o violentando doncellas ni recuestando casadas.

El capitán de la conducta lo quería como a hijo. Era dueño ya de un tiro de mulas de potente alzada. En la una transportaba la mercancía ajena y en la otra la propia, que iba vendiendo aquí y comprando allá, con ánimos de, algún día, reunido el suficiente caudal, tomar aposentamiento fijo y dejar aquella vida trabajosa y trashumante. Le gustó el Real de Minas de Santa María de las Charcas y allí, dando de lado al camino, fijó residencia.

Rigiendo con destreza su párvulo caudal, unas veces con trueque, otras acarreando, otras vendiendo por las minas y ranchos de la plebanía, acrecentó su hacienda. De las baratijas y cosillas de más o menos, pasó a las semillas y luego al ganado y, por fin, a las minas, meta precisa de todo el que quería sacar buenos alquileres con su fatiga. Fue así como, el tiempo andando, estableció un comercio de buen ver, muy abastado y con incontable clientela que le rendía magníficos emolumentos. Y el huérfano trota caminos subió a los escaños ocupados por las gentes de viso y se convirtió en el opulento señor don Pero Lope Solapa, con forme a aquello del agudo y experimentado Arcipreste de Hita:

*Sea un home recio o rudo labrador,
los dineros le facen hidalgo e sabidor,
cuando más algo tiene, tanto es más de valor.*

“Oficinas de Vulcano”, llamó el afamado cronista Arlegui a los reales de minas, “en donde se vive desordenadamente y se agrega la gente perdida y facinerosa; experiencia que tenemos bien conocida y deberíamos tener llorada”. Pero, sin embargo, aún estando en lo mejor de su edad, nunca se amigó con gente apicarada, al contrario. Dado por entero a sus negocios, negó todo tiempo a los despilfarros

y a las liviandades. Volvióse más encerrado en sí, más grave, más parsimonioso. Silenciosamente socorría a los menesterosos y tendía la mano a cuantos, constreñidos por la necesidad, andaban mal en sus trabajos, sin pedirles rédito a cambio. Y era, entre los devotos cofrades de Santa María de las Charcas, el más exacto observante de las piadosas reglas.

Para 1765 don Pero Lope Solapa, después de siete u ocho años en aquel Real, de Minas y a los veinticinco de su edad, consideró llegado el tiempo de tomar estado, para lo cual puso sus ojos en doña Leonor de Urbina, dama muy empingorotada, como que, amén de ser hija del más rico propietario de Charcas, era sobrina del Alcalde Mayor de San Luis. Al primer requiebre, como don Pero poseía esa mecha irresistible para encender amores, calcinar voluntades y fundir resistencias, que es el oro, doña Leonor cayó rendida, con la complaciente anuencia de sus padres, que le apartaron cuantiosa dote.

En el inter don Pero determinó dar consistente robustez a su fortuna y emprendió enormes transacciones. Además de muchos sitios de ganado mayor y menor, con una ansia irrefrenable de riquezas, adquirió varias catas, unas por cualquier nonada, otras a muy subido precio, aunque para ello tuvo que pignorar todas sus pertenencias y acudir aún a usureros que ponían a alto censo redimible sus capitales. Tan sólo esperaba apañar las cuantiosas ganancias de sus haciendas y minas para, acompañado por doña Leonor, entrar al altar a recibir el sacramento.

Empezaron entonces los malos quereres de la fortuna. Un granizal, de los que se estilaban en aquellos remotos ayeres, mató un sin fin de cabezas de ganado menor; luego, una prematura helada, muy rigurosa, en el mes de septiembre subsiguiente acabó del todo, sin dejar cosa que valiera, con la cosecha que se venía opima, y con los pastos, por lo que, a poco, muy a poco, empezaron a morir de hambre los ganados; tras de esto se vinieron meses de más fuertes fríos y de sequías; y las minas, donde don Pero guardó sus últimas esperanzas, resultaron fallidas, hasta quedarse sin nada para la mantenencia de su peonía y de sí mismo. Al verlo en tan notable mengua, todos los que, no mucho antes, se le mostraban untuosos y afables prestamistas, cambiaron cara, y mostráronse exigentes e inflexibles. Los que le debían incontables favores, le voltearon la espalda. Hasta la misma doña Leonor, que le había jurado, entre una larga corte de ayes y válgames, impercedero amor, le devolvió palabra y prendas, cortando de cuajo las relaciones. A don Pero no le quedó encima más que deudas insolutas y acreedores intransigentes.

No valieron ruego ni votos. En un santiamén el peripuesto y opulento caballero don Pero López Solapa sufrió el total y vergonzoso despojo de sus tenencias y vino a quedar peor de cuando llegó al Real. En un decir Jesús, se vio desposeído

de cuanto, con ímprobos trabajos, había acopiado desde su hambriada y fatigada infancia de arriero. Cuando los acreedores llevando de la mano a la autoridad y al notario, que con escritura muy bien peñolada, atiborrada de graves considerandos, pragmáticas y razones, rubricó el despojo, don Pero conservó inalterados su mutismo y parsimonia habitual. Ni protestó ni advirtió nada. Al final del acta, junto con todos los presentes, estampó su firma sin chistar, y entregó papeles y llaves a sus acreedores, y abandonó el Real.

Le rebullían en el pecho incontenibles furias de venganza: contra los falaces amigos que lo traicionaron, contra los usureros sin entrañas que no perdonaron rédito ni alargaron plazo, contra los mineros mañosos que precipitaron el deceso de su fortuna, contra la fementida doña Leonor que al verlo en la estrechez de tamaños quebrantas lo dejó por otro. Azandereado por tan hórridos sentimientos, determinó tomar la fragosa vía de salteador de caminos, como que los conocía todos y todas las mañas de carreros y conductores. De ahí en adelante, se cobraría por su propia mano la ignominiosa afrenta que le habían hecho mercaderes, hacendados y mineros de Charcas, no dejando que la mercancía por ellos comprada, llegara a sus manos, ni que el oro y la plata alcanzara su destino. Primero, solo; después, cuando la Santa Hermandad reforzó sus huestes y estrechó el cerco y, por consiguiente, las escaramuzas eran inevitables porque la persecución se volvió más rigurosa, formó una banda, en la que sólo se matriculaban españoles, bien puestos a emplear los nos y aceros de su valor en dar la mano a Lope Solapa en el ejercicio de su venganza, so condición de no matar, ni siquiera malherir a ningún arriero ni carrero, ni conductor. Se autonominó Conde Duque de la Mancha, Botín Rojo, por apodo; y a sus secuaces los bautizó con el mote de las Botas Largas.

Desde ese de 1765, por cuatro lustros, hasta el 1785, no cesó en sus correrías por todas las regiones finítimas a la jurisdicción de Charcas; desde La Hedionda y San Sebastián Ojo de Agua del Venado hasta los Alamos de Catorce y desde Tula hasta los confines de Zacatecas, Botín Rojo hizo suyos todos los caminos y fue el azote de la comarca.

Año hubo en que, de las conductas de la Corona que traían el real quinto a San Luis, no escapó una. Menos las que llevaban mercaderías para Charcas. En vano que la Santa Hermandad reforzase la vigilancia; en vano que los arrieros y conductores trajeran prestos los belduques y pedreñales; en vano las cautelas sin cuento. Ora entre los cerros ora entre el asoleado altiplano; ora cerca del Real de Charcas, ora lejos, cuando ya se creían a salvo, caían sobre los conductas los Botas Largas en el segundo más impensado. Y cuando la vigilancia era muy estricta y sólo con una sorpresa sanguinosa sería posible el robo, Botín Rojo mandaba por delante su jauría de lobos amaestrados que, reptando invisiblemente bajo los

breñales, sigilosos, arteros, de ágil brinco, sin dar campo a ningún medio defensivo, con espeluznantes aullidos y ardorosa furia, inundando de pávido asombro a arrieros, milicias y animales, azotaban disperdigados entre las bestias, que huían de estampida, empavorecidas, desbocadas, por todos los vientos, con su carga encima. Lejos, muy lejos, los Botas Largas, recogían calmosamente el hurto.

Así acopiaron incontables riquezas. Por fin llegó el día en que Pero Lope Solapa determinó acabar con tan riesgosa y malfamada ocupación. A cada uno de los suyos le dio su parte, una buena parte, y él se reservó lo que le tocaba. Es la que está escondida y sigue, después de casi doscientos años, inencontrada, en el Cañón de la Hierba Anís.

Habiendo ocultado su tesoro, Lope regresó a España, a gozar anchamente de las riquezas por tan malas artes conseguidas. Allá se amigó con truhanes viciosos y astrosos, de ínfima ralea; y lo que no había hecho antes, lo hizo ahora: se dio por entero a los bureos alegres y a las travesuras amorosas, enredado siempre en pleitos y en altercaciones peligrosas. Malhirió a muchos y mató a varios, por lo que la justicia dio en requerirlo con mucha diligencia, y otra vez Pero Lope Solapa se convirtió en trotacaminos. No tardaron sus perseguidores en dar con él. Substanciada rápidamente la causa, como abundaban las pruebas, fue sentenciado a la horca. Ya para subir a ella escribió un pliego, que sigilosamente confió a otro presidiario, en el que da razón y cuenta de la fortuna que dejó en la Nueva España y del lugar donde se encuentra. El mentado pliego dice así:

“Tesoro del Conde Duque de la Mancha”

“Barcelona, 11 de Mayo de 1796. Copiado del original que facilitó don Ramón Balmori, en Rioverde, el 7 de Mayo de 1895”.

“Extracto del documento único existente, conteniendo las señas y direcciones auténticas para descubrir y sacar a luz el enorme tesoro oculto en la cueva de la Majada Redonda de Ojo de Agua”.

“Seguirás una vereda a la derecha, sube y baja, por encima de esta montaña, y al poco andar, baja a un cañón y da vuelta al entrar en la Cañada del Hierba Anís. Estando aquí preguntará por un punto que le dicen la Majada Redonda, donde se albergan las manadas de cabras de las Haciendas vecinas; al sur de esta Majada y pasando una lomita, darás con una loma más alta, que corre de sur a norte (aquí había una cruz de cantera que aún existía cuando yo tuve que huir de México y que lleva la siguiente inscripción: Aquí yace Fernando Muriedas. General atrevido y generoso. Falleció en Enero 10 de 1753 (Q.E.P.D.)”.

“En línea recta, al oriente y a una distancia de unos 200 metros de esta cruz, y a media ladera, buscarás asiduamente y encontrarás un punto donde colorea el cerro y donde hay unas piedras puesta en montón, que parece que la naturaleza las hubiese puesto allí, pero fuimos nosotros, y una piedra grande tapa el cerro de la boca de un pozo no muy grande, que tiene cerca de 30 varas de profundidad. El paz, es redondo y labrado a mano y sus lados son muy lisos. Ya estando en el fondo de este pozo, que algunas veces, en tiempos abundantes de aguas, está cubierto de agua, mirarás un aposento abierto en la roca. Para subir a él, tendrás que ir a gatas. Al estar parado en el centro de este aposento, y antes de ir más adelante, descúbrete, y admira las bellas cúpulas sacadas a cincel de la peña viva por Chato, uno de nuestros escultores, y dedicadas a Nta. Sra. Santísima Madre la Virgen María de Charcas, la cual, con mucha merced, ha protegido a nosotros pobres pecadores en nuestra profana y nefasta profesión”.

“Después de persignarte, fijarás la vista en el lado izquierdo del aposento, era nuestro oratorio, donde verás una abertura al parecer insignificante en el piso, la cual ha sido bien rellena de piedras y tierra. Este es el pasadizo del segundo piso de nuestra casa. Después de limpiar bien este pasadizo, tendrás una entrada muy estrecha al segundo piso, por la cual apenas puedes pasar. Después de pasado, sin miedo tus pies tocarán agua corriente, de cerca de pie y medio de fondo. Tanto pronto como entres al agua puedes pararte, te encontrarás en un corredor de cerca de cuatro varas castellanas de largo (el corredor tiene justamente la anchura para que pase un hombre). Por necesidad tendrás que caminar por agua por este corredor, pues el agua se ha metido por él a propósito”.

“Al haber caminado por él y exactamente donde alcanza su terminación y pegado de espalda estarás parado en piso seco. Será forzoso para ti llevar buenas mechas para alumbrar el camino, también algunos buenos cepillos y escobetas para poder hacer este rincón especial. Después de mucho cepillar y fregar, descubrirás las líneas donde se cimentó en el piso una lápida con cal y arena y sangre humana de algunos soldados que hicieron prisioneros en Montelto; antes de sacar la lápida, buscarás en la pared un nicho, en el que está colocada una imagen de la Santísima Madre María, la cual verás y rezarás, suplicándole que te proteja en tu empresa, que tenga piedad de nuestras pobres almas y que interceda por nosotros pobres pecadores, para sacar nuestras pobres almas del Purgatorio”.

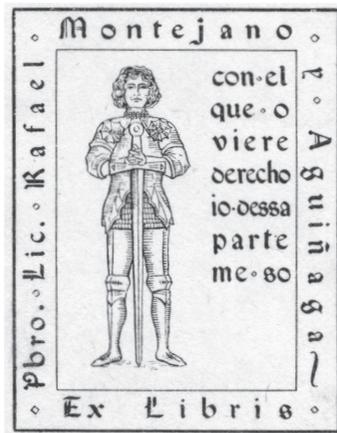
“Al cabo de hacer esto, sacarás la piedra, la cual es la entrada a la puerta del tercer piso de donde están situadas nuestras bodegas de tesoros. De la puerta baja una escalera al primer cuarto del tercer piso, que no tiene arriba de nueve pies de largo. Al bajar por la escalera, entrarás a la primera cámara, donde encontrarás

una variedad sinfín de objetos, de vestidos de lana y lino, mantas, capas, casacas, trajes de seda, una regular cantidad de armas, todas como Belduguillos, Puñales, Espadas, Mosquetes, Fusiles de chispa y otros”.

“En este cuarto hay una puerta que va a las cámaras interiores. A cada lado de esta puerta está parado un coronel del ejército del general Mayas, con las armas en las manos, levantadas para matarte. Si no pierdes el ánimo, las pasarás sin temor y entrarás a las otras cámaras y salones donde encontrarás muchos montones, no recuerdo su número, de monedas de oro y plata en barras, anillos, pulseras con montaduras de piedras preciosas, pendientes, cadenas, cálices, copas y platillos y otros objetos de oro y plata. Todo, según mi cálculo, es cerca de trece millones de pesos en valor; todo lo cual me ha reconocido como dueño y lo cual con esto, te lo traspaso, con la condición de que mandes decir doce misas a la iglesia de Charcas y doce misas a la iglesia del Carmen, a la Virgen María, de San Luis Potosí, por la salvación del alma de su pobre criado”.

“Lope Solapa Conde de la Mancha, por apodo “Botín Rojo”, Jefe de las Botas Largas”.

“Escrito y firmado en la Penitenciaría de Barcelona en Mayo 11 del año de 1796”.



*Del viejo San Luis tradiciones, leyendas
y sucedidos*, editado por la Dirección de Fomento
Editorial y Publicaciones de la UASLP, se terminó de imprimir
en el mes de julio del año 2021, en los talleres gráficos de Impress
Color, Tetela núm. 182, Fraccionamiento Muñoz, en la ciudad de San Luis
Potosí, S.L.P. En su composición se utilizó la tipografía Minion Pro 11/13. El tiro
consta de 1000 ejemplares impresos en offset, en papel bond ahuesado de 90 grs. para
el interior, y forros en cartulina sulfatada blanca de 14 pts.

Coordinación editorial: Patricia Flores Blavier

Diseño de portada: Brenda Mora Castillo

Fotografía de portada: Calle de Juárez, S.L.P. (Hoy Álvaro Obregón)– Gustavo Torres Zúñiga.

Ca. 1920. Acervo fotográfico del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí.

Diseño de interiores: Brenda Mora Castillo

Formación y edición: Brenda Mora Castillo

Corrección de estilo y cuidado editorial: Gabriela D' Arbel Carlos

Luis Miguel Rangel



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



DIRECCIÓN DE
**FOMENTO EDITORIAL
Y PUBLICACIONES**
UASLP

“Casos y cosas suceden en el mundo que, si la imaginación antes de suceder pudiera hacer que así, sucedieran, no acertaría a trazarlos; y así muchos por la raridad con que acontecen pasan plaza de apócrifos y no son tenidos por tan verdaderos como son: y así es menester que los ayuden juramentos, o, a lo menos, el buen crédito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor sería no contarlos, según lo aconsejan aquellos antiguos versos castellanos que dicen:

*Las cosas de admiración
no las digas ni las cuentes;
que no saben todas gentes como son”*

Rafael Montejano y Aguiñaga

Del viejo San Luis: tradiciones y sucedidos, es sin duda, una de las obras fundamentales dentro de la vasta producción bibliográfica del Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga. Es el mejor acercamiento que tiene con el lector y la sociedad potosina al rescatar buena parte de los mitos y leyendas que acompañan a la historia, los cuales hacen mas enriquecedores los hechos y sucedidos en esta ciudad. La Llorona, Juan del Jarro, María la Platera son algunos de los personajes que enmarcan el folclor y cultura de San Luis, de igual forma, relatos como el del Callejón del Beso, la Procesión del Beso o el Baile en el Cementerio del Montecillo acentúan la potosinidad, eso con lo que Montejano definía a la identidad de esta tierra.

Tradiciones y Leyendas
Biblioteca Montejano y Aguiñaga



9 786075 352121